



NUDOS DE LA REPÚBLICA

Regiones vivas y activas: Nudos y fundamentos del Perú contemporáneo

SUSANA ALDANA RIVERA
NELSON E. PEREYRA CHÁVEZ



PERÚ

Ministerio de Cultura



BICENTENARIO
PERÚ
2024

REGIONES VIVAS Y ACTIVAS

BIBLIOTECA BICENTENARIO

— Comité Editorial —

Marcel Velázquez Castro

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Carmen McEvoy

Sewanee: The University of the South

Guillermo Nugent

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Fabiola León-Velarde

Universidad Peruana Cayetano Heredia

Nelson Pereyra

Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga

Claudia Rosas Lauro

Pontificia Universidad Católica del Perú

Luis Nieto Degregori

escritor

NUDOS DE LA REPÚBLICA

Regiones vivas y activas

Nudos y fundamentos del Perú contemporáneo

SUSANA ALDANA RIVERA
NELSON E. PEREYRA CHÁVEZ



PERÚ

Ministerio de Cultura



BICENTENARIO
PERÚ
2024

BIBLIOTECA BICENTENARIO
Colección Nudos de la República, 5

Regiones vivas y activas. Nudos y fundamentos del Perú contemporáneo

Aldana Rivera, Susana y Pereyra Chávez, Nelson E.

Regiones vivas y activas. Nudos y fundamentos del Perú contemporáneo /
Susana Aldana Rivera y Nelson E. Pereyra Chávez. 1.^a ed. digital. Lima:
Ministerio de Cultura - Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia
del Perú, 2022.

222 pp.

Región y nación / región e historia / centralismo y regionalización /
regiones en el Perú / historia del Perú republicano

Primera edición digital: octubre de 2024

- © Susana Aldana Rivera y Nelson E. Pereyra Chávez
- © De las imágenes: sus respectivos autores
- © Ministerio de Cultura del Perú

Sello editorial - Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú
Av. Javier Prado Este 2465 - San Borja, Lima 41, Perú
www.bicentenario.gob.pe

Ministro de Cultura: Fabricio Alfredo Valencia Gibaja
Director ejecutivo del Proyecto Especial Bicentenario: Percy Yhair Barranzuela Bombilla
Jefa de la Unidad de Gestión Cultural y Académica-PEB: Mariela Noriega Alegría

Coordinación editorial: Jaime Vargas Luna, Bertha Prieto Mendoza y Renzo Palacios Medina
Cuidado de edición y corrección de estilo: Martín Guadalupe Inga
Diagramación de interiores: Elvis A. Abarca Ccorimanya
Diseño de cubierta: Fabricio Guevara Pérez
Fotografía de cubierta: © The Trustees of the British Museum
Investigación fotográfica: Herman Schwarz Ocampo

*El cuidado de edición en este libro fue realizado por el Fondo Editorial de la
Universidad Nacional Mayor de San Marcos*

ISBN 978-612-5152-49-7

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 2024-03213

Libro electrónico disponible en www.bicentenario.gob.pe/biblioteca

Se permite la reproducción parcial siempre y cuando se cite la fuente.

Índice

Palabras preliminares	9
Presentación de la colección	11
Una historia en imágenes	19
Introducción	43
1. Entre la región y la nación	47
1.1. La región	47
1.2. Teorías de región	54
1.3. Entre la región y la nación	64
2. Perfilando la historia de la región en la nación	77
2.1. La región y su historia, siglo XIX	77
2.2. La región y su historia, siglo XX	90
3. De la nación sus regiones	95
3.1. La región norte	95
3.2. La región sur: Cusco y Puno	130
3.3. La región de Arequipa	162

3.4. La región de Huamanga 175

3.5. La sierra central 196

Epílogo: las regiones vivas y activas 211

Bibliografía 215



Palabras preliminares

La república peruana se fundó hace doscientos años, sobre las bases de una cultura milenaria, aunque también a sus espaldas. Al igual que el resto del continente, nuestra república nació excluyente y desigual, y ha sido lento y trabajoso el camino para reconocer, no solo nuestra pluriculturalidad, sino para ver en ella el verdadero potencial de la nación. Dos siglos después del nacimiento de nuestra república es, por lo tanto, justo y necesario hacer un balance de cómo la hemos venido construyendo, cuáles han sido sus grandes desafíos y en qué medida los hemos sorteado.

El Proyecto Especial Bicentenario tiene como misión implementar la Agenda de Conmemoración de la Independencia del Perú, con la finalidad de construir un legado del presente para el futuro, que contribuya a fortalecer las instituciones y construir ciudadanía, un legado que evidencie cómo vemos y pensamos hoy, tanto nuestro complejo proceso de independencia, como la construcción de la república a lo largo de estos doscientos años. Esto se hace particularmente importante porque a lo largo de los últimos dos años hemos sido azotados por una pandemia que afectó al planeta entero, pero que golpeó con extrema violencia al Perú, evidenciando la precariedad de muchas de las estructuras que tendrían que sostenernos

como sociedad, pero evidenciando también la resiliencia de las peruanas y peruanos, que continúan permanentemente forjando el país del futuro.

Para construir este legado de reflexión intelectual sobre el país, hemos creado la Biblioteca Bicentenario, que alberga libros, audiolibros, podcasts, un archivo documental, y otros contenidos para conocer, profundizar, y complejizar los procesos de independencia y de forja de la república peruana. Y al interior de esta, hemos elaborado la serie *Nudos de la República*, que propone examinar “nudos” o “grandes desafíos” de la vida peruana, tales como la salud pública, la educación, la economía, la discriminación desde distintas perspectivas, la migración, etc., dedicando cada volumen a un tema distinto, escrito por un especialista a modo de ensayo de divulgación, para acercar temas e investigaciones rigurosas a toda la ciudadanía lectora, promoviendo una reflexión crítica sobre el país, que estimule a su vez, mejores políticas y mejores prácticas que nos lleven a afirmar por fin una república de ciudadanos plenos e iguales.

Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú



Presentación de la colección

La Biblioteca Bicentenario es una apelación cultural significativa a las y los peruanos, con motivo de la conmemoración de los doscientos años de la declaración de la independencia. Su diseño y ejecución demuestra el interés del Proyecto Especial Bicentenario por producir libros de calidad, que representen y analicen nuestra riqueza y complejidad históricas, así como la responsabilidad de las ideas y los sentidos de la palabra escrita para sintetizar y enjuiciar nuestro presente y proyectar nuestro futuro.

Nudos de la República es una colección dedicada a la reflexión sobre grandes problemas históricos y transversales del país, y a la discusión de sus posibles soluciones. Los libros de la serie recogen grandes temas identificados por el Estado peruano mediante el concepto «banderas del Bicentenario», a fin de presentar una síntesis diacrónica y analítica que incorpore, de manera dialógica y plural, los estudios y propuestas de la sociedad civil y la comunidad académica. En efecto, cada volumen trata sobre un tópico en específico: el racismo, la Amazonía, el plurilingüismo, las relaciones exteriores, la economía, la tradición oral, las epidemias y la salud pública, entre otros. La selección de los nudos y de las y los autores ha sido tarea del

Comité Editorial, conformado por especialistas del ámbito de las humanidades, las ciencias sociales y las ciencias naturales.

Definimos «nudos» como los problemas estructurales de la República, en la medida que constituyen los grandes retos del tercer siglo republicano, temas centrales para la gobernanza. Ellos evocan al quipu, a las primeras simbolizaciones y representaciones de información valiosa en el mundo andino, pero también a conflictos y articulaciones. Un nudo condensa, tensa, y a la vez contiene en su propia materialidad una salida, un des-enlace, una solución posible.

Esta colección ofrece una lectura y una interpretación de ejes transversales en nuestra república bicentenaria. Desde diferentes disciplinas, valiéndose de rigurosidad académica y de recursos expresivos del ensayo, se recorren conceptos, información actualizada, datos validados y diagnósticos críticos de prácticas sociales, todos los cuales son respaldados en la investigación. Con ello en cuenta, la redacción de cada libro ha sido encargada a un o una especialista de reconocida solvencia.

Esta serie presenta, de manera sintética y plural, y desde múltiples perspectivas político-ideológicas, lo analizado y discutido por la sociedad civil y la academia en torno a los mayores desafíos de la República. Nudos que unas veces nos agobian y otras lucen imbatibles son los que deben ser enfrentados para construir una sociedad menos desigual y fortalecer el bien común, el espacio público y el pensamiento crítico. En ese sentido, la finalidad general de esta colección es ofrecer, a las autoridades del Perú, los responsables de políticas públicas, los partidos políticos y la sociedad civil, herramientas que permitan tanto visibilizar y discutir dichas problemáticas,

como tomar decisiones y realizar acciones sociales orientadas a resolverlas.

Se trata de una serie de alta divulgación y, en consecuencia, está dirigida a lectores y lectoras con interés en la sociedad peruana, a aquellos y aquellas que buscan una comprensión cabal de fenómenos complejos, más allá de las simplificaciones empobrecedoras y las perspectivas polarizadoras. En un esfuerzo colectivo, llevado a cabo en medio de tormentas y abismos, el Comité Editorial del Proyecto Especial Bicentenario y un conjunto de distinguidos autores y autoras ofrecemos esta colección para pensar en libertad el país que queremos, presentando cual quipu los nudos o problemas de la República, pero también las posibilidades de leerlos, comprenderlos y desanudarlos de cara al futuro.

COMITÉ EDITORIAL

Regiones vivas y activas

Nudos y fundamentos del Perú contemporáneo

SUSANA ALDANA RIVERA
NELSON E. PEREYRA CHÁVEZ

*No, no hay país más diverso, más múltiple en
variedad terrena y humana; todos los grados
de calor y color, de amor y odio, de urdimbres y
sutilezas, de símbolos utilizados e inspiradores. No
por gusto, como diría la gente llamada común, se
formaron aquí Pachacámac y Pachacútec,
Huaman Poma, Cieza y el Inca Garcilaso,
Túpac Amaru y Vallejo, Mariátegui y Eguren,
la fiesta de Qoyllur Rit'i y la del Señor de los
Milagros; los yungas de la costa y de la sierra; la
agricultura a cuatro mil metros; patos que habitan
en lagos de altura donde todos los insectos de
Europa se ahogarían; picaflores que llegan hasta el
sol para beberle su fuego y llamear sobre las flores
del mundo. Imitar desde aquí a alguien resulta
algo escandaloso.*

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS (1983 [1968])



Una historia en imágenes



Mapa del Perú. A inicios de la República, era imperiosa la necesidad de conocer el territorio que se heredó del Virreinato. En 1865 Mariano Felipe Paz Soldán compuso el primer mapa completo del Perú republicano en todas sus escalas: ciudades, provincias y departamentos. Esta obra cartográfica —la más importante del Perú decimonónico— no solo ayudó a la gestión del territorio o la delimitación de las fronteras sino también a la comprensión de la diversidad geográfica-cultural del Estado-nación fundacional.

REGIONES PERUANAS



Mapa de las regiones históricamente constituidas en el Perú. En el gráfico se esboza las grandes regiones del Perú, como la del Norte, con su capital Trujillo; la del Sur andino, con su capital en Cusco; pero también considera a la de Arequipa, la de Ayacucho y la Sierra central. Además, aparecen algunas regiones pequeñas o subregiones como la de los señoríos de Lima (que no es la ciudad de Lima), la de Huancavelica vinculada a Ayacucho, la de Cajamarca y la de Chachapoyas estrechamente articulada con el Norte, la de Puno relacionada con el espacio circumlacustre Titicaca, y el gran espacio de la Amazonía, sumamente extenso.

Rutas de Comercio entre el Norte y el Gran Norte



Rutas de comercio del norte y gran norte. Las redes comerciales de los siglos XVIII y XIX conectaban diversas localidades que exportaban productos variados e importaban bienes foráneos. Por el noreste un prolongado circuito mercantil relacionaba Piura con la costa caribeña de Nueva Granada y con las islas Haití, Jamaica y Cuba, mientras que otra ruta hacia el este conectaba a Trujillo con Jaén, Amazonas y Brasil. Por mar, las embarcaciones intercambiaban productos entre Paita, Guayaquil, Panamá y El Realejo (Nicaragua). Dos eran los puntos neurálgicos del comercio norteño: Trujillo y Guayaquil.



Foto antigua de Piura. Fue la primera ciudad fundada por los españoles en el Perú con el nombre de San Miguel de Tangará en 1532. Fue trasladada sucesivamente a Monte de los Padres, luego a Paita y finalmente al Chilcal en 1588, donde se encuentra hasta el día de hoy. La fotografía corresponde a la inauguración del monumento a Francisco Pizarro en 1925.



Huancabamba, en el departamento de Piura. Es una depresión ubicada en la vertiente oriental de la cordillera de los andes, en la margen derecha del río Huancabamba. Constituye un corredor natural que potencia las relaciones y los contactos de la población de la región norteña con Loja y Cuenca, por el norte, y con la ceja de selva de Jaén y San Ignacio por el sur y hasta permite el acceso a Maynas. Además, constituye el entorno sagrado adyacente a la laguna de las Huaringas, cuyas aguas tienen poderes mágicos y curativos.

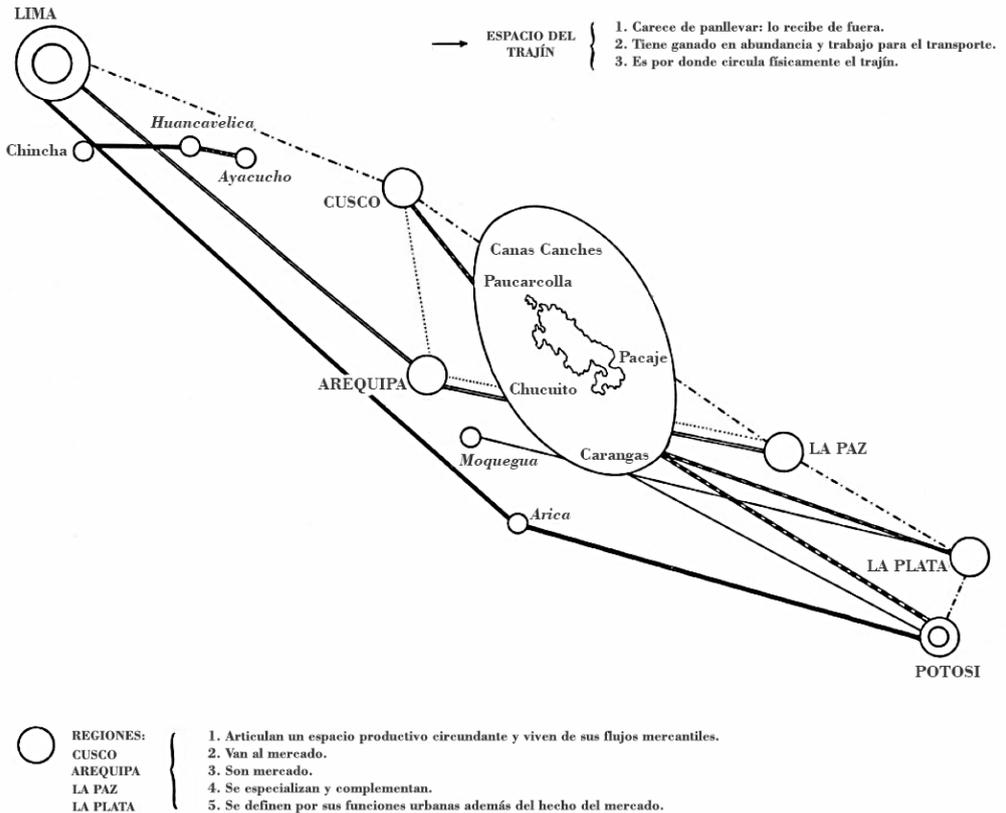


Marcahuamachuco. Sitio arqueológico que está ubicado en la provincia de Sánchez Carrión, departamento de La Libertad. La ocupación del sitio proviene del Intermedio Temprano, pero las estructuras monumentales fueron construidas en el Intermedio Tardío y corresponden a un centro político y militar relacionado con la Cultura Chimú y ubicado en el valle de Huamachuco, en medio de cerros elevados pero separados. La zona de Huamachuco fue importante en la época prehispánica como en la colonia por los recursos que ahí existían.



Sitio arqueológico de Montegrande. Ubicado en la provincia de Jaén, departamento de Cajamarca. El sitio data del año 3000 a.C. y corresponde a un templo ceremonial de forma espiral, construido con adobe y cantos rodados y que probablemente represente a una serpiente enroscada. Perteneció a una cultura prehispánica denominada como Cultura Marañón, que se desarrolló durante el Arcaico entre las actuales localidades de Jaén y Bagua (Perú) y Zamora Chinchipe (Ecuador).

ESQUEMA GRÁFICO DEL ESPACIO ECONÓMICO DEL SUR (Glave, 1989)



Esquema gráfico del espacio económico del Sur. Durante el virreinato, se estableció un circuito de relaciones mercantiles entre Cusco y Potosí con dos ejes vinculados, Arequipa, cara al Pacífico y La Plata, hacia el Atlántico. Una media luna de base minero-mercantil construida por la explotación y exportación de plata y por la circulación de bienes agropecuarios y manufactureros. Las relaciones incluían espacios adyacentes como Lima, Chíncha, Huancavelica, Huamanga, Moquegua, Arica y la zona del Altiplano, también vinculados con la producción de Potosí.



Machu Picchu. Construida en un espacio altamente sagrado, en la cumbre de una montaña rodeada de abismos, la ciudadela inca permaneció oculta a los ojos extraños a la región por cinco siglos. Reconocida por Augusto Berns (1870) y por Agustín Lizárraga (1902), fue con Hiram Bingham que se realizaron los primeros estudios arqueológicos consistentes y que se da a conocer al mundo a través de un número monográfico de la revista *National Geographic* de abril de 1913.



Lago Titicaca. Es la gran pacarina altiplánica. Según la mitología inca, los fundadores de esa nación emergieron del lago Titicaca. Alrededor de él se dieron las condiciones climáticas, ecológicas y sagradas para que Collas, Lupacas, Pacajes, Pucarás, Tiahuanacos, Aimaras y Quechuas desarrollen sus culturas, como todavía lo siguen haciendo los Uros.



Misti. Arequipa es una región cuya capital se encuentra a los pies de un volcán activo que pareciera caracterizar a su gente. Los incas lo consideraban un centro ritual, de sacrificios y ofrendas. Durante el virreinato sus fumarolas fueron un constante recuerdo de su presencia y en la república, su imponente presencia permite comprender la manifiesta fuerza de su regionalismo, expresado en una muy rica tradición histórica, cultural y sentimental.



Mapa de la región de Ayacucho. Ubicada en la zona sur-central de la sierra peruana, la región ocupa un territorio configurado por las cuencas de los ríos Mantaro, Pampas y Apurímac y por numerosos cauces que nacen en la cordillera occidental de los Andes y desembocan en el océano Pacífico. Sin salida directa al mar y sin río navegables, Huamanga se constituye como el corazón natural de ese espacio regional.



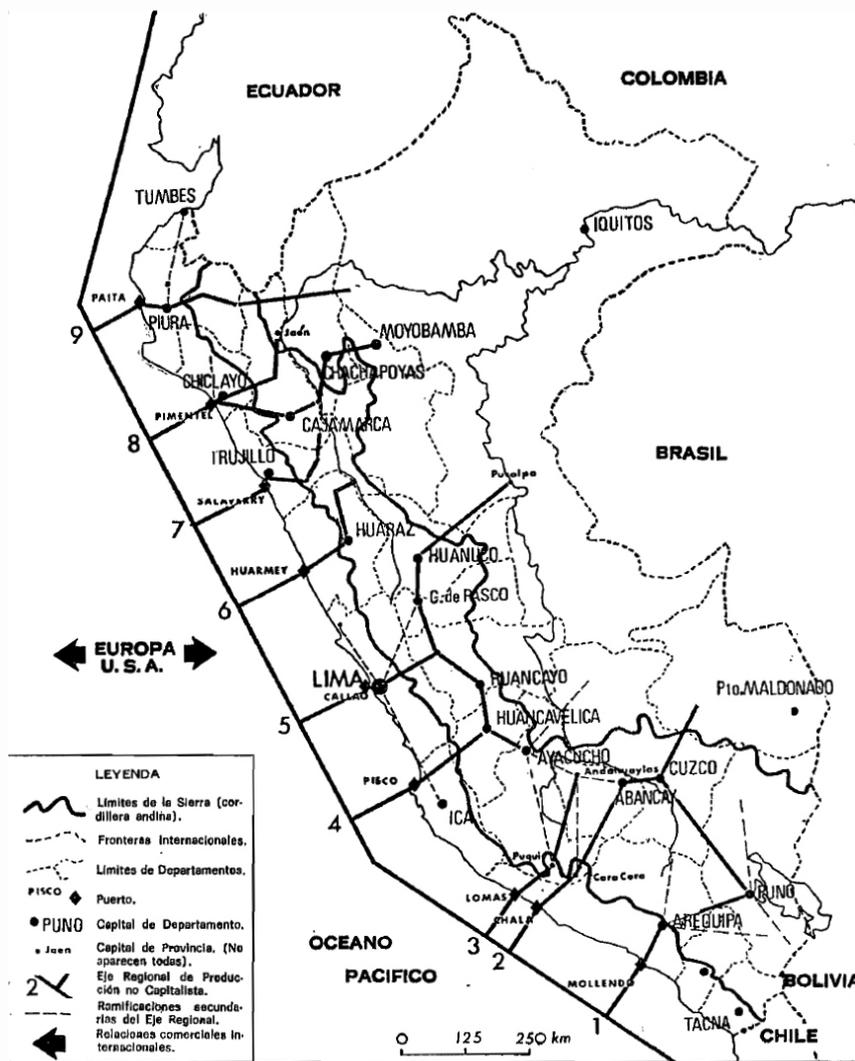
Plaza Mayor de la ciudad de Ayacucho a inicios del siglo XX. La imagen corresponde al mediodía, cuando la población, fervientemente católica, se arrodillaba al escuchar las campanas de la catedral para el rezo del Ángelus. Desde el siglo XVIII la antigua ciudad de Huamanga, hoy llamada Ayacucho, adquirió importancia al tener su propia



universidad, convertirse en sede de intendencia y albergar a artesanos mestizos e indígenas. Su jerarquía declinó en el siglo XIX debido a la fragmentación de la unidad de la región de Ayacucho.



Iglesia principal de Coracora. Ubicada al sur de la región de Ayacucho, la ciudad de Coracora se convirtió en importante plaza de comercio en el siglo XIX, cuando al fragmentarse la región la economía sureña exportó ganado y lana hacia Lima y la costa central e importó diversos bienes con la participación de comerciantes locales y extranjeros que se instalaron en la ciudad. En el sur de Ayacucho, además, apareció una élite de hacendados e intelectuales que buscó configurar una identidad local a partir del relato histórico de la antigua etnia prehispánica de los Rucanas.



LOS PROBABLES EJES DE PRODUCCION NO CAPITALISTA PARA EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO DEPENDIENTE EN EL PERU (1870 - 1940)

MAPA No.1

J-P DELER (CEGET-CNRS)

Ejes regionales del Perú de fines del siglo XIX. El antropólogo Rodrigo Montoya distingue hasta nueve ejes regionales por los que el capitalismo se vincula con la producción no capitalista del interior del país. Entre estos ejes destaca el de Lima-Mollendo-Arequipa-Moquegua-Cuzco y Puno, el de Lima-Lomas-Puquio-Coracora-Andahuaylas y el de Lima-Sierra Central.



Ferrocarril Central. La construcción de un ferrocarril en el centro del Perú que una Lima y Huancayo supuso una hazaña de ingeniería importante. Su construcción coincide con la época del apogeo económico producto del guano en la que el Estado-nación peruano buscaba conectarse al ideal de progreso y de modernidad del mundo. La



creciente actividad minera, ganadera, maderera y metalúrgica afianzaron el carácter de enclave productivo de la sierra central en relación al mercado internacional. En medio de la extracción de minerales y de los circuitos mercantiles dinamizados por el ferrocarril, se consolidó la identidad regional y el mestizaje cultural.



Arguedas en la feria dominical de Huancayo. El escritor y antropólogo andahuaylino presentó en 1957 su *Estudio etnográfico de la feria de Huancayo*: una precisa descripción de la capital del departamento de Junín a partir de una actividad comercial que relaciona a comerciantes de Junín, Huancavelica, Ayacucho, Pasco y la selva central.



El trabajo no solo describe la feria, sino las condiciones socioeconómicas del valle del Mantaro que cimientan el desarrollo comercial y el mestizaje en la sierra central. mercantiles dinamizados por el ferrocarril, se consolidó la identidad regional y el mestizaje cultural.

Procedencia de las imágenes:

- 1. Mapa del Perú.** Mapa general del Perú. Mariano Felipe Paz Soldán. Grabado por Delamare, Calle St. Andre des Arts, 45, París. Imprenta Janson, calle Antne. Dubois, 6. (París, Librería de Augusto Durand, 1865). Recuperado de: <https://acortar.link/9PeiGg>.
- 2. Mapa de las regiones históricamente constituidas en el Perú.** Gráfico elaborado por Susana Aldana.
- 3. Rutas de comercio del norte y gran norte.** Gráfico elaborado por Susana Aldana.
- 4. Foto antigua de Piura.** Fotografía de Pedro N. Montero. Colección de José Cerna Sabogal.
- 5. Huancabamba, en el departamento de Piura.** Fotografía de Susana Aldana.
- 6. Marcahuamachuco.** Fotografía de Susana Aldana.
- 7. Sitio arqueológico de Montegrande.** Fotografía de Quirino Olivera Núñez.
- 8. Esquema gráfico del espacio económico del Sur.** Extraído de Luis Miguel Glave (1989). *Trajines: caminos indígenas en la sociedad colonial, siglos XVI-XVII*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- 9. Machu Picchu.** Archivo Herman Schwarz.
- 10. Lago Titicaca.** Balseros del Titicaca. Max T. Vargas, 1910. Archivo Herman Schwarz.
- 11. Misti.** Volcán Misti y campiña de Arequipa. Renzo Tasso/PromPerú.

12. **Mapa de la región de Ayacucho.** Mapa elaborado por el Nelson Pereyra. Extraído de Nelson Pereyra: «Haciendas y circuitos mercantiles en la economía de la región de Huamanga, siglos XVIII y XI», en Pablo E. Luna y Francisco Quiroz Chueca (eds.): *Haciendas en el mundo andino, siglos XVI-XX*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos-Fundación M. J. Bustamante de la Fuente, 2019, p. 144.
13. **Plaza Mayor de la ciudad de Ayacucho a inicios del siglo XX.** Autor desconocido. Archivo de la Dirección Desconcentrada de Cultura de Ayacucho.
14. **Iglesia principal de Coracora.** Archivo fotográfico de Nelson Pereyra.
15. **Ejes regionales del Perú de fines del siglo XIX.** Mapa elaborado por Jean-Paul Deler. Rodrigo Montoya: *Capitalismo y no capitalismo en el Perú: un estudio histórico de su articulación en un eje regional*. Lima: Mosca Azul, 1980, 374.
16. **Ferrocarril Central.** Archivo ANDINA/Patronato del Ferrocarril Central del Perú, publicado: 12/08/2008, <https://acortar.link/hQhiu>.
17. **Arguedas en la feria dominical de Huancayo.** Organizado por la Casa de la Cultura. Huancayo, 1964.



Introducción

A doscientos años de la independencia, la coyuntura actual de crisis del Estado-nación en medio de una pandemia global nos lleva a interpelar las características del país y sus posibilidades a futuro. Uno de los nudos de nuestra república es la persistencia de un fuerte centralismo que jerarquiza al país y a sus autoridades y nos impide percibir la vitalidad de las sociedades que activamente construyen su mundo y, a la vez, al Perú. Dichas sociedades son las regiones, que existen y se han constituido a lo largo de nuestro devenir republicano, cada cual con una mixtura de elementos habidos y traídos que claman encarar, de manera conjunta y participativa, los nuevos retos, sea a través de la descentralización o de nuevas alternativas de solución establecidas desde el orden global.

Recordemos que la región es una suerte de telón de fondo para el Estado-nación y que hoy emerge con fuerza debido a que las estructuras nacionales comienzan a resentir y a transformarse con el mundo global y el reordenamiento geopolítico planetario. Por eso, dos simples preguntas guían este trabajo y marcan dos líneas de interés. La primera gira en torno a ¿qué es una región? La respuesta no solo nos permite definirla, sino nos lleva a reconocer sus particularidades, identificar las

varias regiones que existen en el Perú, establecer cuál fue su desarrollo y, finalmente, comprender cómo y por qué hoy vuelven a estar presentes.

La segunda línea de interés es la siguiente: ¿por qué es importante considerar a las regiones para entender el Perú?, una pregunta que nos dirige a los actores sociales y las nuevas condiciones que en el tiempo se presentan para ellos. Y entre estas condiciones aparece primero la independencia, que potenció a dichos actores; luego, la república, cuando las sociedades distintas y las diferencias culturales fueron invisibilizadas para consolidar una nación homogénea definida como peruana, en relación con el proyecto de construcción de una sociedad republicana y democrática.

Hoy, este modelo de Estado-nación enfrenta grandes cambios. La modernidad, sustento paradigmático de la nación, afronta una gran transformación o simplemente llega a su fin. La escala es planetaria y supone, por lo tanto, un reordenamiento político territorial y la emergencia de regiones globales que trascienden los marcos nacionales. Resultado de ello es la aparición de una nueva realidad que disminuye el rol central de las naciones y que, de algún modo, recupera y redimensiona las formas regionales y, en particular, macrorregionales y supranacionales.

Por todo lo referido, el presente trabajo ofrece una reflexión sobre las características, el origen y el devenir de las regiones en el Perú, proceso que se realiza en paralelo al desarrollo del Estado-nación, pero que también se hunde en lo más profundo del tiempo. En una primera parte presentamos algunas categorías teóricas para poder entender y sustentar las diferencias regionales, menos como un voluntarismo o impacto puntual de alguna tecnología (ferrocarriles, carreteras,

etc.) y más como un progresivo encuentro, influencia e interdependencia cultural que aprovecha, humanamente, una diversidad geográfica tan compleja como la peruana. Con dicha parte teórica no solo deseamos participar del debate teórico sobre la región, sino que queremos brindar a los lectores los conceptos necesarios que les permitan orientarse en los siguientes capítulos del texto y para que ellos mismos piensen y definan su región.

El siguiente capítulo describe el proceso de construcción de la región como respuesta al devenir histórico de la nación. Región y nación son el resultado de una experiencia común, solo que, a diferencia de la segunda que se construye «desde arriba», la región emerge «desde abajo» y a partir de las experiencias acumuladas de tiempos idos. En las sucesivas centurias, la nación terminará por imponerse por sus fuertes vínculos con una sociedad industrial en creciente apogeo.

A partir de la descripción de aquella experiencia común y de sus resultados, el tercer capítulo establece la particularidad de las diferentes regiones armadas a partir de ciudades que, desde el siglo xvi en adelante, constituyen elementos cohesionadores y organizadores del sistema regional. El propósito de dicho apartado no es solo mostrar el devenir, las particularidades y los regionalismos de las diferentes regiones de nuestro país, sino precisar que estas alcanzaron la plenitud en los siglos xix y xx, cuando el Perú logró su consolidación como Estado-nación.

Cabe precisar que en esta parte del texto se han estudiado las experiencias históricas y características de cinco regiones, cuya configuración rebasa los límites de los actuales departamentos (también denominadas regiones por la Ley de Bases de la Descentralización) por ser el resultado de procesos

sociales y culturales relacionados con la aprehensión de un territorio, como mencionamos antes. En tal sentido, se han escogido las regiones del norte (que abarca Tumbes, Piura, Lambayeque, La Libertad, parte de Áncash, se proyecta hacia Cajamarca, Amazonas y el sur del Ecuador), del sur (Cusco y Puno), de Arequipa (que alcanzó su plenitud en el siglo XIX), de Ayacucho (que es una región y no región, a la vez) y de la sierra central (con fuertes vínculos con la selva central). Dejamos para otra ocasión el análisis de otras regiones tan importantes como las señaladas (la capital y la costa centro-sur, la sierra de Lima y Áncash). Tampoco le hemos prestado mucha atención a la Amazonía, porque existe un volumen de la colección *Nudos de la República* dedicado a este importante espacio; no obstante, en varias partes del capítulo hemos mencionado las proyecciones de regiones como la sierra central, Cusco o Ayacucho hacia sus zonas de selva adyacentes.

Esperamos que este libro nos ayude a reflexionar sobre el pasado, presente y futuro de un país como el Perú, conformado por regiones vivas y activas y que, a la vez, es bullente y diverso, como nos recuerda José María Arguedas en su discurso pronunciado en el acto de entrega del premio Inca Garcilaso de la Vega, en octubre de 1968, del cual citamos un extracto como epígrafe al comienzo de este libro.

1

Entre la región y la nación

¿Qué es una región y por qué es importante? ¿Cuándo y por qué surge? ¿Por qué debe tomarse en cuenta para pensar el Perú? ¿Existe alguna relación con el presente? Y por supuesto, ¿qué problemas nos ofrece para nuestro pensar de país y, en especial, nuestra responsabilidad frente al Perú? El comprender estas preguntas nos remite a una manera de leer los discursos de los hombres en el tiempo y en una región; es decir, a la historia regional. Las preguntas son importantes y, por ello, intentamos responderlas en este capítulo. Aquí se va a teorizar, de forma breve, sobre lo que la región es, lo que significó en el pasado del Perú y, sobre todo, lo que implica para su futuro.

1.1. La región

Señalemos, en primer lugar, que para nosotros no es fácil pensar en la región. Estamos acostumbrados a una idea: que nuestro territorio es naturalmente continuo y homogéneo. El Perú existe, su forma política es la república y todos formamos parte de la nación peruana; es decir, todos y cada uno de nosotros tenemos la voluntad de ser parte de esta nación. Pero existe una diversidad geográfica en este país y una gran riqueza de

flora y fauna que hace que muchos lugares sean distintos y particulares. Esto nos lleva a aceptar que estas diferencias y particularidades también están entre nosotros, los humanos, no solo fuera del Perú, sino, sobre todo, dentro. Por eso, aunque no entendemos el cómo y el porqué de la región, sentimos que las hay, varias, distintas, en las que vivimos, a las que queremos y que han marcado nuestro espíritu. Su riqueza y su presencia nos hace sentirnos particulares dentro de la nación.

Un segundo punto: es importante recordar que el hombre solo puede actuar y realizarse en un espacio dado. No hay forma de que podamos ser si no nos situamos en un territorio. Sus características no nos determinan, pero sí motivan nuestro accionar y nuestras posibilidades de vivir y sobrevivir y de llegar a desenvolvernos en plenitud como individuos y sociedad. Solo un poblador de la sierra puede entender lo que es echar de menos a los cerros y su imponencia, solo un poblador de la costa extraña la amplitud del mar y un habitante de la selva es, quizás, el único en comprender la exuberancia del verdor. Por eso, no hay duda de que la geografía marca al hombre y su devenir en el tiempo. La historia y la geografía son elementos intrínsecamente unidos. El espacio remite a un tiempo, y viceversa, con todas las posibilidades filosóficas que estos dos términos implican.

En tercer lugar, la región puede estar presente en cualquier sociedad, además de la peruana. Aunque la región comienza a tomar un sentido concreto a partir del siglo XIX, solo en tiempos contemporáneos se la percibe a plenitud y se constituye en una posibilidad de ordenamiento sociopolítico a escala planetaria. La región nos remite a un tiempo, siglo XIX en adelante, a un territorio y a una materialidad dada. Pero sobre todo se funda en una forma cultural que se centra en los hombres y sus redes de relaciones, antes que en el territorio y la economía.

Por lo común, las sociedades de este tipo suelen ser llamadas sociedades tradicionales, por cuanto su paradigma recupera una riquísima y vasta experiencia humana que cuenta con densos vínculos y relaciones sociales que se hunden en el tiempo y con apropiaciones de los más diversos territorios. Son sociedades con complejidades variables construidas desde el hombre y su relación con la naturaleza —entendida como expresión de una supraconciencia— y progresivamente reemplazadas en importancia por una individualidad sustentada en la razón humana y que dio pie a la llamada modernidad. En consecuencia, las formas sociopolíticas generadas fueron la nación y la región. Incluso en la misma Europa, donde el modelo nacional fue construido, existen regiones y posibilidades de estructurar la diversidad dentro de la homogeneidad.

También por el bagaje cultural diferente y la experiencia histórica distinta, las regiones que emergen responden a períodos y características distintas. En el Perú, la tradición ha sido siempre un sutil telón de fondo para la razón aplicada que llegó con los españoles y potenció la modernidad. Lo andino nace justo de este encuentro, porque es lo otro; es el choque con lo diferente lo que potencia la necesidad de una definición. En todo caso, la andinidad supone una «razón» diversa a la occidental peninsular y criolla, pero tan útil a sí misma y a sus diversas manifestaciones que se mantuvo (y mantiene) latente, aunque mestizada, fusionada y mezclada. No es una entelequia ni una simple o compleja teorización, sino que emana de la vida misma, de un conjunto de hombres que se apropian de las ofertas culturales y las realizan. Por eso, lo andino tradicional y lo occidental moderno son ricas canteras culturales e históricas para pensar el Perú.

Por lo tanto, ¿qué es la región? Es un «espacio geográfico-mental variable, vivido y vivo, construido sobre vínculos

humanos que entretejen todo aspecto de las sociedades (cultural, social, económico y político) allí establecidas» (Aldana, 2013:207-208). Una forma de desenvolver una existencia, de apropiarse de un territorio, que es la base que un grupo humano administra, gobierna y con la cual complejiza su existencia. Y si bien parece que no hay mucha diferencia con otras formas sociopolíticas, como un departamento, un país o una nación, el peso de la región está dada por los vínculos humanos antes que por el territorio en sí.

Sin embargo, el espacio es trascendental, porque la región nos remite a un territorio físico real, donde la red de relaciones se concreta y se vuelve tangible; un espacio geográfico que se mantiene más o menos igual y que varía en términos de la dimensión humana (volumen de gente, satisfacción de necesidades básicas, entre otros). Además, la apropiación del territorio nos remite a un tiempo, más largo que corto, que impulsa en la mente humana la construcción de un espacio mental, pleno de representaciones y con un imaginario que le permite a una persona entenderse en sí misma y en el desarrollo de sus propias habilidades. Así, en el Perú, un costeño utilizará la tierra, pero buscará servirse del mar, abrirse a él; un poblador serrano se beneficiará de la altitud de los cerros para producir comida y tener animales, mientras que los habitantes de la selva se centrarán en la fuerza de vida que suponen los ríos. No obstante, el peso del concepto de región está dado por los vínculos sociales y varía de acuerdo a cómo los seres humanos se apropian de ese espacio donde buscan solventar sus necesidades de reproducción, las que se complejizan con el paso del tiempo.

Por eso, la región es un espacio vivo, porque se construye y sustenta por verdaderas redes humanas, elaboradas por tantas relaciones entre las diferentes personas, siempre en

constante cambio, construcción y reconstrucción, que se particularizan en un territorio usado y vivido. Por ejemplo, en el Perú, las casas de los campesinos costeños son semiabiertas y con techo inclinado por el calor y el sol. Al contrario, las casas cerradas con ventanas y puertas pequeñas son típicas de la sierra para evitar que el calor se escape. Y en la selva son comunes las casas abiertas, sin paredes y en alto para la protección frente a los animales. Con diferencias entre el norte, centro y sur, por cierto, porque el páramo norteño no es igual a la cordillera central ni a las punas del sur, ni las pampas calientes de Piura son similares a la estrecha franja costeña limeña ni a la sequedad camaneja de Arequipa. Pero todas, finalmente, son casas para el cobijo, que remiten a espacios vividos que reflejan una experiencia de vida, milenaria en el uso y apropiación de ese espacio dado.

Como la región nos remite a los hombres y sus vínculos, entreteje todo aspecto de una sociedad y en teoría se la entiende como un todo en acción, como veremos más adelante. En la región se encuentra una cultura particular a ella, sus relaciones humanas son características de ella. La región expresa la supervivencia económica de ese grupo en particular. Las normas sociopolíticas, que en su mayoría son tácitas y entendibles para quien comparte la experiencia de vida y las relaciones sobre un territorio dado, permiten la reproducción social de dicho grupo.

En el caso del Perú, es interesante pensar que la región se sostiene sobre nuestra diversidad cultural y su larga trayectoria en este territorio. No por puro gusto, la experiencia humana en los Andes nos enfrenta a, por lo menos, 15 000 años de densidad temporal. Pero una vez constituida como un posible modelo de organización política en el siglo XIX, la región

también se alimenta de la cultura española, que nos inserta en una realidad histórica y cultural más amplia por sus vínculos tricontinentales (América, Europa y África), sino más, y que significó una puerta de entrada a otras manifestaciones culturales —como la ciudad— y una ventana para observar experiencias y elementos sociales diferentes, mucho de lo que, en el tiempo, devino en occidental y moderno.

Pero entonces, ¿qué particulariza a la región? La dimensión humana. Al menos, en el caso del Perú, la gente local se conoce entre sí y también a los que circulan por su territorio, los que generalmente provienen de los alrededores. También la gente local posee una capacidad nemotécnica sorprendente, con la que recuerda a los que trabajaron en la zona o a aquellos que la visitaron por corto tiempo. La región se arma con vínculos humanos y, por lo tanto, le otorga una fuerte carga antropológica a las relaciones sociales. Por ejemplo, la distancia se mide de acuerdo con la ubicación y con la red de parientes y conocidos. La confianza para la realización económica se refleja en ese mantenimiento de las relaciones y los vínculos con la familia. La fidelidad del orden y fundamento de las relaciones se fija en concordancia con el número de interacciones sociales bajo normativas constantes y tácitas del grupo.

Estas relaciones y apropiaciones humanas de un territorio, que fundamentan la región, se construyen desde abajo, mientras que las divisiones jurídico-administrativas son impuestas por la forma política desde arriba. Por lo mismo, la región traspasa los límites establecidos por el Estado, porque un grupo se relaciona con otro y este, a su vez, con otro, el cual también se relaciona con uno más allá. Entonces se generan fronteras que son bastante móviles y flexibles. A las finales, de pequeño en pequeño, se vinculan y articulan muchos grupos

y comunidades humanas. La gente es un punto de la red, y cada red es parte de un tejido más amplio y complejo, tal como veremos en los ejemplos de caso.

Puesto que la región también es un sentir que remite a relaciones, no tiene límites jurisdiccionales precisos, sino más bien fronteras asumidas a plenitud por quienes las vivencian. No son líneas construidas de manera imaginaria, inmóviles y fijas, medidas con exactitud y delimitadas por un mapa o un GPS; al contrario, son un rango de territorio, un espacio movable en constante reacomodo y que varía en el tiempo y el territorio, de acuerdo a la apropiación humana de que es objeto. Territorialmente hablando, la región se mantiene por lo regular constante.

Ya que la región nos remite a un territorio tangible y apropiado por los hombres, se construye culturalmente como una representación, una realidad voluble y volátil, levantada a partir de los vínculos humanos construidos en el tiempo y expresados en una memoria, en un recuerdo y hasta en cogniciones sociales que se comprenden de forma local y regional, pero que son en la práctica inentendibles para quien no participa de esa realidad. Muchas veces, no son siquiera percibidos desde el Estado. Por ello, el gobierno de turno —durante el Virreinato o la República— establece sobre la región un conjunto tardío de divisiones y jurisdicciones administrativas: corregimientos, provincias, partidos, distritos, departamentos.

Por cierto, la ciudad es el eje articulador de las relaciones sociales de una comunidad —y, en particular, de la región— y permite la concreción material de relaciones inmateriales con otro tipo de materialidad no bien comprendidas todavía. Desde que llegó con los españoles, se convirtió en el punto de encuentro de muchos, en red y en cascada. La ciudad consolidó

la administración burocrática y eclesiástica, además que propició el intercambio mercantil y la celebración de fiestas religiosas. Las ciudades poseían derechos que ni las villas ni los pueblos tenían. Con el paso del tiempo se convirtió, progresivamente, en el centro y eje de una región. Por tanto, en la profunda y densa historia del Perú, las ciudades reemplazaron a los centros religiosos y administrativos previos y se convirtieron, poco a poco, en los nuevos núcleos de organización que articularon regiones a partir del siglo XVIII.

La ciudad fue siempre un núcleo *primus inter pares*, es decir, primera entre iguales, la más importante. Durante el Virreinato, todas y cada una de ellas tenía su espacio; Lima era solo la sede del Gobierno y la residencia del virrey y la audiencia. Durante la República, la sociedad que se desplegó en ella estableció el modelo que centralizó la vida en una preeminente capital que poco a poco se convirtió en una megalópolis —Lima Metropolitana— diferente de la región Lima.

1.2. Teorías de región

No solo hay regiones en el Perú. Es un tema que traspasa una localidad, una nación. Las primeras regiones aparecieron en la Europa del siglo XVIII como entes políticos y administrativos que recreaban la territorialidad de las viejas zonas medievales, en reemplazo de las provincias. En la siguiente centuria, se convirtieron en la respuesta local a la aparición y centralización del Estado-nación. Entonces, la categoría fue usada para denominar un espacio geográfico con determinado territorio, clima, fauna y vegetación. Así aparece en la obra de uno de los más importantes humanistas de aquella época: Alexander von Humboldt, quien visitó América y el Perú, entre 1799 y 1804.

En la cima de la Ilustración dieciochesca, la región se convirtió en objeto de estudio de la geografía, pero fue asociada a la noción de paisaje y entendida como un espacio con características morfológicas y funcionales similares. En el siglo XIX apareció Paul Vidal de La Blache, quien relacionó territorio con personas y definió a la región como un paisaje transformado por el hombre.

Este gran geógrafo francés fue quien percibió las particularidades de esos paisajes a partir de la vivencia humana. Para él, la región era el territorio con elementos homogéneos, como el clima, el relieve y los recursos, que determinan el tipo de vida de sus habitantes, pues ellos con la tecnología que van desarrollando actúan sobre la naturaleza y generan comportamientos, hábitos y costumbres a las que llama *géneros de vida*. El estudio de las regiones no consiste solo en la descripción del territorio, sino en el análisis del territorio afectado por el género de vida como cimiento de la civilización.

Vidal de La Blache escribió estas ideas cuando imperios europeos como Inglaterra, Francia o Alemania ocuparon África y Asia e instalaron colonias para extraer recursos y colocar manufacturas y sobre todo capital (entre 1880 y 1910), fenómeno conocido como imperialismo que ocasionó las dos guerras mundiales. Desde aquí emerge, nítidamente, el cariz político de la región, pues con el imperialismo se asoció el concepto de región a la necesidad de los imperios por estudiar sus colonias y organizar la administración de un territorio colonial para realizar sus intereses. No en vano el historiador mexicano Carlos Aguirre Rojas (2015) sostiene que este concepto de región contiene un cariz imperialista al validar los elementos geográficos de un espacio dado como relevantes, pues determinan la configuración específica de los grupos humanos, sus diversos géneros de vida y hasta el sentido de su acción.

Como siempre, puede haber varias formas de entender un tema. Si bien es cierto que hay una suerte de determinismo de época, Vidal de la Blache se preocupó por estudiar las respuestas de los grupos humanos en el territorio de la región, como vimos antes. Por eso, su posición tuvo éxito, y las diferentes disciplinas científicas que también se interesaron por el estudio de la región, como la economía y la historia, tomaron su concepto y comprendieron que, sin la consideración de los elementos geográficos, era imposible definir científicamente la región.

En paralelo a esta revolución en la geografía, apareció en Occidente la antropología clásica: una ciencia dedicada al estudio de las sociedades diferentes y lejanas, ubicadas en las colonias de África y Asia. En el contexto del imperialismo, el estudio del otro debía de servir para dominarlo mejor (la antropología británica) o, en el mejor de los casos, para conocerlo mejor y, desde allí, establecer idealmente al «buen salvaje». Entre ambas posiciones surgió el relativismo cultural, desarrollada por el antropólogo germano de origen judío Franz Boas, quien introdujo el estudio del hombre desde la perspectiva de su propia cultura y reconoció la tolerancia cultural; la cultura estaba relacionada con las creencias, conductas, saberes, sanciones, valores y objetivos que señalan el modo de vida de un pueblo (Marzal, 1997).

Melville Herskovits, antropólogo estadounidense y seguidor de Boas, consideraba que el área cultural remite a una cultura estructurada por rasgos y patrones de comportamiento. Con esta categoría, los antropólogos localizaron regiones con una cultura en común distribuida desde el centro a la periferia de un territorio. No obstante, fueron los estadounidenses Alfred L. Kroeber, Robert Redfield y Julien Steward quienes

perfilaron el concepto de área cultural al hacer trabajo de campo en México y los Andes.

Alfred L. Kroeber realizó investigaciones en el Perú (1925-1926 y 1942), y por sus estudios estableció un concepto de área cultural en el que relaciona la cultura con un territorio: el área cultural es un ámbito geográfico donde existen ciertos elementos culturales muy particulares que se hallan distribuidos en un lugar y forman una serie de patrones compartidos por una colectividad.

Por su parte, Robert Redfield definió la región a partir de ciertos criterios como la uniformidad ecológica, el aislamiento del espacio, la tradición cultural, la presencia de una ciudad y la existencia de una conciencia regional. En consecuencia, la región es un espacio internamente diferenciado y uno de los primeros eslabones de la cadena de construcción de la nación, que empieza con las tradiciones locales y culmina con ella; posición que Julien Steward precisó, señalando que la región es un espacio cultural más pequeño que el área, que aparece a partir de las variaciones en la integración del área cultural con una organización que maneja el medio ambiente desde la cultura.

Steward utilizó la noción de área cultural para acuñar la categoría de «área andina» en una publicación emblemática de los años cuarenta: el *Handbook of South American Indians*, seis volúmenes editados por la Smithsonian Institution, entre 1946 y 1950. Para el estudio de las poblaciones indígenas de América del Sur, en este manual se identificó territorialmente cuatro áreas culturales en el continente, siendo una de ellas el área andina que albergó a la civilización inca. A partir del libro se popularizó el término «andino»; y, con el paso de los años, el área andina se convirtió en un territorio particular con elementos culturales propios.

Este concepto de área cultural propició en México estudios regionales que rescataron el rol determinante cumplido por las ciudades en la conformación de las regiones, a la vez que conllevó a la realización de variados proyectos de antropología aplicada que buscaban integrar a los indígenas a la nación; el más importante representante de esta tendencia fue el antropólogo Gonzalo Aguirre Beltrán. En el Perú, la publicación del manual coincidió con la creación del Instituto de Etnología en la Universidad de San Marcos (1945), donde se impartían cursos que rescataban la teoría del relativismo cultural para el conocimiento profundo del país.

Por eso, en sus primeros años de funcionamiento, el instituto impulsó investigaciones sobre los patrones culturales de las comunidades ubicadas en áreas culturales. Hasta cinco áreas fueron identificadas por los antropólogos José Matos Mar y Rosalía Ávalos: Titicaca, Yauyos, Alto Ucayali, valle del Urubamba y de los grupos selváticos aguarunas y shapras. Diez años después se impuso el enfoque interdisciplinario en las ciencias sociales y se pasó al estudio de las microrregiones, cual archipiélago de numerosos islotes incomunicados entre sí y dependientes de una ciudad. El mejor ejemplo al respecto es el del valle de Chancay, al norte de Lima, integrante de una microrregión con varios tipos de población: hacienda, comunidad, pueblos y grupo de propietarios (Sandoval y Agüero, 2015; Pimentel, 2020).

Quien mejor utilizó el concepto de área cultural como territorio con una cultura fue José María Arguedas (1975 [1958]). El reconocido escritor y antropólogo, egresado del Instituto de Etnología de la Universidad de San Marcos, planteó la existencia del área cultural pocra-chanca en los territorios de Huancavelica, Ayacucho, Chincheros y Andahuaylas. Allí, Arguedas observa un patrón cultural con elementos como la lengua quechua-chanca,

la unidad folklórica musical, una arquitectura popular, el danzante de tijeras, los adornos de cera de las andas procesionales, etc. Como vivió a mediados del siglo pasado, cuando la modernización del país y las migraciones modificaban raudamente los elementos del área cultural, pudo advertir cómo las carreteras propiciaban la entrada de la cultura foránea.

Sin embargo, nunca perdió la esperanza en la fuerza de las culturas locales y que la transformación cultural iba a ser rechazada por mestizos exitosos, como el imaginero ayacuchano Joaquín López Antay, pues, según Arguedas, el área cultural era mestiza: su matriz hispana recogía elementos culturales prehispánicos. Sus ideas han sido retomadas en estos últimos tiempos; nuevamente, se plantea la existencia de áreas culturales en el territorio nacional, tomando en cuenta las fluidas relaciones entre el campo y la ciudad y la diversidad cultural de nuestro país (Degregori, 2004).

Como la geografía y la antropología, la historia tampoco fue esquiva a la región. La escuela positivista germana privilegió el estudio del Estado-nación, mientras que los historiadores franceses del período de entreguerras, cohesionados por los Annales, hicieron historia regional con la finalidad de renovar el conocimiento y los métodos históricos que permitirían entender la violencia vivida. Lucien Febvre, por ejemplo, escribió una monografía sobre el Franco Condado, con una introducción en la que ofrece una descripción del paisaje y de sus contornos. Su colega Marc Bloch estudió la región de la Ile (isla) que se despliega alrededor de la ciudad de París, cuyo crecimiento, en el siglo xx, la eliminó. Pero su estudio perfiló la «región histórica»: una entidad propia, homogénea y coherente, en cuyo territorio ocurren eventos (políticos, sociales, económicos, culturales) en relación dialéctica con el espacio y

que surgió, se desarrolló, decayó y desapareció en un tiempo histórico, tal como sucedió con la Ile (Aguirre, 2015).

Fernand Braudel potenció esta individualidad histórica con un concepto de individualidad geohistórica en movimiento; es decir, un territorio (geografía) con una historia y una relación cotidiana entre los hombres y la naturaleza, y viceversa. La región no es un espacio pequeño o mediano, sino un gran territorio, como el Mediterráneo, en el que aparecieron y desaparecieron varias civilizaciones y se instalaron diversas rutas comerciales que conectaban a tres continentes con los puertos y las islas de un mar interior. No en vano, el Mediterráneo se constituye en protagonista de la obra de Braudel: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, publicada en 1949.

La siguiente generación de historiadores estudió los procesos políticos, sociales, económicos y culturales en algunas regiones europeas, como la Beauvais, el Languedoc o la Provenza. En contrapartida, apareció el estudio del historiador Pierre Vilar: *Cataluña en la España moderna* (1962), que conjuga magistralmente la descripción geográfica con el análisis de estructuras (organización política e instituciones) y coyunturas (fluctuaciones de precios y moneda) para ofrecer la historia de una zona con personalidad regional que ingresó a la era industrial en el siglo XIX. Estos trabajos influyeron en peruanos que hicieron sus doctorados en historia y ciencias sociales en la Francia de la década del setenta.

Donde mejor se ha desarrollado la historia regional ha sido, sin lugar a dudas, en México. El libro *Pueblo en vilo*, del historiador Luis González, marcó un inusitado avance en 1968. El texto reconstruye la historia del pueblo aislado y bucólico de San José de la Gracia, en el estado de Michoacán, pero con una gama de acontecimientos que contradicen las tendencias de la

historia nacional. El texto presenta a una localidad como una totalidad y ve la nación a escala local, llegando a cuestionar la historia centralista y el discurso de la identidad nacional. Luego de su publicación, varios historiadores mexicanos revelaron las formas particulares como se vivió en la región acontecimientos importantes como la Revolución mexicana.

Con las nuevas teorías de por medio y a partir de la postura crítica que la academia mexicana adoptó tras la matanza de Tlatelolco (1968), se dio el *boom* de la historia regional en México, con investigaciones, becas y programas de estudios y, sobre todo, monografías que dan cuenta de los ritmos y continuidades de las regiones, además de resaltar un Estado asentado sobre la heterogeneidad (Serrano, 2001). Incluso se llegó a plantear un concepto polisémico de región: como modelo teórico y como realidad distinta a la nación (Cariño, 1996; Sosa, 2010).

Se trata de paradigmas que hoy están cuestionados. El mexicanista Eric van Young (1987:255) señala que las regiones son, ante todo, una hipótesis a comprobar; son como el amor: «difíciles de describir, pero las conocemos cuando las vemos», agrega con bastante ironía. Insiste en la necesidad de definir la región, porque los seres humanos usamos categorías para ubicarnos en un espacio y porque existen dos conceptos que califican su existencia: *regionalidad* (que alude a las circunstancias que distinguen la región de otras) y *regionalismo* (que se relaciona con la identificación de los seres humanos con su región). Finalmente, plantea dos modelos para el estudio de las regiones: dendrítico (modo embudo) y solar (modo olla a presión), como veremos luego. Para Manuel Miño Grijalva (2002), la región no es siquiera una hipótesis a comprobar, sino un concepto ambiguo e impreciso, pues cuenta con un territorio y una sociedad que forman parte de la nación y se modifican con el inexorable paso del tiempo.

Por lo tanto, se puede percibir que hay una enorme plasticidad en las posibles teorizaciones de región. En México, la fuerte presencia de autonomías socioculturales y territoriales de muy largo aliento, con su propia carga de necesidades, requerimientos e inserciones en el Estado-nación mexicano, ha causado el rechazo o la aceptación teórica de la existencia de las regiones.

En el Perú, en cambio, la historia regional no ha tenido un desarrollo tan profuso. Empezó a llamar la atención en los años setenta merced a esa influencia señalada de *Annales* en historiadores peruanos. Pierre Vilar o el gran americanista Ruggiero Romano motivaron fuertemente a Alberto Flores Galindo, Manuel Burga, Rodrigo Montoya, entre otros. Tres importantes estudios fueron publicados y abrieron la senda: uno sobre Arequipa y el sur andino y otro sobre Lima como región en el conjunto nacional, del historiador Flores Galindo, y un tercero sobre el eje Puquio-costa central, del antropólogo Montoya¹.

La economía también respondió a esta contribución francesa en el estudio de la región. François Perroux, por ejemplo, influyó en el economista Efraín Gonzales de Olarte, quien define a la región como un espacio geográfico con relaciones sociales, una estructura de poder articulada al Estado y una identidad propia. En esta perspectiva, se identifica una región a partir de la existencia de un mercado, la reproducción del capital, la existencia de un componente precapitalista en la producción y la presencia del Estado y de clases sociales en el territorio regional (Gonzales de Olarte, 1988). A diferencia de los espacios mercantiles, donde circulan y se venden las mercancías, en la región se produce y acumula capital.

1 Los referidos estudios son: *Arequipa y el sur andino: ensayo de historia regional, siglos XVIII-XX* (1977) y *La ciudad sumergida: aristocracia y plebe, 1760-1830* (1991), de Alberto Flores Galindo; y *Capitalismo y no capitalismo en el Perú: un estudio histórico de su articulación en un eje regional* (1980), de Rodrigo Montoya.

Se trata de una visión economicista que marcó época y generó importantes trabajos, como del historiador argentino Carlos Sempat Assadourian (1982) sobre el sistema colonial, donde manifiesta que la minería para la exportación ocasionó la formación de una macrorregión con los actuales territorios de Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina y Paraguay, con autosuficiencia económica —debido a la escasa importación— y producción de bienes para el intercambio mercantil en microregiones que contaban con especialización laboral. Es el caso de Potosí, que entre los siglos XVI y XVIII produjo la plata que empoderó a España y asombró al mundo y demandó azúcar de Cusco, vino de Arequipa, tubérculos del Collao y tejidos de Conchucos, como veremos más adelante.

Además de las teorías mencionadas, debemos señalar la aplicación de los modelos solar y dendrítico de Van Young para la comprensión de la región y la historia regional. El modelo solar concibe a la región como una extensa red de flujos económicos que se crean alrededor de centros productivos o de consumo, como minas o ciudades, que impulsan la producción para una demanda insatisfecha. Al contrario, el modelo dendrítico considera que las regiones tienen que ver con el envío del excedente económico hacia el exterior, que ocasiona la debilidad del mercado interno y una escasa integración económica (Van Young, 1987; Flores, 2011). Con estos tipos ideales de explicación, las regiones se estructuran alrededor de un nodo de producción o consumo (el núcleo del sol), o a partir de la exportación, a semejanza de un embudo. Así, minas, haciendas y obrajes coloniales aparecen como nodos de arrastre de productos regionales (tal como vimos en el ejemplo de Potosí), o bienes exportables como la lana sirvieron para relacionar el espacio regional con el mercado exterior.

Esta doble perspectiva, ampliamente utilizada en el Perú, colisiona con las definiciones antes anotadas de región, que ponen énfasis en los aspectos territoriales, culturales y regionalistas. En tal sentido, vale la pena recurrir a los franceses Pierre Bourdieu y Armand Frémont para precisar los conceptos. El primero señala que la región es una división del espacio creada por una autoridad (o sus propios habitantes) y legitimada por geógrafos, economistas e historiadores, que se instituye en la realidad y requiere de una identidad para diferenciarse de otras regiones que siguen el mismo devenir (Bourdieu, 2006). Por su parte, el segundo dice que las personas proyectan sus valores a los lugares, y viceversa, de tal forma que la región es un reflejo de las experiencias y expectativas de sus pobladores y una estructura de interrelaciones humanas que se modifican con el tiempo (Frémont, 1974). En consecuencia, la región aparece como una realidad vivida, percibida y sentida por las mismas personas que habitan el espacio regional.

Todo este conjunto de ideas, paradigmas y teorías han sido contempladas para las definiciones que se suscriben. Partimos de un supuesto base: la existencia milenaria del Perú, su diversidad humano-geográfica y sus elementos culturales particulares. Todo ser humano responde de manera semejante al reto del espacio y de la vida, pero su especificidad es la manera como combina esas experiencias y esos elementos con la diversidad espacial y geográfica en la que vive.

1.3. Entre la región y la nación

En el Perú, una de las preguntas que podemos hacer es por qué la región emerge, en concreto, a finales del siglo XVIII, se

constituye plenamente a lo largo de la República y vuelve a emerger, reeditada y readecuada, en las postrimerías del siglo xx, cuando declinan la nación y el sistema que la potencia. Tal como hemos visto antes, las regiones emergen en Europa como una respuesta de las sociedades tradicionales, acostumbradas a la diferencia y autonomía relativa, a la centralización y homogeneización del Estado-nación. La situación no fue diferente en nuestro país, solo que quizás el problema es de más larga data o enfrenta los matices del encuentro de culturas distintas en su expresión material.

Por eso, nos preguntamos cómo y por qué la región se construye en paralelo a la nación; cómo esa tupida red de relaciones humano-económicas que se apropia de un territorio enfrenta la construcción de la sociedad industrial, republicana, capitalista, democrática y de base judeocristiana. El momento histórico catapultó el predominio de Occidente. La nación será la ganadora en cuanto sustentadora de la república, pues su función cohesionadora potenciará la fuerza centrípeta nacional y someterá a las fuerzas de la diversidad regional, aunque no podrá eliminarlas.

De hecho, ambas categorías nos remiten a la riqueza cultural de este país. Riqueza que, por lo común, se deja de lado en esa larga densidad temporal y se empobrece en la comprensión del proceso, a diferencia de Europa que, como se ha teorizado, rescata esa diversidad medieval como sustento de la construcción del Estado-nación. En el Perú, el devenir del «mundo andino antiguo», como llaman los arqueólogos al desarrollo prehispánico, se vio interrumpido, enriquecido y empobrecido con la llegada de la cultura española.

El sorprendente orden y apropiación del territorio, que culminó con la aparición del Imperio inca, supuso una

complejidad sociopolítica notoria, fundada en una dispersión controlada de la población que se apropiaba de las características de un territorio tan peculiar como el andino. Como grandes creadores de comida, la riqueza del momento, los pobladores de los Andes mantuvieron un orden sacro de la vida, eminentemente jerarquizado. Igual que las montañas, los que estaban en la cima poco o nada tenían que ver con la base, aunque esta era el soporte de aquella.

La llegada de la cultura española, más allá de la violencia coyuntural de una «conquista», supuso la aparición de derechos comunales y someramente individuales, que se fueron acentuando conforme el mundo español se asentaba en estas tierras. La ciudad, el mercado y la fe única fueron una atractiva oferta cultural que los de aquí tomaron mediana y rápidamente. De manera semejante, los que llegaron se apropiaron de múltiples elementos existentes que les permitieron sobrevivir en estas tierras. No por puro gusto hubo un imperio, y desde sus bases se construyó una realidad colonial y señorial, económicamente rica por cuanto se basó en una increíble agricultura, abundada con los nuevos cultivos apropiados por los locales, y en un activo comercio que se readecuó y redimensionó con el tiempo y que relacionó al Perú y a Sudamérica con España, Europa y parte de África, de donde vinieron los esclavos.

Aunque fuera solo una realidad teórica y no concreta, la base legal de la república de indios y la república de españoles es la muestra del ordenamiento y entendimiento de una sociedad fundada en la diferencia. Cada oficio, cada ciudad y cada persona tenía su propio mundo de derechos negociados de manera particular y pactados, tácita o directamente, con el rey.

Desde este mundo se fueron sentando las bases del siguiente período de nuestra experiencia histórica. Con la mezcla,

fusión e interpenetración cultural, pero manteniéndose elementos propios de cada grupo a la vez, se fue construyendo la región y la nación al mismo tiempo. Para finales del siglo XVIII, la primera estaba claramente perfilada, a manera de cascada y en base a un territorio en el que se entrelazaban un conjunto de redes humanas, configurando espacios cohesionados por representaciones, mentalidad e intereses económicos. No se trataba solo de la intendencia de Trujillo o de Huamanga, ni de la audiencia de Quito o del Cusco, ni de la capitania general de Chile o de Venezuela, ni tampoco del virreinato de Lima o de Buenos Aires; sino que se le entendía como un todo: el Imperio español. La continuidad y circulación de productos bajo este enorme paraguas potenció la creación de regiones sistémicamente organizadas, económicamente vinculadas y humanamente realizadas.

Por el contrario, la nación fue un elemento nuevo, al menos en estas tierras, pues remite a una sociedad como la criolla-peninsular que de forma progresiva se construyó como igualitaria y crecientemente individual. Para finales del siglo XVIII y sobre todo después de la separación de España con la creación republicana, la ley se posicionó como la normativa universal y general para todos de manera indiferenciada y el mercado, como el igualador social en función de la participación en él. Así, el mundo republicano estuvo marcado por leyes, derechos y clases organizados desde una ciudad, como Lima, también convertida en el corazón de una burocracia estatal que ordenaba, de manera jerarquizada, el territorio en función creciente de las leyes y del mercado. Para viabilizar a estas sociedades, fue necesario crear países, cuya gente debía superar el vínculo con su localidad y su tierra mediante la adhesión a un espacio más amplio: el territorio nacional, con riquezas fundadas en la explotación de los recursos y con beneficios exclusivos

para aquellos que formaban parte de ese Estado nacional. El bienestar iba a venir de la circulación y colocación de materias primas o productos en un mercado cada vez más industrial, en el que todos debían participar.

Sin embargo, el fuerte matiz económico fue invisibilizado por la necesidad política de crear las repúblicas cuando se tenía que impulsar el amor a un territorio dado, que era más grande que la localidad, aunque recortado con respecto a la amplia y compleja percepción imperial previa. Fue muy importante encontrar un elemento que reemplace al rey en su función cohesionadora. En este punto emerge la voluntad de construir la nación y el reto de enseñarla y generalizarla a un conjunto social acostumbrado a pensarse de manera segregada y diferenciada, pero funcionando de forma sistémica y a través de redes de diferentes tipos y calidades. La región fue una de estas redes que la gente comprendía, aunque quizás no entendía. El proceso se desarrolló a lo largo del siglo XIX, y el éxito de la nación fue visible para 1900, época en la que quedó definido el mundo liberal, y los liberales se apropiaron plenamente del poder político, con una riqueza económica que estaba territorializada mediante verdaderos muros o límites nacionales. Por lo tanto, la nación existe y su forma tácita es la del mapa, cuya enseñanza se impulsó desde la primera mitad del siglo XX. Su apogeo se produjo en la segunda mitad de esta centuria, cuando a la vez se inicia su profunda transformación.

En suma, podemos observar que la región y la nación surgieron en paralelo y con características semejantes en todo Occidente, lo que logramos constatar mediante la teoría. En el Perú, de un lado, estaba la cultura nativa; y, del otro, la española llegada en el siglo XVI. Ambas culturas se mestizan, fusionan e interpenetran en el contacto continuo entre una y otra, a la vez

que mantienen elementos propios que se fueron recreando y re-adequando conforme se desarrolló el proceso. El caso español y europeo ha sido más teorizado; el andino, solo someramente.

1.3.1. Los bagajes históricos, base de la diferencia entre las regiones

La cultura nativa sí mantuvo alguna pureza; lo hizo en la medida que estaba interesada en sí misma y en su territorio. Por ejemplo, el contacto con la ceja de selva permitió (y todavía permite) la vitalización de las creencias locales, pues aquí se encuentra el espacio fundamental del mundo andino antiguo como proveedor de alucinógenos y otros bienes que posibilitan la relación con los dioses, como el San Pedro (*Trichocereus pachanoi*), la ayahuasca (mezcla de la enredadera *Banisteriopsis caapi* con el arbusto *Psychotria viridis*) y la coca. Sin embargo, las relaciones humanas a través de comunidades y la utilización agrícola de los pisos ecológicos sirvieron para mantener las formas de vida útiles a los locales, por cuanto les permitía una fácil reproducción social.

Por su parte, la cultura que llegó devino en la criolla hispano-occidental. Sus portadores, los criollos, jamás dejaron de relacionarse con su madre patria: España. Estas lejanas tierras constituyeron la fuente de su identidad y el lugar de donde manaban los fundamentos de administración y organización sociopolítica. Así, nos convertimos en un vicerreino, con una gran riqueza histórica que participó y enfrentó múltiples procesos que terminaron por cuajar en Occidente. La Corona española se convirtió, de manera progresiva, en el objeto-meta de los intereses de los beneméritos y subsiguientes descendientes de españoles en estas tierras. Para criollos y burócratas, el

rey y el Consejo de Indias estaban en España, por lo que ella era la fuente que cohesionaba e impulsaba el modelo imperial.

En consecuencia, los bagajes históricos culturales son importantes para entender la región y la nación. La primera nace de la incidencia y la fuerza de la cultura nativa en su devenir, en constante contraste con la otra cultura y recupera la diferencia geográfica territorial, culturalmente apropiada. La segunda surge de la progresiva imposición y devenir de la cultura que llegó a estas tierras, como por su vinculación y decantamiento con sus bases culturales originarias en una Europa que estaba en camino a la modernidad. Podemos establecer, por ejemplo, que la región norte del Perú se visibiliza por la imponente mercantil que se asienta en una experiencia milenaria de intercambio vía dones y contradones, redimensionada por el mercado traído por los españoles.

Experiencia redimensionada, porque se sabe de grupos especializados en este «comercio», como tallanes y guayacundos del extremo norperuano, por último colocados bajo una impronta de mayor alcance chimú (zona de Trujillo) e inca (zona cusqueña). El Qhapaq Ñan permitió establecer un asentamiento en Monte de los Padres, en el Alto Piura, en 1534, y con ello la temprana creación de mercados ahora urbanos, locales, provinciales, regionales, de corregimientos, del obispado y finalmente virreinales. El activo intercambio vía dones y contradones se reconstituyó a partir de los crecientes vínculos humanos y de las redes de intercambio de productos que se fueron tejiendo y entretejiendo.

Pero por lo mismo, y considerando el distinto bagaje histórico de los diferentes espacios culturales, la región se visibiliza de manera muy distinta en todo el espacio virreinal peruano. Por ejemplo, en el caso del centro-sur, en Huamanga, la región

múltiple y diversa aparece desde la fuerza de las comunidades y sus vínculos; una fuerza que proviene de un tipo de democracia inherente a los comunes indígenas, que recupera derechos no individuales, aunque procesados en esa relación antagónica y complementaria de la sociedad indígena con la sociedad criolla. El individuo es colectivo y quizás, como señala Amartya Sen (2007), se trata de otra forma de establecer y reconocer derechos a sociedades construidas desde la diferencia, los cuales posibilitan la vitalidad de la región, pero que se contraponen con la fuerza de una nación, que es la que al final prima.

En efecto, la región de Huamanga (hoy llamada Ayacucho) constituye un caso singular en el devenir histórico de las regiones en el país. Su territorio albergó, durante los siglos VII-XII, un almacén burocrático (el Estado huari) que se asentó en una verdadera metrópoli, perfectamente planificada, en la que gobernantes, funcionarios y artesanos convivían con los muertos, pues la sede administrativa era, al mismo tiempo, una gran necrópolis. Siglos después, los incas establecieron en la zona una sociedad multiétnica y los españoles congregaron a los indígenas en reducciones, que fueron la base de los comunes de indios. Durante el Virreinato, estos pobladores usaron la infraestructura construida por el Estado huari (terrazas, canales de regadío, caminos) para producir, interrelacionarse entre sí, intercambiar bienes y establecer redes parentales extendidas. En el siglo XIX recuperaron el recuerdo de sus ancestros para acudir a ese nuevo almacén burocrático llamado Estado republicano y plantear sus demandas relacionadas con la posesión de tierras comunales, favorecidos por los contactos que habían establecido con el mundo exterior a sus comunidades y por una ideología liberal llegada desde

afuera, pero reinterpretada en el interior de los pueblos campesinos (Pereyra, 2020).

1.3.2. *Perfilando el nacimiento de la región y la nación*

Hacia finales del siglo XVIII, en el virreinato del Perú se habían perfilado un número de regiones, nacidas de la mezcla de culturas, armadas desde las complejas relaciones humanas y concretadas por un mercado establecido a partir de las ciudades. Una presencia regional que no traiciona la realidad de la nación y la república del Perú, sino que recupera esa riquísima y densa historia que caracteriza a la sociedad peruana.

Sabemos que el siglo XVI fue el siglo de la conquista —violenta, sangrienta y terrible por el costo humano (indígena, negro, árabe, blanco español y criollo)— y que el siglo XVII estuvo signado por una suerte de estabilización y equilibrio cultural —no exento de violencia— que potenció el surgimiento de un Perú virreinal. La estabilidad supuso un *statu quo* que comenzó a cambiar a medida que Europa y España modificaban su propio equilibrio. La progresiva transformación de reinos europeos, como Inglaterra y Francia, en sociedades industriales canceló a España como un gran imperio colonial.

Un primer punto nos lleva a recordar ese proceso, el inicio de un largo y progresivo camino hacia la industrialización (que no fue plenamente lograda en el Perú), cuyas bases fueron sentadas desde un activo comercio en los mares. En torno a 1800 habían aparecido dos espacios particulares y peculiares en Sudamérica merced a la fuerza de los nuevos tiempos marcados por la impronta mercantil y la igualdad que ella impulsaba. El primero era un eje entre ríos (Río de la Plata y Río de Janeiro), conformado a partir de la plata que se sacaba por el sur y de la actividad comercial. El otro espacio fue configurado a

partir del comercio de supervivencia en el Caribe, que además se convirtió en un punto de encuentro de todos los imperios importantes de la época, un espacio transimperial (Bassi, 2017).

Para el virreinato peruano, la aparición de estos dos ejes mercantiles significó la pérdida de su predominio en el Pacífico en pro de puertos emergentes, como Buenos Aires, y la reformulación de sus articulaciones, rutas y actores hacia el Caribe. Pero el impacto fue tremendo en su espacio interno, pues generó el rápido reacomodo mercantil y la articulación de las regiones —ahora ya visibles— para con el gran norte y el extenso sur, de acuerdo a los intereses mercantiles y mineros asentados en estos puntos cardinales. Por supuesto que tal reacomodo y articulación se basaron en tupidas redes humanas conectadas con otras redes de los demás espacios de Sudamérica hispana y del mismo Imperio español. En tal sentido, no son casuales las importantes relaciones mercantiles que salían de Trujillo y llegaban hasta el Caribe, ni las que Arequipa construyó con La Paz como punto de enganche con rutas hacia Buenos Aires. Río de la Plata dejó de ser la puerta de salida ilegal de la plata altiplánica para convertirse en el punto de entrada de productos dirigidos a la meseta altoandina.

Otro punto interesante a considerar es que este mismo proceso impulsó también la aparición de clases sociales (burgueses, proletarios y pueblo) que terminarán por definirse en pleno siglo XIX, pese a que no se logró la industrialización en la referida centuria. No obstante, las reformas borbónicas ocasionaron un cambio mayor: el tránsito definitivo de una sociedad tradicional a una moderna que buscaba ser industrial (no logrado, aunque sí partícipe del sistema), con la presencia de clases sociales, con una jerarquización social en torno a un

posicionamiento en el mercado, con el reconocimiento de derechos de igualdad y con reglas de juego universales.

Las leyes y los derechos constituirán las posibilidades de realización de una igualdad establecida desde el sutil telón de fondo del mercado. En esta misma época, y siguiendo el proceso histórico occidental, la nación se hizo más presente, primero en una versión de nación española elaborada en la metrópoli —que excluía a los criollos—, que en estas tierras debe de ser construida en paralelo a la nación indígena, y que comienza a ser desbrozada en sus implicancias. La fuerza del modelo que se construye y que cuaja en la sociedad industrial determinará el posicionamiento y la aceptación amplia y general de la nación políticamente republicana.

En el Perú, el proceso descrito generó una compleja situación, porque aquí se encontraban los distintos modelos establecidos. Lima era la tradicional capital del virreinato, pero Arequipa, Cusco y Trujillo constituían núcleos económicos de amplias regiones que estaban articulados con un espacio grande y diverso. En estas regiones se puede encontrar, con mayor precisión, la clásica división indio-español coexistiendo con la naciente jerarquización por clase social. Además, en los primeros momentos republicanos, estas ciudades encabezaron voluntades e intereses regionales enfrentados entre sí. El norte agrícola comercial buscaba seguir realizándose a través de rutas de comercio continental en las que los armadores de barcos eran protagonistas, mientras que los de Arequipa colocaban con éxito la lana en el mercado inglés. Por su lado, los cusqueños reclamaban su antigua preeminencia.

Un tercer punto que ya fue mencionado y no debe ser olvidado: la relación problemática entre las culturas nativa y criolla-española, ya que ambas se enfrentan, se complementan y

presuponen un mundo indio y otro blanco-criollo con elementos africanos incorporados en este último. Se trata de una articulación compleja, sustentada inicialmente en una economía minera de alto impacto, pero que, en la visión de conjunto, se diversifica a través del comercio. Recordemos que, hacia finales del siglo XVIII, el comercio se había constituido en una pieza fundamental de la estructura española, de amplio y diverso espectro. Por lo tanto, esa enorme vitalidad económica de la época potenció todos los mundos culturales existentes, incluido el de los indígenas. Estos no fueron ajenos a los procesos mencionados, ni al tránsito a una sociedad industrial, ni mucho menos a la presencia inicial de las clases sociales. Los señores fueron tales no solo por ser indios o criollos, sino sobre todo porque conformaban un grupo: unos nobles, otros oligarcas, pero todos reconocidos y muy presentes en el imaginario social.

Además, en la época mencionada se consolidó la identidad de los indígenas y sus comunes, y entre ellos surgió una suerte de igualdad o relación interna de tipo mesocrática, influenciada por la economía de mercado y el activo comercio de productos de la tierra, tal como sucedió en Cusco o Huamanga. Quizás la frase de David A. Brading (1991), de que la verdadera conquista del Perú ocurrió recién en el siglo XVIII, debe ser entendida desde la emergencia de las regiones en medio del gran concierto mercantil sudamericano, acaso imperial. En todo caso, existen estudios que, desde diferentes perspectivas, subrayan esta situación antagónica para la Corona y su administración, pero beneficiosa para los empresarios de la época.

2

Perfilando la historia de la región en la nación

Como se ha dicho, la región y la nación surgen más o menos en paralelo y responden a diversas formas de vivir los procesos históricos, primero virreinales y sobre todo republicanos, insertas en una definición de sociedad industrial elaborada por las diferentes culturas que se encuentran en el territorio peruano. Nación y región se construyen en paralelo a lo andino y a lo criollo-occidental. Conocemos bien la manera cómo la cultura política fue construida desde finales del siglo XVIII, con la publicación del *Mercurio Peruano* y de otros periódicos, que fueron importantes para la independencia y la temprana república, en tanto sustentaron un proceso que cuajó en la nación (Peralta, 2005). Sin embargo, nos es difícil descubrir y medir una cultura política construida desde las interrelaciones sociales y el habla, tan importantes en una sociedad ágrafa, y que además se fundan en tupidas redes humano-mercantiles.

2.1. La región y su historia, siglo XIX

Los primeros cambios se manifestaron en las décadas iniciales del siglo XIX. Fueron ocasionados por la gran actividad comercial

y la aparición de los burgueses, y coinciden con la independencia americana. El mundo imperial y virreinal, imperante durante más de dos siglos y en proceso de transformación desde el ascenso de los Borbones, se vino abajo con la guerra de la Independencia. De forma lenta pero segura, emergieron situaciones y procesos que, con el tiempo, convergieron en la conformación de la república peruana. Este nuevo mundo no empezó desde cero, sino en realidad desde las estructuras establecidas en el largo tiempo previo. En este contexto, la región ya estaba presente, pero se difuminó lentamente en la misma medida que la nación se consolidaba. Se desdibujó, mas no desapareció.

La historia del siglo XIX está marcada por la emergencia, posicionamiento y constitución de la república del Perú. En ese momento, el proceso marchó en paralelo con la ruptura del imperio y la individualización de sus partes. Las diferentes jurisdicciones administrativas se convirtieron en países o, al menos, lo intentaron. En este sentido, la historia regional nos permite establecer algunos momentos claves de la centuria señalada, en los que la región está presente en paralelo a la constitución nacional: primero, la independencia y la aparición de la temprana república; luego, la consolidación del Estado con Castilla, hacia 1840 y 1850; y tercero, entre 1880 y 1900, cuando el Estado-nación se catapultó y logra la constitución plena del Perú. Son tres momentos que guiarán esta parte del ensayo y servirán para encauzar los estudios de caso del siguiente capítulo.

2.1.1. La independencia y la temprana república: la región apuesta por la nación

Es importante recordar que la independencia significó también la constitución del Estado republicano cohesionado por

la nación: una abstracción que fue calando paulatinamente a lo largo del siglo XIX y que fue exitosa en el XX.

En las regiones sucedieron múltiples independencias que matizaron el gran proceso de autonomización y efectiva separación de España. Fue, además, un proceso de individuación humano-territorial y, por lo mismo, múltiple. Para 1800, el Imperio español era una sociedad estructurada en base a la diferencia. En cascada y de manera sistémica, el mundo construido articulaba la ciudad con la provincia, la intendencia, la audiencia, el virreinato y el imperio. Pero la ciudad también era el corazón de lo local, lo regional, y de esa construcción inicial de la nación (española, criolla, indígena, entre otras). La densa red de relaciones articulaba la ciudad con un territorio y, también, un conjunto de niveles y actores que tenían sentido en cuanto unidad y en relación con espacios más grandes, tal como ocurrió con el norte, muy vinculado con el virreinato peruano, con la audiencia de Quito y con el gran norte de Sudamérica. Otra ciudad, capital de intendencia como Arequipa, es un buen caso de análisis porque tuvo fuertes vínculos con el Alto Perú y con la compleja ruta minero-comercial que se servía del Río de la Plata para terminar en el océano Atlántico. Tal vez un comerciante, un hacendado, un minero o un estanciero del mundo virreinal y de sus diferentes partes no podía sistematizar plenamente su mundo, pero sabía cómo moverse en él porque lo vivía.

Estos hombres se comprendían desde la particularidad de los espacios en que estaban y la densa red de relaciones que habían construido, muy visible a finales del siglo XVIII. Hombres que se vieron confrontados por la separación de España y por el proceso de construcción de la república del Perú, que a su vez se insertaba en otra dinámica de mayor dimensión: la

construcción de la modernidad. Como se ha explicado, las regiones suponían un nivel de articulación que (re)constituía relaciones humanas y geográficas desde lo más profundo del tiempo.

Los diferentes procesos que coincidieron en la etapa marcaron períodos que afectaron al virreinato como conjunto, pero también a sus distintas jurisdicciones internas de forma diferente. El descontento de buena parte de la población por los cambios en el *statu quo* se canalizó en revueltas, como la de Juan Santos Atahualpa (1742-1756), que llevó a una suerte de militarización temprana de la selva central. Sin embargo, la gran rebelión de Túpac Amaru II (1780-1781) fue la que despertó el miedo a la plebe y al indio e impulsó la militarización del sur andino (O'Phelan, 2005). Por su parte, el descontento en el norte se expresó en el contrabando y la oposición pasiva a las nuevas autoridades impuestas por las reformas borbónicas. Todos los documentos oficiales consignan quejas por la pésima situación del virreinato; no obstante, al mirar con mayor detenimiento, notamos que la realidad fue distinta a la enunciada en los escritos, como se verá más adelante.

Los hechos políticos generaron una situación de desasosiego y descontento. Primero, los intentos reformistas y autonomistas de las Juntas de Gobierno (1809-1810), que aparecen muy tardíamente en el virreinato peruano con la junta instalada por los hermanos Angulo y Pumacahua (1814) y que remite a una problemática en el Cusco y la región del sur. En el norte, en cambio, el contrabando devino en un fenómeno amplio y estructural, lo cual supone una violencia distinta, soterrada, pero no menos presente para el Gobierno virreinal.

Sin ninguna duda, lo más importante de la primera década del siglo XIX es la Constitución de Cádiz, que afectó a todos los actores sociales del virreinato y que fue leída y jurada en

cada ciudad, villa y pueblo. La fundación de nuevas ciudades vitalizó la fuerza ciudadana. Las elecciones para las cortes y los ayuntamientos, dispuestas por la Carta Magna, son una muestra muy interesante de la participación de las diferentes localidades, regiones y espacios en el proceso gaditano. Desde la región, los comicios pueden ser interpretados como un primer momento en el que se lucha por la diferencia y en contra de la voluntad homogeneizadora de la monarquía.

Al final, son los hechos militares los que conducen irremisiblemente a la separación de España, y estos son enfrentados de manera particular en cada región. Cada una se mueve al compás de su interés por entender y posicionarse en el nuevo escenario, pues tanto San Martín como Bolívar sustentan formas políticas distintas: la monarquía constitucional frente a una república que, en el fondo, es una suerte de dictadura para el control de los nacientes Estados. Sin embargo, ambos libertadores no son extraños al momento ni a la realidad hispanoamericana; al contrario, canalizan los intereses y las voluntades de las diferentes regiones para constituir una nación a partir de los ideales de la Revolución francesa (libertad, igualdad y fraternidad) que fueron divulgados a través del comercio y las relaciones comunales.

Lograda la independencia, los intereses de los nuevos ciudadanos peruanos se concentraron en la construcción de la república del Perú. El año de 1822 y la instauración del primer Congreso peruano son una muestra de lo difícil que fue pasar de una sociedad formada a partir de la diferencia a otra construida en la igualdad. El complicado juego de intereses se manifestó en un cúmulo de opciones políticas; entre ellas, el tipo de Estado que se buscaba. Lima comenzó su tránsito de capital virreinal a capital republicana, y pasó a convertirse en

el punto de encuentro de los regionales que buscaban edificar un país viable. En este nuevo orden en construcción, el aparente desorden y la confusión política reflejaban el nacimiento de un Estado que tradujo los intereses de los diferentes actores sociales y también de las regiones.

En aquel momento fue importante la elaboración de una Constitución y demás normas que sirvieran para organizar política y económicamente el territorio. En 1821, San Martín estableció primero cuatro departamentos (Trujillo, La Costa, Huaylas y Tarma) en las zonas recién liberadas; y luego, como protector del Perú, otros siete en lugares que incluso estaban bajo control de los realistas (La Libertad, Lima, Arequipa, Junín, Huamanga, Cusco y Puno).

Sin embargo, en esta etapa se buscó, sobre todo, colocar la mayor cantidad de territorio bajo el control de los países que estaban apareciendo; problemática situación que recién fue resuelta en el siglo xx. Para ello fue necesario consolidar primero la independencia de España, para luego reconfigurar al Estado a partir de los principios políticos imperantes en la época: la libertad y la igualdad. También fue prioritario mantener la cohesión del territorio existente para acceder a los recursos o, al menos, proteger el comercio y los mercados.

Los vínculos de Trujillo con los territorios del actual Ecuador se mantuvieron vigentes y recién fueron quebrados hacia 1840. En el sur, Cusco, Arequipa y Puno intensificaron sus relaciones con el Alto Perú e incrementaron sus pugnas con el norte con la formación de la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839). La unión de ambas repúblicas ocasionó la aparición de una disputa política sobre el tipo de Estado a consolidar (unificado, descentralizado o federal; liberal, conservador o progresista; protector de intereses comerciales regionales-nacionales

o promotor del capital extranjero), sobre la soberanía frente a los nacientes poderes económicos europeos y sobre el tipo de política comercial a adoptar (librecambismo, proteccionismo).

Desde este momento, la historia del Perú puede ser leída desde las regiones que intentaban mantener su particularidad, estilo de vida y las relaciones a las que se habían acostumbrado bajo el modelo anterior, y desde la necesidad del Estado centrado en Lima de delimitar el naciente país y nacionalizar su territorio. La inestabilidad inicial fue también causada por el interés de las regiones de mantener el *statu quo* que sustentaba su riqueza y particularidad.

El norte comerciaba productos de alta demanda, mientras que el sur empezaba con la exportación de lanas al mercado mundial. Al mismo tiempo, Lima empezaba a transformarse en un espacio neurálgico de encuentro.

2.1.3. El medio siglo y la necesidad de consolidar al Estado, 1840-1860

Sin ninguna duda, el guano le proporcionó al naciente Estado la solvencia necesaria para poder consolidarse como tal. En este contexto, la región estuvo fuertemente presente, porque todavía recogía la experiencia del pasado pese a que atrás iban quedando los hombres que vivieron el virreinato y toda la realidad que esa estructura de gobierno supuso. En paralelo, la historia y la creación progresiva de la sociedad industrial, liberal, democrática y capitalista, potenció las estructuras republicanas nacionales.

Hay varios ejes de reflexión que permiten ver el proceso de nacionalización del Perú que incide directamente en la región. Por un lado, se abre un momento muy vital de discusiones

ideológicas de diferentes posiciones políticas que buscan la cohesión del país y su llegada a buen puerto como república. Por lo general, los estudios giran en torno a los debates entre liberales y conservadores que se hacen para consolidar la nación y poco se conoce de otras posibles posiciones, como la de los agraristas, socialistas u otros que se viven en las diferentes regiones. Por otro lado, se presenta la necesidad de generar una nueva infraestructura de gobierno que responda de manera política a las nuevas necesidades republicanas y a la construcción del Estado-nación, pues había que superar las estructuras existentes asociadas más a una Lima virreinal que a una republicana. Socialmente, se enfrenta la presencia de verdaderos sectores populares con el fin real de la esclavitud: la llegada masiva de culíes chinos y la emergencia de actores como los artesanos y sus gremios.

Ramón Castilla fue un personaje clave en la historia del Perú, pues gracias al guano construyó realmente el país, dándole fuerza al Estado nacional, centralizándolo y sometiendo las voluntades centrífugas regionales. La famosa *pax castillista* supuso el reparto de los ingentes ingresos del guano para atraer o neutralizar a sus rivales y lograr una relativa paz interior, en combinación con el manejo administrativo y los presupuestos estatales (Quiroz, 2013). Gracias a ellos se invirtió de forma directa en las regiones, a la vez que se logró que los funcionarios locales dejaran de responder a los intereses de los señores locales y se coloquen bajo la égida del Estado. Esta nueva burocracia, que cohesiona el país, demanda alrededor del 30% de las entradas del guano, pero le da un espaldarazo a Lima y la potencia como verdadera capital republicana por cuanto le es administrativamente fiel al Estado. Además, el tema principal de la época fue la soberanía: la necesidad de ser y sentirse un país autónomo y libre en sus decisiones.

Cumpliendo la norma de la época, se buscó cohesionar el país a través de ferrocarriles que, se supone, permitirían la rápida circulación de la producción interna a los puertos de salida; y aunque, en el caso del Perú, este transporte no creó regiones, sí las potenció económicamente. El juego político centralista de Castilla recuerda mucho el orden previo: utilizar al Estado como un gran paraguas protector y promotor de la realización económica, sirviéndose de una nueva estructura burocrática cada vez más centralizada en la capital que apuesta a entender el país como un todo, que busca la soberanía plena y aceptada por los países europeos. Se trata de un primer envión del Estado tratando de controlar administrativamente el territorio entendido como un todo homogéneo y exclusivo.

Por cierto, como la historiografía lo analiza, hubo múltiples excesos y abusos en lo relativo a las entradas del guano por parte del Estado, al accionar de los distintos agentes y los diferentes intereses que jugaron en su realización y beneficio. Pero el impacto regional del dinero del guano fue exitoso, pues aparecieron fidelidades nacionales en la región. Quizás el largo período de enfrentamiento entre las regiones primero por la independencia y luego por la definición del Estado, cuya etapa culminante fue la Confederación Perú-Boliviana, supuso el agotamiento sociopolítico y económico de las diferentes localidades.

La reducción de la carga tributaria a los indígenas y el pago de transferencias a los peruanos significaron la inyección indirecta de dinero en un importante conjunto de actores, que transfieren ese 20% a las economías regionales, ahora dirigidas y administradas por una burocracia moderna, centralizada y nucleada en torno a Lima. Sus efectos fueron visibles en la década de 1860, aunque cada región responde al momento desde su propia historia y su bagaje cultural y económico. Incluso la

ceja de selva y la selva se hacen presentes en la realidad sociopolítica peruana de ese momento, a pesar de que el imaginario de la época las perfila como tierras vacías y de barbarie.

Son años en que la región, que se sostiene sobre un conjunto de tupidas redes humanas, enfrenta la imposición de nuevas formas administrativas. En esta etapa se empieza a consolidar las nuevas administraciones jurídicas y se crean los departamentos de Amazonas (1832), Cajamarca (1855) e Ica (1866) y la Provincia Constitucional del Callao (1857). También se dividen provincias, como las de Canas y Canchis (Cusco), separadas de Tinta (1833); o La Mar (Ayacucho), separada de Huanta y Huamanga (1861). Y por supuesto que se crean distritos. Sin embargo, el apogeo del proceso recién ocurrirá en la siguiente etapa.

Sin embargo, como es bastante conocido, la dependencia del guano tuvo su lado negativo: su agotamiento hacia la década de 1870, con la consiguiente aparición de una crisis de enormes dimensiones, que tuvo doble arista. Por un lado, los vínculos construidos merced al guano posibilitaron la llegada de la crisis europea (la guerra franco-prusiana) al Perú; y, por otro lado, el país se halló económicamente sobredimensionado y desbordado por la misma burocracia que lo ayudó a consolidarse como tal.

2.1.4. El Perú y la fuerza centrípeta de la nación, 1880-1900

En la década previa a la guerra del Pacífico, en la escena nacional se posicionó y consolidó un grupo de empresarios, burgueses de la época, que participaron del comercio del guano y construyeron una red financiera y mercantil de negociación, con intereses focalizados en el mercado con Inglaterra y, en particular, Francia. Los liberales, que primero lucharon por negociar el guano, ahora

buscaban el control de la producción y el comercio de otros recursos en alza, como el salitre y el cobre, además de establecer la infraestructura política necesaria para ello.

Ante esta presencia liberal, que potenciaba el poder capitalino, surgieron variadas respuestas desde las regiones y a partir de los intereses de los diferentes señores regionales, muchos de ellos bastante ausentes del Perú. Las grandes haciendas, las enormes estancias y el dominio sobre grupos indígenas constituían la base de su poder socioeconómico. París, la ciudad de las luces, era el lugar más atractivo para establecerse, y el francés se convirtió en la lengua más reconocida. El nombre de América Latina adquirió mayor fuerza en un momento en el que los peruanos, económicamente poderosos y socialmente reconocidos, «descubrieron» y recorrieron la Europa moderna y se instalaron en ella con la finalidad de estar cerca de la civilización, de la cultura y del refinamiento. No obstante, no todos quedaron deslumbrados con esa cultura: fue el caso del puneño Juan Bustamante, quien con la ganancia por el comercio de la lana de su hacienda de Urquinamuni viajó hasta en dos ocasiones a Europa para luego retornar a Puno, escribir interesantes textos sobre su experiencia en el viejo mundo y liderar la defensa de la población indígena.

Sin embargo, la experiencia social se construye cada vez más en función del Perú republicano, lo cual implica el inicio de ese doble juego identitario de muchos de los peruanos, crecientemente nacionales de razón, pero regionales de corazón, puesto que los intereses regionales se mantienen pese a que es visible la opción política por participar de la república y beneficiarse del conjunto de posibilidades que ofrece el país como conjunto. Los clubes electorales son la muestra de las nuevas relaciones políticas, ahora sí circunscritas al territorio

nacional peruano, que terminarán por cuajar en la presidencia de Manuel Pardo (1872-1876).

El período de Pardo es particular, porque supone un primer momento de formación de partidos y de estructuras políticas partidarias de carácter verdaderamente nacional. Desde Lima y en torno a su persona, pone en contacto a los diferentes señores y grupos de poder en las distintas regiones. Como liberal comtiano —por la influencia de Auguste Comte— buscó la cohesión del Perú. Reformó el Ejército, reduciéndolo en número, pero manteniendo la división de Ejército del Norte y Ejército del Sur; intervino en la negociación del salitre en el sur, imponiendo un impuesto a su explotación y limitando la participación empresarial en su negociación mediante el estanco; y suscribió el tratado de alianza defensiva con Bolivia, que recuerda los vínculos del pasado, pero también la competencia mercantil del presente y los intereses futuros del Perú como nación en América Latina y el naciente mercado internacional. Pardo fue un hombre-signo de la definición y posicionamiento definitivo del liberalismo en el Perú.

La guerra del Pacífico (1879-1883) fue, sin duda, la experiencia social más traumática vivida en el siglo XIX. El conflicto enfrentó múltiples intereses: foráneos, por la inserción del país en el mercado europeo crecientemente internacional, e internos relacionados con las tendencias económicas antagónicas de las diferentes regiones, un antagonismo que, como se ha dicho, respondía a la construcción de esa necesaria homogeneidad nacional. Pero al igual que en Europa, la guerra cohesionó la nación y potenció las conciencias: el enemigo externo fue convertido en un recurso simbólico que levantaba con eficacia el sentimiento nacional.

En la región, la finalización del conflicto y los años subsiguientes generaron un doble fenómeno: por un lado,

repotenciaron a las regiones en su sentir y sus intereses frente a lo vivido; y, por otro lado, las unió emocional y definitivamente con la nación peruana. La presencia y el accionar de personajes en medio de la guerra también responden a los intereses regionales que estaban en juego: de arequipeños como Francisco García Calderón y Nicolás de Piérola, de norteños como el piurano Lizardo Montero y el celendino Miguel Iglesias, hasta las motivaciones de un ayacuchano como Andrés A. Cáceres. Nos faltan estudios al respecto, pero baste con mencionar que no fue una casualidad que la paz con Chile fuera firmada por el norteño Iglesias tras el grito de Montán y rechazada por el arequipeño García Calderón o el ayacuchano Cáceres. Es que el sentimiento regional volvió a emerger con la quiebra de la infraestructura burocrática nacional todavía no interiorizada.

Los años de reconstrucción fueron sentidos particularmente en la nación y constituyen, quizás, el último momento en que las fuerzas centrífugas regionales hicieron su breve aparición. Después de la guerra, quedó irremisiblemente atrás el pasado organizado desde la diferencia y se apostó por la unidad, la coherencia y la pertenencia al Perú. De este modo, se cumplió la afirmación del pensador francés Ernest Renan, de 1882, pues la nación suponía un plebiscito cotidiano que, ahora sí, todo peruano estaba dispuesto a enfrentar.

Sin embargo, el escenario varió por completo en las siguientes décadas. Desde la nación se afirmó la presencia de un Estado-nación que cohesionaba a los pobladores de un país entendido como un todo homogéneo y socialmente consensuado como sinónimo de la República del Perú. Así se inició un proceso de consolidación y apogeo de un Estado, antes que de una república verdaderamente nacional. Es que el aparato burocrático del Estado tomó fuerza, concentrando la toma de

decisiones a los decisores políticos y los recursos económicos en Lima y concitando la conglomeración humana en la capital costeña. Atrás quedaba el uso de la república como término, y fue práctica común el hablar del Estado.

No es casual que hacia 1900, de la mano con el proceso moderno occidental, se comience a construir el relato histórico nacional peruano, mientras que los poderosos señores de las provincias y localidades del interior del país empezaron a establecerse en Lima como senadores y diputados de sus jurisdicciones. El nuevo reto consistió en lograr la gobernabilidad adecuada del Estado.

2.2. La región y su historia, siglo xx

El inicio del nuevo siglo significó el apogeo del sistema industrial y el empuje de una economía que cada vez se hizo más sensible a los vaivenes de la política y la sociedad mundial. En el país se estableció esa *belle époque* a la peruana que conocemos con la denominación de República Aristocrática (1899-1919), en la que los señores provincianos se instalaron y consolidaron en Lima. Las redes sociales siguieron funcionando pese al traslado de los núcleos de poder a la capital, aunque con el tiempo se irán debilitando y transformando.

Es el primer momento para decir que la nación existe y se tiene que afianzar la fuerza burocrática del Estado, teniendo a Lima como núcleo de la modernidad: ciudad, capital, costeña, criolla, castellanohablante, cristiana, católica, donde la ciencia se construye y aplica, se cantan y bailan valsos y se goza con un ceviche. Entonces se afirma que Lima es el Perú. A su vera, las regiones se encuentran en la capital, porque comienzan las migraciones, que poco a poco se incrementan. Se combinan en

creciente intensidad varios factores: el aumento poblacional y la falta de tierra en una sociedad partícipe de un mundo industrial, pero no industrializada. Como consecuencia no pensada, la expulsión de gente del campo a la ciudad se vive y se siente en la nación en oleadas cada vez más fuertes y violentas.

Por lo mismo, en esos procesos impensados, la región comienza a resurgir en pleno apogeo liberal y nacional. De manera progresiva y desde lo económico, Lima canaliza y se beneficia de todos los productos agrícolas y de la explotación minera colocados en el mercado externo, que signan el auge de la época y posicionan al Perú como un país no industrializado y, luego, en vía de desarrollo. Socialmente, el espacio se incrementa para el mundo industrial (o de servicios) urbano y moderno, y se limita y constriñe para el de las sociedades tradicionales de base agrícola. La política aplicada refleja los intereses económicos y la segregación social.

Una verdad que no hace más que consolidarse. Lima es la capital y pareciera absorber el país. El *hinterland* de Lima comienza a ser el mapa del Perú. A la vez, se sufren los procesos occidentales: las guerras, el medio siglo y el tránsito definitivo del poder europeo al poder estadounidense. Es el auge de un modelo centralizado y centralizador, exitoso para el siglo XIX, pero total y absolutamente asfixiante para el resto del Perú en el siglo XX. La población regional se comienza a desplazar, de forma masiva, hacia Lima para acceder a las oportunidades que supone la metrópoli. Pero, de a pocos, la región comienza a hacerse presente con demandas de reconocimiento, aunque en este momento son todavía locales, distritales o departamentales.

Dichas demandas crecen hacia finales del siglo XX, en un momento crucial para la nación, cuando comienza a dar señales de agotamiento de la mano con el fin, declive o

transformación de la modernidad, de ese gran proceso de racionalidad aplicada a la sociedad y que hizo de Occidente la medida de todas las cosas. Más aún, cuando el sistema económico capitalista, predominantemente occidental, comienza a resquebrajarse y mutar desde los años ochenta en adelante. Las economías emergentes, cada vez más posicionadas, suponen nuevas reglas económicas signadas por países comunistas-capitalistas, basadas en el peso humano del mercado y donde la *big data* y su utilización son socialmente aceptadas y valoradas como normales.

La escala planetaria es gigantesca inclusive para el capitalismo, y la reformulación del sistema viene acompañada de grandes cambios estructurales que rescatan la diversidad social y cultural, así como las formas y representaciones distintas. El nuevo reordenamiento territorial que escolta al proceso potencia la creación de regiones globales en paralelo a la construcción de ciudades globales. La región como concepto planetario emerge, y América Latina se convierte en una región medianamente homogénea y culturalmente rica. Al mismo tiempo, al interior de las diferentes naciones reemergen esos espacios que fueron sustentados por tupidas redes humano-económicas y que fueron sometidos por la homogeneidad nacional. La región supra e intranacional se convierte en posible entidad administrativa de la gobernanza global que comienza a ser cada día más visible.

Desde 1970 en adelante, la región se vuelve visible, aunque existieron momentos previos en los que apareció dicha visibilidad. Las migraciones, por ejemplo, fueron una forma de hacerse presente en el corazón del Estado nacional. Pero desde el último tercio del siglo xx (re)surge la nación, porque el modelo político estructurado a finales del siglo xviii entra en crisis

debido al contacto, interacción e interpenetración de un gran número de culturas a escala mundial. Es evidente que la aldea global se perfila cada vez más; que el sistema nacional entra en crisis y que la homogeneidad cultural no es real, sino que es impactada por una diversidad que partía de lo cotidiano.

En el caso peruano, hubo una primera y real organización territorial entre 1988 y 1992, que en medio de la crisis económica buscó potenciar la vida de los espacios rurales para frenar la violencia política. Con dicha organización comenzaron a aflorar, reinventadas, las relaciones humanas visiblemente existentes, pero sometidas por la nación, que configuraban desde abajo la región en contraposición a las divisiones administrativas impuestas por las necesidades nacionales desde arriba. Con la creación de doce regiones longitudinales, a partir de la teoría de Javier Pulgar Vidal, se cumplió el sueño de este geógrafo de juntar territorios complementarios, articulados por lazos y vínculos humanos, a fin de que los habitantes de cada espacio tuviesen acceso a los recursos de la costa, sierra y selva o, por lo menos, de la ceja de selva². Pero el autoritarismo durante la década de los noventa desmontó la propuesta y recentralizó el poder. En los años posteriores faltó el entendimiento y la voluntad política para reconocer la fuerza regional y sus necesidades, por lo que en el 2002 se decidió mantener los departamentos, bautizados como regiones, en el gobierno de Alejandro Toledo.

De aquí adelante, el término se vuelve cada vez más presente pero su semántica cada vez más confusa. La región-departamento oculta a las regiones intranacionales y desdibuja

2 Dichas regiones fueron las siguientes: Grau, Nororiental del Marañón, Víctor Raúl Haya de la Torre, Chavín, Lima, Andrés A. Cáceres, Los Libertadores-Wari, Arequipa, Inka, José Carlos Mariátegui, Amazonas y Ucayali.

el sentido de las regiones globales de carácter supranacional. No obstante, la región emerge decididamente y se constituye en la "nueva" categoría que desde lo más profundo del tiempo permite una análisis más rico y denso del Perú republicano.

3

De la nación sus regiones

3.1. La región norte

Hasta hoy, el norte del Perú es entendido como una unidad. En el imaginario de los norteños existe una mancomunidad de intereses y de identificación regional que solo se matiza señalando que se es de la sierra: norteño, pero cajamarquino. Si de la costa se trata, en general, se es norteño; y solo ante la pregunta específica se señala: trujillano, chiclayano, piurano. Los norteños son norteños, y hay un orgullo que cala hondo y se manifiesta a plenitud.

Pero comprender el devenir de esta región supone pasar revista al largo tiempo en que los locales se apropiaron del espacio y que, en un momento dado, terminó por potenciar el proceso creador de región. Y, ciertamente, es el análisis de las redes mercantiles las que nos permite comprender cómo y cuándo se forma la región.

3.1.1. *El norte como región, 1800*

Como hemos dicho, las regiones se hunden en lo más profundo del tiempo porque rescatamos su dimensión humana, y el norte no es la excepción. Aquí, la experiencia de organizar una sociedad, altamente compleja, no se inició con la llegada de los

españoles, sino muchos años antes, con la utilización progresiva de un espacio geográfico en el que se sustentaron relaciones humanas de muy largo aliento en el tiempo y en los territorios y marcan una pauta cultural que no es fácil de modificar ni mucho menos eliminar. Por lo dicho, más que la economía, lo que permite perfilar la región del norte son las múltiples relaciones humanas que se apropian de un territorio dado, agrícolamente construido y muy trabajado, que primero permitió la riqueza de los grupos humanos en base a los dones y contradones (reciprocidad y redistribución, en términos andinos) y, luego, con la llegada de los españoles, potenció la circulación mercantil. Aquí se generó la red que sostuvo y sostiene a la región: productos, ideas y hombres (Aldana, 1999).

En esta utilización humana del espacio norteño, la geografía es importante porque facilita o complica las relaciones. Así, el macizo central de la sierra norte y el páramo (Ayabaca y Huancabamba) potencia las relaciones a través de la depresión del Huancabamba hacia el norte (Loja y Cuenca) y se proyecta hacia el sur hasta la ceja de selva (Jaén y San Ignacio), permitiendo el acceso a Maynas. El Marañón circula por todo el norte en paralelo a la cordillera, marcadamente irregular, y que por zonas no permite la presencia de grandes llanuras, sino pequeños espacios de vida que se alternan con amplias punas de altura. La frontera de este espacio norteño era Híbitos y Cholones, la ceja de selva al sur que no detenía, sino frenaba las relaciones humanas.

Por la arqueología sabemos que existieron numerosos grupos étnicos que se expandieron de la costa a la ceja de selva y, quizás, a la selva baja y del norte de los Andes centrales a los septentrionales. La riqueza agrícola del conjunto es innegable y más aún cuando el poder de la creencia, la ritualidad y

el contacto con los dioses era quizás lo más importante en la época. Por tanto, la riqueza estaba en el cultivo, pero sobre todo en el acceso controlado a las hierbas y plantas más que medicinales, alucinógenas que permiten el contacto con la divinidad. No resulta casual que las lagunas de las Huaringas sean desde siempre un espacio curanderil en el que se combina una percepción sacra y animista de la vida y que resulta un poderoso atractivo a las sociedades del entorno, cercanas e incluso lejanas.

En este sentido, desde el mismo Formativo se tiene prueba de las relaciones existentes, no solo porque hay restos Chavín en Loja, también porque Vicús remite a vínculos y relaciones con el sur del Ecuador actual. En tales áreas culturales, los tallanes del extremo norte del actual Perú mantenían activas interrelaciones con otros grupos étnicos de la sierra (Cajamarca, Chachapoyas) y de la ceja de selva (Jaén), grupos que, a su vez, se relacionaron con el sur. Se sabe que hay, por lo menos, dos grandes regiones mochicas; su influencia se dejó sentir por la costa y luego serán la base sobre la que se erijan los chimús muchos años más tarde. Poco conocemos de sus relaciones con Cajamarca, por ejemplo, y menos aún con otros espacios de la propia sierra trujillana; pero sí sabemos que se expanden e influyen por el norte y extremo norte como conjunto. Mucho más estudiados, los incas son los conocidos cohesionadores del territorio sudamericano que conformaron el Tahuantinsuyo articulado por el Qhapaq Ñan, conocido sistema vial andino que vinculó cuencas de manera discontinua, por donde circularon hombres y productos dirigidos y controlados por el imperio. El norte no fue la excepción, y el camino y sus múltiples ramales cohesionaron todo un conjunto de pueblos y etnias allí asentados.

La llegada de los españoles implicó una progresiva reestructuración de la vida de los nativos del Tahuantinsuyo, el norte

incluido. Las ciudades, el cristianismo y la economía mercantil son los elementos de cambio más importantes para el norte. Las ciudades se convierten en núcleos organizadores de vida y desplazan a los centros ceremoniales. De la mano con ello, se instaló una naciente economía de mercado centrada en la plaza de Armas o en el parque principal donde, como es clásico, se encontraba la autoridad, la picota y la iglesia. Pero este cambio no eliminó las interrelaciones humanas, sino que las potenció al darles un contenido menos sagrado y más materialista, centrado en el mercado como espacio de intercambio de productos vía moneda. Por eso, el obispado de Trujillo como jurisdicción es una buena muestra administrativa de que la monarquía logró capitalizar la combinación de las estructuras mentales (la fuerza de las creencias) y administrativas nativas (cuencas) con las españolas (corregimientos) y, particularmente, con la ciudad, punto de encuentro de esa humanidad variopinta.

No por puro gusto el obispo Baltasar Jaime Martínez Compañón es un hito del imaginario norteño, pues su visita pastoral (1780-1784) recogió más de mil dibujos en acuarela por mano de José Ignacio de Lecuanda, que exponen visualmente las particularidades de este territorio diverso y difícil, con 150 000 km² de extensión y que llegó a tener 12 provincias, 8 vicarías, 5 ciudades, 151 pueblos y 52 haciendas (Macera, 1997). Pero también porque se fundan nuevas ciudades en espacios estratégicos de control: 10 en Piura y otras 10 en el resto del territorio norteño.

Imaginemos cómo en torno a la ciudad de Trujillo se van abriendo grandes y medianas haciendas, haciendas-estancias, estancias y obrajes que se encuentran por la costa y la sierra y que se van raleando y focalizando en zonas ricas, pero crecientemente separadas conforme nos alejamos hacia las zonas de frontera. Así, hay haciendas en Ayabaca y también obrajes en

Cajamarca, pero no continuas como en la costa. El comercio se vuelve predominante, pues con los productos de las haciendas se abastece a la creciente población norteña local, regional y del gran norte sudamericano virreinal.

Recordemos que el siglo XVIII fue el de la agricultura, pues aumentó la demanda y la producción de artículos como la caña de azúcar, fundamento del poder y de la representación de Trujillo y del comercio lambayecano. Asimismo, tabaco de Saña y de Bracamoros en Jaén, bastante controlado por ser la droga de la época; y, por supuesto, los productos bandera: quinina, cacao y algodón. Solo por Paita, entre 1786 y 1789, pasaron cerca de 600 000 arrobas de quinina, la cual, además, tenía el privilegio de no pagar impuestos, ya que era el gran negocio de la Corona española. Si bien los trujillanos capitalizaron la negociación de los envíos, las redes de comercio incluían y articulaban a piuranos como Gregorio Espinoza de los Monteros, lojanos como Pedro Valdivieso y cuencanos por adopción como el peninsular Miguel de Arméstar. Pero también, y de a pocos, los pequeños y medianos comerciantes negociaban menestras de la sierra, arroz para el sango de los esclavos y un conjunto de productos menudos que, de pueblo en pueblo y devilla en villa, cubrían la demanda humana cotidiana (Aldana, 1999).

Por cierto, hubo minería. En el siglo XVI se intentó la producción de oro, sobre todo en el sur del Ecuador, aunque la tecnología de la época no pudo lograr su adecuada explotación. A lo largo del período virreinal, se quintó oro en Trujillo, que provenía del huaqueo de las pirámides del entorno. Recién con Hualgayoc (1771), la producción minera convocó la atención de las autoridades y generó una suerte de espejismo y grandes esperanzas; su importancia fue en franco declive al cabo de una

década. Pero los retornos y la explotación de la mina se montaron sobre los múltiples circuitos de la época, vitalizándolos.

Los núcleos urbanos, grandes y pequeños, concentraban gente y, sobre todo, actividades mercantiles. Los hacendados-estancieros combinaban la producción agrícola con la ganadera y enviaban sus productos a los almacenes camino a los mercados finales por mar o por tierra. Entre estos figuraban poderosos señores nobles, con mando y fuerte representación social, como don José Muñoz Bernaldo de Quiroz, marqués de Bellavista, o doña Juana Rosa de Herrera y de las Alas, marquesa de Herrera y Vallehermoso. También se encontraban grandes comerciantes empoderados hacia 1800, como los Iturregui, los Saco o los Lynch, y comerciantes-hacendados, como Francisco Javier Céspedes y Noriega o Pablo del Corral y Romero.

Además, las ciudades son el punto de almacenaje para intermediarios, acopiadores y vendedores que las abastecían y, al mismo tiempo, abastecen los mercados locales del entorno. Los productos de la tierra e incluso ganado en pie circulaban en la región de a pocos, por tierra y por mar. Los medianos y pequeños productores agrícolas y los ganaderos (cabreros y ganaderos medios), así como los comunes de indios se dedicaban a la producción de supervivencia, al minoreo o a abastecer a acopiadores.

Si el poder de los señores era notorio y dependía del comercio, esta actividad impulsó una suerte de mesocratización de la sociedad norteña. Indios y negros libertos y hasta esclavos participaron de la mediana y pequeña producción, así como del tráfico económico cotidiano. No es casual que, para finales del siglo XVIII, hubiera obrajes, ingenios, tinas y haciendas en manos de los señores, pero también obrajillos, trapiches, hervidos de jabón y chacras que manejaban justamente indios y negros. Incluso algunos negros esclavos se

convirtieron en colonos de las tierras de sus amos y manejaban una autonomía bastante grande.

Durante esta época —finales del siglo XVIII—, la región emergía al compás del establecimiento definitivo del sistema occidental y su tránsito a la industrialización. Basta con visitar la plaza Mayor de Trujillo, llena de casonas, para darse cuenta de la riqueza y cómo y por qué el norte se convirtió en un punto de atracción para implementar las medidas modernizadoras de las reformas borbónicas, que sentaron muy mal a comerciantes acostumbrados a tener poca presencia del Gobierno virreinal. Y si bien son múltiples las quejas ante las autoridades sobre la «economía lamentable», la vitalidad humano-mercantil del norte, hacia 1800, es realmente sorprendente. Para el momento de la independencia, el norte era un espacio que había logrado combinar, mestizar y recrear una realidad humana de muy largo aliento temporal en realidades concretas.

a. La independencia y los años iniciales de la república.

Para inicios del siglo XIX, la sociedad norteña era culturalmente variopinta y administrada más por las ciudades que por la burocracia virreinal. Recordemos que el norte cuenta con dos ciudades: Trujillo, la señora y cabeza de los reinos del norte, y Piura, la primera ciudad fundada por los españoles en tierras del Tahuantinsuyu. Las ciudades y sus autoridades suponen un gobierno más real y directo del espacio local y regional; y, a manera de cascada, entrelazan las villas y los pueblos que dependen de ellas. Socialmente, el universo humano no existía.

Desde una situación bastante autónoma y siguiendo las líneas generales del proceso, el norte plantea inicialmente la reforma y evoluciona a independiente. Se necesita tiempo para procesar socialmente los cambios estructurales que devienen

en radicales y terminan fundando la república. A pesar del descontento y de la incomodidad frente a las reformas borbónicas, no fue fácil transitar a un nuevo e ignorado sistema político. Por cierto, la región experimenta los procesos que también ocurren a «escala nacional»; en ese momento, virreinal. Los cambios comienzan a hacerse visibles en la década de 1780. Aquí se combina el impacto del tratado de liberalización de puertos (1778) con la rebelión indígena más grande del subcontinente: la de Túpac Amaru II (1780-1781).

Lo primero, el tratado supuso una sobre oferta de productos que impactaron directamente en la economía regional. Aunque a lo largo de los primeros años del siglo XIX solo se encuentran quejas de la mala situación del norte, el análisis cualitativo de la actividad productiva y mercantil demuestra una economía crecientemente cercada por los hechos de la independencia, que implican el recorte del acceso a los mercados regionales y, sobre todo, a los suprarregionales (Aldana, 2021).

El caso de Clemente Anto resulta anecdótico y demuestra cuán importante fue el movimiento tupacamarista para el imaginario norteño, entretejido con el miedo al negro antes que al indio. Anto, procurador de indios de Chiclayo, cumple su cargo a cabalidad y presenta reivindicaciones al mismo obispo Martínez Compañón. La incomodidad con sus demandas en favor de los indios no hace más que incrementar el conflicto con los hacendados que, a la postre, explota cuando se enfrenta al hacendado y alcalde Pedro de Estela, en 1804, para evitar la construcción de una casa-tina en un lugar no conveniente. Se le acusa de ser un verdadero «tupamaro», para finalmente desaparecerlo como amenaza.

Los años iniciales del siglo XIX son muy complejos, porque comienzan a desenvolverse situaciones que terminan por causar

la independencia. La ocupación de la Península ibérica por Napoleón Bonaparte, las Cortes de Cádiz y la Constitución de 1812 resultan un elemento central, pues en cada ciudad, villa y pueblo norteño se jura la Carta Magna. Su éxito local va más allá de la igualdad sustentada: las ciudades, robustecidas por la actividad fundadora de Martínez de Compañón, revitalizaron la fuerza cohesionadora de la vida cotidiana. Así, la Constitución implicó la posibilidad local de esgrimir derechos frente a la actitud prepotente y menospreciativa de las autoridades recién llegadas.

La militarización fue otro elemento central de la etapa en la región norte, porque, por un lado, consolidó la mesocratización norteña, pues el ejército paga un salario; y si bien indios y negros participaban de la activa vida local, el ejército era un canal de ascenso social y reconocimiento socioeconómico. Por otro lado, sancionaba la violencia como forma organizadora de la sociedad. Algunos de los militares, como don Justo de Orbegoso, participaron en la pacificación de la selva central luego de la rebelión de Juan Santos Atahualpa y después financiaron escuadrones de combatientes. El año de 1815 fue un momento central, porque el retorno de Fernando VII se combinó con la creciente presencia de comerciantes extranjeros en el norte, a partir de inicios de siglo. Desde el Caribe y todo el norte del subcontinente llegaron comerciantes para negociar con los norteños; franceses, holandeses, ingleses y hasta alemanes se sumaron a los jamaquinos, dominicanos, haitianos, cubanos, neogranadinos y hasta mexicanos. No faltaron balleneros norteamericanos establecidos a través de contactos como los de Toribio Urquiaga con los Lynch, comerciantes del sur continental. El fin de Napoleón implicó el despliegue de muchos oficiales ingleses en el territorio imperial que ofrecieron sus servicios a la independencia y a la naciente república peruana; ese fue el caso de los

oficiales Brown y Cochrane, quienes en 1820 sembraron miedo en las costas, sin afectar las rutas de comercio ya construidas.

Cada pueblo, villa y ciudad tiene sus héroes representativos del período: el marqués de Torre Tagle, quien desde Trujillo dirigió el proceso, y los señores interesados en la libertad del país; don Juan Manuel Iturregui, quien junto con los Casós, los Leguía y muchos otros prepararon el camino de la independencia de Lambayeque, pues todos ellos financiaron la causa norteña y nacional; don Gerónimo Seminario y Jaime, quien aseguró la participación del extremo norte; asimismo, don José Faustino Sánchez Carrión, nativo de Huamachuco e ideólogo del proceso, o don José Gálvez Egusquiza, vecino de Cajamarca, y tantos otros.

Pero también hubo otros en contra, desde la marquesa de Herrera, pasando por Francisco Javier Fernández de Paredes, marqués de Salinas, hasta algunos obispos fidelistas, como José Manuel Carrión y Marfil, Blas de Ostolaza y Ríos, y el peninsular Hipólito Sánchez Rangel, obispo de Maynas. Por cierto, hubo algunos sacerdotes que estuvieron a favor de la independencia, como Thomas Diéguez de Florencia. Eran señores en tránsito a clase alta que tenían visiones diferentes no solo en cuanto emanciparse de España, sino también de cómo hacerlo. No por puro gusto unos eran señores de noble cuna y hacienda, mientras que otros eran emergentes construidos a pulso vía el comercio.

Se trata de una situación que cruzó todos los estratos sociales. Las castas son una suerte de versión de pueblo de sangres y culturas mezcladas. Los indios tendieron a ser fidelistas. Por ejemplo, en 1811 se comentó la posible presencia de seguidores carlotistas, y optaron decididamente por el rey. No obstante, para la década de 1820, la situación cambió. Por un lado, estaban los indígenas articulados al sistema criollo, costeño, urbano e independentista. Y, por otro lado, los de la sierra,

establecidos en un sistema de vida mixta, donde las formas criollas llegaban a partir del control eclesiástico antes que burocrático y urbano. La opción fue fidelista, pero resalta la diversidad norteña, pues en cada caso es importante conocer el contexto norteño y virreinal. Finalmente, era una sociedad construida desde la diferencia.

¿Qué supone el norte para el Perú de este momento? La opción decidida de un sector por dar el siguiente paso a la autonomía, la creación de una república y, por tanto, la facilidad y voluntad de financiar la independencia. Era la opción que les resultaba pertinente. No a todos, por cierto, y de allí que hubo enfrentamientos dentro del norte, como la batalla de Higos Urco (6 de junio de 1821), que definió y decidió la opción de todo el norte por la separación. Por lo mismo, son entendibles las acciones bélicas patriota-fidelistas de la Comandancia de Maynas hasta 1822, porque están en juego los intereses de Chachapoyas, Rioja y Moyobamba, que hacía poco tiempo habían sido segregadas administrativamente del norte y se las había potenciado como cabezas políticas y económicas de ese espacio. Y hay que mencionar la participación de los norteños en la batalla de Pichincha (24 de mayo de 1822), que con la de Riobamba (21 de abril de 1822) aseguró el acceso a Quito, mercado final de la región que, a su vez, se enganchaba con las rutas del comercio neogranadino.

Como en todo proceso militar, se requiere no solo de voluntad, sino de hombres, armas, caballos, uniformes y múltiples bastimentos y avíos. Por tanto, no es casual que San Martín llegue al Perú y tome contacto con el norte de inmediato. El marqués de Torre Tagle ofreció lo que el libertador necesitaba: solo Lambayeque le entregó cerca de 500 000 pesos. Los eventos son conocidos: con el respaldo del norte, San Martín ocupó Lima y declaró su independencia. La situación del Perú era muy

complicada: los españoles estaban en el territorio, y el sur optó por el fidelismo. Igual, los intereses son múltiples y variados.

Gobernar un virreinato no es fácil y peor aún una república que ya existe, pero que todavía no puede formalizarse porque no cuenta con los marcos burocráticos necesarios para constituir una organización moderna. Tras reconocer la importancia de Trujillo y del norte, San Martín la declaró Ciudad Benemérita y Fidelísima a la Patria, a la vez que a su cabildo la calificó como Honorable (31 de enero de 1822). Bajo el gobierno de Simón Bolívar tomó el nombre de Ciudad Bolívar del departamento de La Libertad (9 de marzo de 1825), denominación que abandonará para retomar el de Trujillo tras la salida del libertador venezolano (21 de julio de 1827). Y cada una de las ciudades del norte fueron nombradas de acuerdo a su participación en el proceso: Lambayeque recibió el título de Generosa y Benemérita (15 de junio de 1822); Huamachuco, el de Muy Ilustre y Fiel Ciudad (12 de diciembre de 1822); Chachapoyas se convirtió en Fidelísima Ciudad (30 de junio de 1826); y hasta se habló de la Heroica Villa de Catacaos (11 de enero de 1828).

Entre 1821 y 1823, la situación política se volvió muy compleja. Los realistas volvieron a hostigar la capital. La historia es conocida. Los libertadores se encontraron en Guayaquil, donde Bolívar recibió a San Martín con un «bienvenido a tierras colombianas», sentenciando la definitiva incorporación de Guayaquil a Nueva Granada y restando la posibilidad de una unificación peruana con poder marítimo y comercial en el Pacífico sudamericano. En Lima, Bernardo de Monteagudo dio normativas que fueron tomadas con desazón por los locales, como la expulsión de los españoles. Su destierro reveló que las posiciones sanmartinianas se habían agotado. Tras su retorno de Guayaquil, San Martín abandonó el país y Sudamérica para

culminar sus días en un pueblo con vista al mar de la región francesa de Pas-de-Calais.

El marqués de Torre Tagle, norteño por accionar, tomó a su cargo la dirección de la patria. No es una tarea fácil, ya que los intereses en juego estallan, y las diversas posiciones de cómo enrumbar la república se enfrentan entre sí; por ejemplo, la soberanía y la ciudadanía. Así, en el norte, la concreción territorial del Perú supone limitar el accionar regional mercantil a beneficio del Estado central. Del mismo modo, la igualdad ciudadana aparece como un reto en una sociedad segregada y compuesta ya no por castas, sino por indios campesinos, mulatos libertos y esclavos negros. Por lo tanto, en el norte no se trata de ser o no liberal, sino librecambista con el apoyo del naciente Estado republicano. La actividad mercantil fue siempre dirigida por los norteños, y este accionar resiente la presencia de un competidor como Inglaterra, especialmente si no se le ponen los frenos adecuados. Esta posición lo enfrentó con un sur interesado en colocar sus lanas en el mercado inglés.

En Lima, en 1822, se instaló el primer Congreso Constituyente que congregó a los representantes de las diferentes regiones y elaboró la primera Constitución en 1823. Los fuertes enfrentamientos entre los legisladores y los militares (Riva Agüero) hicieron que el huamachuquino Sánchez Carrión convoque a Bolívar, quien al llegar impuso su forma de hacer la guerra y organizar la república, creando confusión y desasosiego entre peruanos y norteños.

Bolívar era un militar y, a la vez, un liberal forjado en el contacto con la realidad europea. Las disposiciones que impuso provienen del liberalismo teórico, pero sobre todo de la experiencia comercial de países como Inglaterra, Francia y hasta Estados Unidos. Al ser aplicadas en Latinoamérica,

ocasionaron muchos problemas. Tan es así que fueron hasta consideradas como subversivas.

San Martín y Bolívar tuvieron algo en común: lograr la independencia y forjar nuevos Estados. Sin embargo, el primero consideró que el control del comercio marítimo y la monarquía eran los medios adecuados para ello, mientras que el caraqueño apostó por fundar una república con un Estado soberano integrado por ciudadanos. Para ello, había que encarar la situación de los indígenas y la esclavitud, temas sensibles en el norte.

Espinoza (2008) señala que las reformas borbónicas implementaron políticas agrarias que contemplaban el reparto y la venta de tierras realengas, que fueron aplicadas en Piura y el norte en 1812. Desde la perspectiva de Bolívar, las comunidades indígenas debían de desaparecer; de hecho, en el extremo norte se estaban autoeliminando, y sus tierras pasaban a manos de los municipios. En 1824, el Libertador dispuso la parcelación de las tierras comunales y la privatización de dichas parcelas entre sus usufructuarios. La disposición potenció a los pequeños propietarios, plenos de derechos, en un momento en que muchos señores conformaban una suerte de pequeños reinos, aprovechando el principio de la retroversión de la soberanía y se enclavaban en sus grandes haciendas ante la amenaza del desorden igualitario. Señores norteños muy conocidos como Francisco Fernández de Paredes, marqués de Salinas, y también personajes como don José Bernuy y Eslava, dueño de la hacienda Talambo, quien sustenta su poder en el control del agua, elemento vital para una sociedad agrícola y ecológicamente inestable como la norteña. Con las disposiciones agrarias de Bolívar, se mantuvo el poder de estos señores, quienes, al estar convencidos de su derecho a la autonomía, se alejaron del poder del Estado y se dedicaron a producir azúcar y cultivar algodón.

Asimismo, Bolívar enfrentó otro problema que también tocaba a los norteños: el de los ingresos del naciente Estado. Para los liberales, los impuestos constituían el sostén del aparato burocrático que facilitaba el orden liberal, pero cobrarlos en la época era una empresa ardua porque formaba parte de la opresión colonial y era difícil que Lima exigiera su pago a los ciudadanos. En tal sentido, existía una única fuente de financiamiento disponible: la Iglesia. En 1826, el Libertador ordenó la supresión de los conventos que tuvieran menos de ocho religiosos y la expropiación de sus tierras al Estado para su futura venta o reparto. El Santuario de Guadalupe (Trujillo), por ejemplo, sufrió el menoscabo de sus bienes y tuvo que enfrentar la eliminación de una segunda iglesia en 1828. Los terrenos fueron repartidos entre militares como José María Plaza, a quien el Estado le reconoció una deuda de 9600 pesos, y por ello le entregó 291 fanegadas de la tierra llamada Mari Nuñez de la hacienda Talla. Como en toda la naciente república, la desamortización de los bienes de la Iglesia puso en circulación hombres y tierras que beneficiaron al sector más pudiente de la sociedad del momento.

Señalamos al inicio que, para 1800, el norte ya era una región plenamente constituida, económicamente viable, socialmente variopinta y organizada desde dos ciudades a través de tupidas redes humano-mercantiles, cuya jerarquía se expresaba en una suerte de cascada socialmente aceptada. La república fue una nueva forma jurídica administrativa que se construyó sobre la región, incorporándola a la burocracia nacional.

b. La confederación: la nación se impone a la región.

La década de 1830 fue muy importante porque se estableció la versión peruana de un Estado republicano que poco a poco se consolidó hasta llegar a nuestros días. Los problemas del

momento fueron la soberanía y la ciudadanía, ya que había que definir el territorio nacional, teniendo en cuenta que un territorio amplio significaba una mayor riqueza debido a la exportación de materias primas, y determinar quiénes eran los peruanos que sustentaban el naciente Estado. Desde la economía se batalló por la reestructuración de la producción y comercialización de las regiones, pero en un plano nacional.

No fue casual que un poderoso señor como José Domingo de La Mar, nacido en Cuenca, pero vinculado a esa tupida red comercial, sea elegido presidente del Perú en 1827, pese a su nefasto desempeño en el triunvirato de 1822-1823 y a la oposición de importantes jefes militares, como el paceño Santa Cruz, el cusqueño Gamarra y el tarapaqueño Gutiérrez de la Fuente, todos con visiones políticas comunes al sur y contrarias al norte. Su virtud fue mantener la unidad de un espacio social y económicamente cohesionado, que en ese momento tenía la mayor reserva de bienes naturales demandados por el mercado internacional (casarilla, cacao, tabaco). Recordemos que en la batalla de Portete de Tarqui (27 de febrero de 1829) las fuerzas de Gamarra jamás aparecieron y después del combate Gutiérrez de la Fuente lo depuso, cumpliendo una orden del caudillo cusqueño, desterrándolo a Costa Rica, donde retomó sus negocios y concluyó sus días.

Hacia 1830, la economía volvió a depender del control del mar y de su comercio. Por cierto, los norteños eran los más poderosos en dicho momento y se enfrentaban a los tenaces arequipeños que estaban armando una compleja red de comercialización de lanas. Por ello, las convenciones nacionales de 1833-1834 y 1855 no solo elaboraron nuevas constituciones, sino intentaron tender puentes entre los diferentes intereses regionales que estaban siendo convertidos en intereses nacionales.

Aún estaba fresco el recuerdo del virreinato y de esa densa red mercantil que cruzaba el subcontinente. La voluntad norteña pasó por la reconstrucción y mantenimiento de sus circuitos económicos que se habían desarticulado con la guerra de la Independencia. Los norteños intentaron volver paulatinamente a dicha normalidad, pero se trató de una misión imposible puesto que el Perú ya no dependía de la monarquía española, sino era una república que buscaba cohesionarse como nación, nacionalizar sus territorios, someter a los grupos de poder local y desarrollar una economía dentro de los límites nacionales y a través de un Estado centralizado en una capital llamada Lima.

Recordemos que los productos ingleses y franceses tenían demanda en la naciente república y en espacios hasta ese momento vinculados a la nueva nación. Los bienes que ingresaban por Arequipa circulaban hasta Bolivia y los que entraban a través de los puertos norteños eran colocados en la amplia red comercial septentrional. Y por cierto que ese importante volumen de comercialización significó una fuente de ingresos que ayudó a pagar la planilla del Estado. Finalmente, se combinaban los aranceles, las aduanas y los almacenajes con pequeños servicios como carga y descarga, madera, carbón y calafateo, además de otras necesidades de abasto. Todos en conjunto constituían una actividad económica que favorecía al Estado y a la gente que abastecía al puerto y vivía en él.

En el ámbito del intercambio mercantil entre azúcar norteño y trigo chileno, estos últimos percibieron la amenaza de la harina norteamericana, pues el 50% de sus exportaciones eran cubiertas por el cereal. Se trató de una situación común entre las nacientes repúblicas que no contaban con mayores ingresos y que propició una guerra de aranceles que involucró a las regiones, sobre todo al norte. La guerra también fue

ocasionada por la necesidad de mantener el control del tráfico marítimo directo, ya que la única ruta adecuada para dicho tráfico era la del estrecho de Magallanes-cabo de Hornos. La de Panamá suponía transbordos que solo terminaron con la construcción del canal a comienzos del siglo xx.

La ubicación geográfica favoreció a Arica y propició la batalla arancelaria entre Perú, Bolivia y Chile por el control del puerto y de los circuitos de colocación en el mercado interno del Alto Perú. Ya Chile contaba con almacenaje libre (1819) y bajas tasas arancelarias que convirtieron en atractivos los puertos del sur para el mercado inglés y, en general, europeo. Perú, con Agustín Gamarra como presidente, no se quedó atrás; elevó al Callao a la condición de puerto libre y estableció franquicias para el comercio foráneo (1828). Por su parte, Andrés de Santa Cruz, otrora gobernador de Piura (1822) y presidente de Bolivia, buscó impulsar el puerto de Coquimbo (1831), bajando las tarifas de entrada e incrementando las de los productos importados desde cualquier espacio peruano.

El conflicto por los costos aduaneros se centró en el tradicional intercambio del azúcar norteño con el trigo chileno. El Perú propició el tráfico directo para potenciar al Callao como puerto de depósito, estableciendo medidas discriminatorias en 1832 para aquellos barcos que no pasen directamente a este puerto peruano. De inmediato, Chile comenzó a presionar en la negociación del azúcar y el trigo. Lo tradicional había sido pagar como impuesto tres pesos por la fanega de trigo en Perú y por la misma cantidad de azúcar en Chile. Para distender la situación, Gamarra aceptó que el pago fuera dos en moneda y uno en billete fiscal; pero, en el fondo, la negociación estaba limitada. Chile elevó el costo de los derechos al azúcar en seis pesos y, como resulta fácil de entender, el Perú incrementó los derechos de ingreso del trigo al mismo monto. Solo la

intervención de Bernardo O'Higgins amainó una tensión que estuvo latente y creciente.

El azúcar era un producto norteño que estaba en la mira de un conflicto nacional con raíces que se hundían en la tardía vida económica virreinal. En este momento, Chile exigió un tratado para zanjar el problema del intercambio de trigo por azúcar y demandó el pago del financiamiento de la Expedición Libertadora del Sur: cerca de cuatro millones de pesos que el Perú reconoció y empezó a solucionar recién en 1848.

En su interior, la situación peruana no era nada fácil. Sin los controles imperiales españoles, los mundos regionales habían eclosionado dentro de la naciente república que se construía como unitaria, exclusiva y excluyente. Y si bien a los norteños les interesaba el escenario nacional por un tema de viabilidad socioeconómica, ciertamente, sus reglas de juego no coincidían con las de otras regiones. Sabemos que para lograr su funcionamiento político y económico el Estado debía de insertarse en el mercado internacional no de forma individual-regional, sino más bien nacional. Los norteños, por ejemplo, no tuvieron la capacidad de generar más que una agroindustria (azúcar y algodón) por un cúmulo de situaciones antagónicas, particularmente de mercado. La bajísima demografía en un territorio tan amplio y accidentado no facilitó la conversión del mercado interno virreinal a otro moderno y republicano. Se compró tecnología y se desarrollaron inventos tecnológicos locales, pero jugó en contra la diversidad étnica, cultural y social, tanto regional como peruana. Lo único que pudieron hacer los comerciantes burgueses, como los norteños, fue colocar materia prima, y ello dependió del tamaño del territorio del que podían echar mano. Las batallas por las definiciones nacionales no se hicieron esperar.

Considérese que las nacionalidades eran muy difusas y ambiguas en esta época, porque se trataba de un momento particular en que se buscaba crear Estados nacionales y, a la vez, mantener unidos territorios cohesionados por redes mercantiles como el norte. En 1833, Felipe Santiago Salaverry se sublevó en la garita de Moche. Luego de refugiarse en Paita, ocupó Trujillo y Lambayeque, para luego colaborar con el presidente Luis José de Orbegoso, quien lo ascendió a general de brigada. Cuando este último viajó al sur para encarar los planes de Gamarra y Santa Cruz, Salaverry se hizo del poder, contando con el apoyo del norte y centro del país. Entonces, Orbegoso tuvo que recurrir a Santa Cruz, quien creyó encontrar la oportunidad propicia para llevar a cabo su proyecto federativo. Tras vencer a Salaverry, estableció la Confederación Perú-Boliviana con tres Estados: Norperuano, Surperuano y Boliviano. Pero el momento no era el adecuado para la unión territorial, pues la preocupación de la época era la soberanía y construcción de la nación con un Estado unitario. Por ello, la confederación tuvo muchos detractores. A los piuranos, por ejemplo, les hizo poca gracia una federación que los alejaba de Guayaquil, Loja y Cuenca. Y aunque el norteño Orbegoso apoyaba la confederación, Gamarra fue su principal opositor; los enfrentamientos entre las diferentes facciones y la intervención chilena a través de dos expediciones terminaron disolviéndola. Tras la caída de la confederación, Santa Cruz se refugió en Ecuador, donde propició varios levantamientos en la zona fronteriza. Era muy conocido en el norte, ya que había sido gobernador político y militar de Piura, entre 1821 y 1822.

En esta ciudad, el general Domingo Nieto encabezó una conspiración en 1840, que fue rápidamente develada. Al año siguiente, mercenarios reclutados en Ecuador y al mando del

coronel peruano Manuel Angulo desembarcaron en Talara, siendo rechazados por Gamarra, quien contó con el apoyo de una brigada provincial formada por hombres de Piura, Sullana, Querecotillo, La Huaca, Amotape y Tumbes. La confederación y el gobierno restaurador de Gamarra culminaron en el norte con el fallido desembarco en Tumbes, en 1842, del autonómado «jefe supremo del Norte» Justo Herculles, quien terminó siendo fusilado.

c. La consolidación republicana: el guano y Castilla en el norte. Hacia mediados del siglo XIX, la nacionalización del territorio se concretó aún más; poco a poco se fueron demarcando nuevas jurisdicciones administrativas. Así, del departamento de La Libertad se desprendieron los departamentos de Piura (1837), Cajamarca (1855) y Lambayeque (1874). Tumbes y Amazonas tendrán que esperar hasta el siglo XX para ser departamentos. Lentamente, el norte reconstruyó sus vínculos cada vez más costeros. Los hacendados se reposicionaron en la cúspide de la jerarquía social.

Asimismo, por estos años, los más importantes puertos norteños —Paita, Huanchaco, San José, Pimentel, Eten, Pacasmayo y Salaverry— pasaron a ser puertos mayores. Los comerciantes reconstruyeron sus vínculos con el exterior, y desde 1840 fue común la presencia de barcos extranjeros y de vapor en las aguas norteñas. No es coincidencia que el norteamericano Guillermo Wheelwright fundara la Pacific Steam Navigation, en 1838, para transportar productos entre el Callao y Valparaíso.

Los productos eran los característicos de la zona: leña de algarrobo, madera, hierba de orquilla, tabaco, cueros, cocos, quina y, sobre todo, azúcar y algodón. En paralelo aparecieron otras explotaciones, como el petróleo en Zorritos, en 1863, que

lentamente transformó al pequeño puerto de Talara en un punto de salida de petróleo, adquiriendo mayor importancia en el siglo xx. Además, a mediados del siglo xix aumentó la producción textil debido a la combinación entre demanda e innovación textil (la hiladora de Jenny). No obstante, la exportación emblemática del período fue el guano, que le generó al país una importante riqueza que benefició principalmente a Lima y la convirtió en la definitiva capital republicana.

Al iniciarse el período del guano, se fortaleció la figura de Ramón Castilla, quien utilizó la riqueza para consolidar al país. El caudillo tarapaqueño exhibió un comportamiento más democrático, más clientelista y menos señorial. Para él, lo importante era lograr la unión territorial y la cohesión nacional —recuérdese el sustrato ideológico de la soberanía— y consolidar la república potenciando el Estado-nación. Su propuesta no fue mal recibida en el norte, porque significó la inversión del dinero del guano para la redención de los esclavos y la llegada de los culíes chinos en su reemplazo. Asimismo, la consolidación de la deuda interna llegó a la región y en correspondencia con la modernización tecnológica. Con dinero en mano se pensó en la importación masiva de medios de producción y en la futura construcción de la red ferroviaria del norte para la exportación de azúcar y algodón. Desde 1834, en Piura funcionaban seis desmontadoras de algodón, y entre 1860 y 1866 se instalaron trapiches a vapor que reemplazaron a los que eran movidos por bueyes.

Asimismo, con el guano apareció la voluntad de establecer nuevas reglas de juego mercantil para negociar la aceptación de la producción norteña y, a la vez, instaurar una suerte de libertad mercantil para los productores. Por lo tanto, la indemnización por los esclavos combinada con la venta de bonos de

deuda de algunos señores norteños significó la inyección de capital a la economía del norte, en un momento crucial en que Inglaterra demanda más algodón debido a la guerra de Secesión estadounidense. Para los norteños, el dinero del guano reposicionaba al Perú y a la economía del norte, tanto en el escenario latinoamericano como en el europeo-occidental. Por ello, criollos, indios y negros estaban a favor de Castilla, aunque también había problemas de fondo.

Uno de estos provenía del frente interno: cómo controlar el poder señorial que fue estimulado en el período virreinal tardío y sancionado en la temprana república. Para 1850, es innegable la fuerza local y la representación regional de los señores, contra quienes escribió el piurano Ignacio Escudero y a quienes más adelante representará el celendino Miguel Iglesias. Sus percepciones aún partían de la pasada experiencia virreinal y mostraban una voluntad para participar de la república a partir del reconocimiento de una autonomía que posibilita el desarrollo de su región en un marco de consenso y competencia con otros espacios regionales.

La fuerza del norte se consolidó con el azúcar y, con mayor razón, debido a la modernización. Algunos grandes cañeros siguieron siendo locales, pero hubo empresarios que a la sombra de la negociación y la comercialización del guano se enriquecieron e invirtieron individualmente en el norte. Uno de ellos fue el chileno José Tomás Ramos Font, quien marcó un punto de quiebre que nos permite entender a importantes familias posteriores, como los Aspíllaga. Ramos Font fue un poderoso comerciante que negociaba prácticamente en todo el Pacífico. Al ser enviado a Lima para que aprendiera el negocio de mercader con su tío, entretejió su destino con la negociación del azúcar y su realización comercial lo llevó de Chile

a California. En su apogeo estableció sus reales en Chiclayo y compró dos grandes haciendas azucareras en Lambayeque para modernizar la industria con la compra de maquinaria y establecer la Compañía Solf.

En 1872, la hacienda de Tumán pasó de las manos de Pedro Buenaño Reaño a las de Mariana Barreda de Pardo, merced a la capitalización que su familia logró con el guano. Ella también modernizó la producción de la caña. Y lo mismo pasó con otros comerciantes que transfirieron sus capitales a la agricultura, como los Larco, quienes se mudaron de Lima a Trujillo para arrendar primero la hacienda Chiquitoy, con 1200 fanegadas, en el valle de Chicama, en 1872, luego la hacienda Mocollope y finalmente adquirir los predios de Tulupe y Cepeda, en 1878, base de la enorme hacienda Roma. Su problema, común a los demás hacendados, fue la mano de obra.

Si bien las haciendas cañeras y algodoneras están localizadas en la costa, estuvieron vinculadas con las haciendas ganaderas de la sierra. Repitiendo un patrón antiguo, a estas se las utilizaba como un medio complementario de la costa, y su producción servía para abastecer a las haciendas cañeras de carne, leche y pan llevar. Por ejemplo, los Gildemeister, que controlaban la producción de Chicama, se abastecían con los productos de la hacienda Sunchubamba. En estas haciendas, por lo general, se lograron establecer relaciones asalariadas y también de beneficios al dividir con los campesinos la cosecha, como un modo de captar mano de obra.

Pero era el momento de consolidar la república, y la apuesta fue también por la construcción de una ciudadanía que, aunque no igualitaria, fuera por lo menos libre. Para el norte, el tema fue sensible porque comenzaba la demanda por energía laboral —siempre faltante— para la expansión de la producción de

haciendas cañeras y algodonerías. Por tanto, la atención se centró en la mano de obra de inmigrantes, negros e indios.

Poco a poco fue calando la idea de que tenía que atraerse la mano de obra «debida», es decir, importar trabajadores europeos. Ciertamente, Ramos Font intentó conseguir mano de obra chilena para trabajar en sus tierras, aunque con muy pocos resultados. De igual modo, se logró traer a unos cuantos inmigrantes europeos, en particular, españoles. Un grupo de estos se estableció en las zonas de Lambayeque y Trujillo, pero sus condiciones de trabajo eran semejantes a las de cualquier trabajador de campo, independiente de su origen o color de piel. Muy descontentos por el trato y las condiciones de trabajo, causaron múltiples problemas en las haciendas donde laboraban. El incidente de la hacienda Talambo (valle del Jequetepeque, La Libertad), en 1863, fue la perfecta excusa para que la Misión Científica Española —que, en teoría, había venido a estudiar la flora y la fauna peruanas— intervenga militarmente, arguyendo la protección de sus compatriotas. Por eso, en 1864 tomaron las islas de Chíncha, de donde se extraía el guano, base de la economía del Perú y atractivo para el planeta entero. Como consecuencia de todo ello estalló la guerra contra España de 1865-1866, con gran impacto a nivel nacional e internacional.

Los indígenas nunca fueron mano de obra cautiva de las haciendas. Por lo común, la mano de obra más importante fue la esclava. Los indígenas habían reestructurado, generalmente, su propio y exitoso orden. Ubicados en las zonas rurales de la sierra y la costa, se mantuvieron en su línea, produciendo y viviendo a su manera, con señores presentes y activos, pero con poco o ningún interés por las nuevas formas sociopolíticas. El problema saltará con fuerza después de la guerra del Pacífico y será causa de grandes miedos regionales, distintos de los del sur.

La población esclava fue problemática para los norteños, especialmente para aquella producción cañera que despuntaba en la economía regional. Recordemos que en el norte fue mayúsculo el temor social hacia los negros debido a las noticias del Caribe y de los llanos venezolanos. Cuando llegaron los cócoros del ejército negro de San Martín, también impactaron en la mentalidad popular norteña. San Martín y Bolívar intentaron establecerlos como ciudadanos, pero tropezaron con la directa oposición de los hacendados que los necesitaban como mano de obra y se negaban a pagarles un salario. Su mentalidad era esclavista.

No obstante, entre los liberales hubo quienes hicieron eco de las posiciones sociales que afloraron después de la independencia. No se ha trabajado todavía el abolicionismo en el Perú, en el que resulta interesante la actitud de Hipólito Brahamonte, quien al morir liberó, en 1846, a sus esclavos de las haciendas Chiclín y Sausal. De igual modo, el hacendado Alfredo González Pinillos liberó, en 1851, a sus 136 esclavos de las haciendas Nepén y Cajalénque, ubicadas en el valle de Chicama. Es cierto que falta estudiar el tema, pero se relaciona con el momento histórico, porque todos sabemos que fue Ramón Castilla quien verdaderamente liberó a los esclavos, en 1854, con el respectivo pago por la manumisión; aunque agudizó un problema, ya que la producción en alza de la caña y del algodón requería de mano de obra (Aldana, 2017).

La *pax castillista* impulsó el acuerdo con Domingo Elías para traer chinos al Perú, norma tristemente célebre porque su llegada y condiciones de trabajo eran iguales o peores a las de los esclavos. Y si bien la llegada de culíes —como se le denominaba— no solucionó el problema de la mano de obra, al menos palió la gran necesidad local y regional del norte. No faltó

quien calculara que era más rentable su jornal de 5 a 6 reales diarios que los 300 o 400 pesos que se pagaba por los negros, a quienes había que alimentar, vestir y dar medicinas desde el nacimiento hasta la sepultura, sin considerar los tiempos improductivos agrícolas entre la siembra y la cosecha. Por el contrario, el asalariamiento posibilitaba recortar algunos pesados costos para las haciendas. Cerca de 90 000 chinos llegaron al Perú entre 1847 y 1874, de los cuales cerca de 13 000 se insertaron directamente como mano de obra agrícola en las haciendas norteñas; si incluimos Áncash con su producción cañera, la suma se duplica a 26 000. Las duras condiciones de trabajo crearán las condiciones para que este grupo humano proteste en medio de la guerra del Pacífico y migre a las ciudades.

El norte seguía siendo un espacio mercantil y su producción debía circular necesariamente por mar. Por eso, los norteños apoyaron los proyectos de crear escuelas náuticas en Arica y Paita, pues necesitaban pilotos confiables y preparados para el transporte de los productos. Manuel Cárcamo aparece como director y profesor principal de la Escuela Náutica de Paita, quien se había especializado de vigía y vigilante de las costas peruanas. Esta es una muestra de la ascendente fuerza económica norteña y del crecimiento económico regional logrado en esta época a la sombra de la gran actividad nacional.

d. El juego del norte en la guerra del Pacífico y el apogeo nacional.

En el siglo XIX, las guerras esconden crisis económicas; y, por lo común, de grandes dimensiones. Si bien la baja calidad del guano y el exceso de colocaciones afectó la economía nacional, también su vinculación con Europa trajo consecuencias en medio de la guerra franco-prusiana (1870-1871). Recordemos que el Contrato Dreyfuss fue una salida a la colocación de un abono de baja

calidad en el norte de África. Además, ocasionó la caída definitiva del modelo de realización económica en el que los agricultores norteños habían encontrado un mediano cobijo. Los hijos del país tendrán ahora el acceso directo a la negociación.

Considérese que en la década de 1870 se habían establecido múltiples bancos regionales: el Banco de Trujillo (1871), el Banco de Ascope (1873) —probablemente respaldado por el dinero del negocio cañero— y el Banco de Piura (1872) en la zona de producción algodонера. Ello impulsó la compra de un número excesivo de máquinas. Como se tenía que aprovechar el momento de alza de la producción, se buscó contar con más mano de obra. El impacto de la crisis de 1872 fue enorme porque los precios del azúcar cayeron, primero de manera lenta, para finalmente descender en picada, agudizándose durante la guerra del Pacífico.

Ciudades como Trujillo y su *hinterland* cañero sufrieron con dureza la guerra; pero en buena parte del campo norteño la gente prosiguió su vida, que solo se alteró cuando los chilenos realmente llegaron al norte. En la costa, el general chileno Patricio Lynch destruyó algunas haciendas cañeras, como las de Dionisio Derteano en el Santa, o el ingenio Tambo Real que —por lo que se dice— valía un millón de pesos. Asimismo, las fuerzas invasoras impusieron un cupo de 35 000 soles a la ciudad de Trujillo y otro de 40 000 soles al valle de Chicama, que tras una negociación se redujo a la mitad.

En la sierra, el problema de la tierra se visibilizó hacia 1867, al posicionar y enfrentar diferentes intereses regionales. Uno de estos fue representado por el ayabaquino Lizardo Montero, mientras que otro, por el celendino Miguel Iglesias. Este último, además, consideraba que el norte era un espacio sumamente rico y que, con la práctica enemiga de cobrar cupos para

financiar y seguir la guerra, podría enfrentarse un conflicto largo que ponía en riesgo la producción de Cajamarca y Celendín y, en general, la riqueza hacendaria norteña; un signo de que la construcción del Perú nacional todavía estaba en proceso.

La guerra cohesionó naciones y catapultó conciencias. La guerra con Chile actualizó el tema de las relaciones parentales que se hundían en el tiempo virreinal, pues emergieron los tradicionales vínculos mercantiles y parentales para con el país del sur. Bien anotaba en su diario el piurano Miguel Grau: «pido al cielo evitarme un enfrentamiento con la Chacabuco», porque este barco estaba bajo el mando de su cuñado, el comandante chileno Óscar Viel. Y se sabe que el héroe de Angamos tuvo una relación amical con Arturo Pratt, comandante de la corbeta chilena Esmeralda, pues juntos lucharon en el combate de Abtao contra la escuadra española.

Asimismo, la guerra actualizó el problema indígena-campesino. Entre 1882 y 1886 aparecieron —como en el resto del país— las montoneras de Chalaco en la sierra piurana. Los comuneros de esta localidad pelearon casa por casa contra el proiglesista prefecto de Piura, coronel Fernando Seminario Echandía, bajo el liderazgo de Vicente García y su primo Juan Seminario León. Este enfrentamiento, que expresó la protesta social, tuvo un fuerte contenido político y estableció una pauta, pues los movimientos regionales de finales de siglo responden a las pugnas entre familias y facciones políticas. Los hacendados, notables y partidarios se enfrentaron entre sí replicando los conflictos entre Cáceres e Iglesias y entre Piérola y Cáceres. En medio del conflicto, grupos armados recorrieron los descampados de la costa, desde Olmos hasta Tumbes y desde las serranías de Ayabaca y Huancabamba hasta Cajamarca, Lambayeque e incluso Loja. Todos formaban parte de las

montoneras —excepto el levantamiento de Manuel de la Coteira en Tumbes—, cuyos líderes dejaban el mando para ocupar los cargos públicos, y viceversa. Por su parte, la tropa regresaba a sus chacras o se dedicaba al bandolerismo, una práctica bastante difundida en la época.

En medio del desorden y como sus herederos, los bandoleiros operaban en grupo, asaltando a transeúntes y robando en los fundos y haciendas. Algunos de estos —Sambambé, Isidoro Plata, Tomás Becerra, Luis Larco, Froilán Alama y Eleodoro Benel— alcanzaron triste fama y su accionar, en muchos casos semejante al Robin Hood literario, se prolongó hasta la primera mitad del siglo xx.

3.1.2. Apogeo de la nación e invisibilización de la región norte, siglo xx

Al iniciarse el siglo xx, el Perú dejó atrás una compleja etapa; una posguerra que no fue nada sencilla, pues el país enfrentó un conflicto que impactó en casi todo su territorio. La nueva centuria marcó el apogeo de los liberales del Estado-nación peruano y la realidad regional del norte quedó sometida e invisibilizada por la nación. Es más, el accionar de los agentes sociales regionales transitó hacia el escenario nacional, desde donde empezaron a percibir el espacio regional. Pese a que el primer dictador civil, Augusto B. Leguía, fue un lambayecano y que a partir del norte apareció el movimiento aprista, las políticas para la realidad regional fueron tejidas desde la nación, pues Lima es la capital y desde ella se organiza la vida del país.

En la región norte, la modernización homogeneizante, exclusiva y excluyente de la sociedad peruana fue también sentida como una agresión. Sin embargo, y a diferencia del centro

y sur del país, la respuesta no consistió en una recreación de formas culturales que se impusieron en la capital con las masivas migraciones, sino en la vitalidad política de la clase media y los sectores populares mediante la aparición de ideólogos y de un partido importante en la política nacional: el APRA.

Los grandes terratenientes formaron parte de la República Aristocrática porque realizaban su poder tanto en la región como en la nación y no porque tuvieran formas modernas de expresión económica. La prosperidad regional estuvo marcada por el azúcar y el algodón, con los cuales sustentaron su ascendencia política. La gran producción azucarera, constante desde el siglo XVII, se rearticuló tras la destrucción de los ingenios, trapiches y fábricas con la guerra y el reordenamiento posterior. En el ínterin, los hacendados se volcaron progresivamente a una actividad típica de pequeños productores: el cultivo del arroz. Más que en la producción, el interés se centró en el pilado, pues resulta más conveniente ser acopiador que productor. La demanda de arroz en el siglo XX ocasionó la visibilización de grandes negociaciones como la de Viuda de Piedra e Hijos en el valle medio chiclayano, propietaria del importante molino regional Santa Rosa.

Si bien Paita era el único puerto adecuado de salida para la producción local hasta bien entrado el siglo XIX, la riqueza del intercambio potenció la construcción de muelles para enviar algodón y, sobre todo, azúcar. Así, puertos y caletas como Salaverry, Huanchaco, Pimentel y Eten crecieron en importancia, pues permitieron el embarque de hasta 50 000 toneladas de azúcar. Incluso Tumbes, el punto extremo del norte peruano, llegó a contar con Puerto Pizarro, en 1909, para su activo tráfico con Guayaquil y el Callao; por allí se enviaba leña de algarrobo, madera, hierba de orquilla, tabaco, cueros, cocos, etc. Y

como se mencionó anteriormente, adquirieron creciente importancia Talara y Zorritos por el petróleo.

Asimismo, comenzó la gran construcción de las vías ferroviarias que conectaban los lugares de producción con los puertos de salida. Para 1908, ya funcionaban las líneas de Paita-Piura, Piura-Catacaos, Eten-Chiclayo-Lambayeque-Ferreñafe, Pimentel-Chiclayo, Pacasmayo-Guadalupe-Yonán y Salaverry-Trujillo-Ascope, con los ramales Chiclayo-Pátapo-Pomalca-Tumán y Pacasmayo-Chilete, que nunca llegaron a Cajamarca, como se pensó en un inicio. En el límite meridional del norte grande estaba el Ferrocarril del Santa, el cual se extendió por 265 km con cuatro estaciones importantes (Suchimán, Patos, Huaraz y Recuay) y las subestaciones Tablones y Huallanca, instaladas en 1924.

Las formas agrícolas, extensivas y tradicionales, tuvieron que adecuarse a los nuevos tiempos, y el asalariamiento comenzó a ser la norma. La mano de obra provino de la formal inmigración china de finales del siglo XIX —los chinos establecieron molinos en zonas como Oyotún (Lambayeque)— y de los japoneses que se instalaron como trabajadores en algunas grandes haciendas trujillanas. Sin embargo, fue tan grande la necesidad de contar con energía laboral que se estableció el enganche: un mecanismo impopular y explotador para la obtención de trabajadores, pues la deuda que el trabajador asume al recibir el adelanto del enganchador aumenta al cobrarse por la vida en la hacienda, la comida y el vestido. Aparecieron también otras posibilidades para conseguir mano de obra; por ejemplo, Ruperto Baca vendió una sección de su hacienda de Culpón en 16 000 soles para establecer allí una suerte de colonia en Niepos: reparar 16 lotes en el pueblo de Nueva Arica (1910) y así asegurar trabajadores, pues el pago suponía laborar en sus terrenos fértiles, mientras que en los eriazos estos construían sus casas. Además,

los campesinos de la sierra norte se convirtieron en obreros agrícolas que, de forma estacional y posteriormente fija, trabajaban en las grandes haciendas de la costa. Muchos también se transformaron en *huacchilleros*³ al laborar en las minas como mano de obra estacional.

Al iniciar su segundo mandato (1919-1930), Leguía estableció un salario mínimo y reconoció a algunas comunidades campesinas, al punto que la huelga del valle de Chicama de 1922 contó con su aval. Sin embargo, en los siguientes años, la situación cambió a medida que tomaba cuerpo su autoritarismo, en una coyuntura en la que comenzó a emerger, con más intensidad, una clase media que buscaba tecnificar el agro y mejorar las condiciones laborales. Uno de sus representantes es Nazario Chávez Aliaga, periodista de Cajamarca, quien a través de su periódico *El Perú* cuestionó a los hacendados, difundió las ideas indigenistas y propició la formación de gremios de obreros. En 1929 fue nombrado como primer secretario general del APRA en Cajamarca.

No es casual que en este período se consoliden los Aspíllaga, quienes colocaron azúcar y algodón en el mercado británico, por un valor de 810 817 libras esterlinas, entre 1911 y 1922. De manera semejante, otro importante hacendado, Rafael Larco Herrera, colocó un total de 505 973 libras esterlinas entre 1909 y 1922, mientras que los Gildemeister obtuvieron 948 641 libras esterlinas entre 1919 y 1922. El desarrollo de la agricultura mercantil y el hecho de tener que embarcar el algodón y la caña de azúcar y los minerales de la sierra central fueron un acicate para mejorar las comunicaciones.

Frente a la expansión de haciendas, una de las cuales fue Cayaltí, de propiedad de los Aspíllaga, que llegó a ocupar hasta

3 Peruanismo que designa al pastor ganadero pobre que no posee tierras, que habita y trabaja en una hacienda agrícola, una empresa ganadera o una mina.

los caminos que llevaban al pueblo de Saña, estallaron violentas respuestas como las de los «indios», liderada por José María Cachay, en 1913, o de los trabajadores, levantamientos que, en su momento, fueron consideradas comunistas. Es que en este contexto emergió el pensamiento socialista a través de Luciano Castillo e Hildebrando Castro Pozo y aparecieron múltiples asociaciones y organizaciones sindicales de obreros en Lambayeque, Talara y Cajamarca. No obstante, la respuesta social fue canalizada por el APRA, que estuvo presente en todo el siglo xx.

La explotación petrolera se convirtió en la nueva actividad económica regional que adquirió connotación nacional. La London & Pacific Petroleum Company compró diez «pertenencias» o cantidad de tierra petrolera de La Brea y Pariñas en 1890, con el compromiso de pago de 30 soles de impuesto al Estado, haciendo un total de 300 soles oro. Sin embargo, una suma de irregularidades ocasionó la remensura de las tierras y un conjunto de idas y vueltas legales que terminaron por establecer que, para 1912, la compañía contaba con 41 614 pertenencias sin haber pagado ningún impuesto, ni lo oficialmente declarado, ni la suma total del valor de las tierras petroleras que ascendía a 1 248 420 soles con los intereses respectivos. De 1915 en adelante, el Estado intentó cobrar el monto, sin resultado favorable alguno. En 1922 suscribió el laudo de París, considerado como lesivo para los intereses nacionales, pues la empresa anglo-estadounidense solo aceptó el pago de un impuesto único a la exportación de petróleo y reconoció una deuda de un millón de pesos. Dos años después, la International Petroleum Company, subsidiaria de la Standard Oil de New Jersey, se convirtió en la dueña de los yacimientos. El problema del petróleo subsistió hasta la década de 1960.

Las actividades económicas tradicionales repuntaron en la época y fueron los productos agrícolas norteños los que

sostuvieron la economía nacional. La producción de azúcar, algodón, goma, minerales, lanas y otros bienes alcanzó el valor de 33 000 000 de libras entre 1908 y 1912, y en este último año tuvo el más alto rendimiento: cerca de 8 000 000 de libras. El azúcar planteó el reto de la modernización: en él invirtieron capitalistas nacionales y extranjeros que llevaron a la transformación técnico-productiva de los cultivos y, en particular, a la introducción de una variedad de caña que permitía la doble cosecha por año.

La década de 1920 marca el apogeo del Estado nacional y el sometimiento de la región, pese a que el Gobierno estaba comandado por un norteño como Leguía. Lima finalmente se impuso, y la preocupación de la nación fue por la dictadura, por la oposición al régimen, por los intelectuales de clase media, por los señores civilistas, por la crisis económica y por la frontera con Chile. Todo lo demás pasó a un segundo plano, incluyendo la recuperación de la dignidad nacional con el cobro de los impuestos adeudados por la International Petroleum Company. La presión incide en la nación.

Otro norteño fue el encargado de derrocar a Leguía. Luis Miguel Sánchez Cerro, piurano de nacimiento, militar con experiencia en golpes de Estado —participó en el golpe perpetrado contra Billinghurst— y defensor del orden social amenazado por la cesión territorial y el caos social debido a la crisis de 1929. La presencia del general Óscar R. Benavides marcó los años treinta. Como autoridad, estuvo interesado en impulsar la presencia civilizatoria de las clases medias, particularmente limeñas o extranjeras residentes en la capital. Si bien intentó construir una sociedad de pequeños agricultores, en la práctica eliminó sin mayor problema a los pequeños productores indígenas del mercado. Fue el caso de los productores de sal de

Mórrope, cuando la licitación de la explotación de las salinas y del transporte de sal le fue otorgada a un pequeño comerciante, de origen italiano, con camión de carga, quien monopolizó la actividad. Los salineros quedaron fuera del juego y su respuesta fue la violencia social. Además, la criminalidad se incrementó en la localidad y en la región.

Hacia mediados de siglo se hizo más sensible y visible la separación entre costa y sierra, convirtiéndose en verdadera brecha. Esta se ensanchó en la región norte, donde la costa apareció como modernizada y muy relacionada con el mercado internacional, en contraposición a una sierra que perdió vitalidad y se encerró en sí misma, con excepción de ciertos puntos-puerto de pase a la selva, como Huancabamba, Jaén o Chachapoyas.

3.2. La región sur: Cusco y Puno

Al igual que el norte, el sur peruano es considerado como una gran región andina, formada por pueblos quechuas, aimaras y uros, que se constituyó en el período colonial cuando se configuró un gran mercado interno vinculado a la mina de Potosí, con interrelaciones mercantiles y humanas plasmadas en un amplio espacio que desbordaba los límites de dos audiencias y dos obispados. Como resultado de tan rica experiencia histórica, la gran región del sur existe, tiene un territorio en particular en el que surgió una gran civilización con un legado que constituye, en la actualidad, uno de los aportes fundamentales del mundo andino a la humanidad. Sin embargo, resulta muy interesante que, culturalmente y desde lo más profundo del tiempo, hayan mantenido una individualidad en su relación que los hace ser antagónicos y complementarios a la vez.

Ubicada hacia la vertiente oriental de la cordillera andina, la región del sur posee un amplio territorio de más de 220 000 km², morfológicamente delimitado por varias cordilleras (Carabaya, volcánica) y cadenas de montañas (Vilcanota, Urubamba, Vilcabamba, Huanzo), que corren de forma paralela, y una gran meseta altoandina ubicada a orillas del lago Titicaca. Las montañas albergan los nevados más importantes del sur andino (Ausangate, Salkantay, La Verónica, Chaupi, Orcco, Allinca-pac y Chinchicapac) considerados como poderosos *apus* tutelares del ganado y la siembra. Estas montañas dan lugar a un sistema hidrográfico conformado por tres ríos (Ramis, Coata e Ilave) que discurren a la cuenca del Titicaca y otros tres ríos (Paucartambo, Vilcanota-Urubamba y Apurímac) que van a la cuenca del Amazonas. Mientras que el Paucartambo cambia de nombre en su recorrido, el río Vilcanota-Urubamba forma el Valle Sagrado de los Incas. El Apurímac perfila en occidente una estrecha y profunda garganta que obstaculiza las comunicaciones con Abancay y la sierra central. Hacia el norte, este río se une con el Pampas y forma el valle del río Apurímac, una frontera natural entre Cusco y Ayacucho.

En esta región hallamos hasta cuatro pisos altitudinales: la puna (4000-6300 m s. n. m.), formada por el Altiplano septentrional y las cadenas de montañas; los valles interandinos (1000-4000 m s. n. m.), con cerros y quebradas adecuados para los cultivos; la vertiente amazónica (1000-2500 m s. n. m.) que se extiende al norte y oriente del territorio; y una llanura amazónica (500-1000 m s. n. m.) que cubre el espacio de Madre de Dios, se proyecta hacia el río Acre y contiene el espacio natural del Manu, protegido por el Estado.

El centro rector de esta extensa región es la ciudad del Cusco, antiguo *umbiculum orbis terrarum* incaico, donde los

españoles instalaron una ciudad (1534), un obispado (1536) y una audiencia (1787). Del Cusco incaico partían los caminos que iban a las cuatro partes del mundo andino. Por el Cusco colonial pasaban los arrieros, los viajeros y los trajinantes que transportaban diversos bienes hacia la mina de Potosí. Al Cusco republicano acudieron los campesinos para demandar la eliminación del yanaconaje y la propiedad de sus tierras.

3.2.1. El circuito mercantil, siglos XVI-XVIII

Fueron las relaciones mercantiles y las redes sociales asociadas a ellas las que configuraron la región sur en la colonia, articulada en torno a cuatro ciudades (Cusco, Potosí, La Plata y Arequipa) y un espacio que iba más allá de la meseta del Collao y llegaba a las costas de Arequipa, Moquegua y Arica, por el occidente, y a las zonas de Salta y Jujuy y Tucumán, por el suroriente. Por dicho espacio circulaban bienes y mercancías movidos por la producción minera del Cerro Rico de Potosí, que fue el motor de la economía colonial. Tal como ha afirmado el historiador Carlos Sempat Assadourian (1982), la explotación y exportación de la plata generó la circulación de mercancías provenientes de microrregiones que se especializaron en la producción de dichos bienes, debido a las limitaciones impuestas por el mismo Estado colonial para la importación de productos.

De las cuatro ciudades mencionadas, el Cusco era la más antigua y, simbólicamente, la más importante por haber sido fundada por Pizarro sobre el antiguo núcleo administrativo y religioso del Estado inca. En los primeros decenios del siglo XVII, se convirtió en la ciudad más poblada del sur andino, al llegar a albergar cerca de 40 000 habitantes, con un elevado porcentaje de población indígena. Potosí tenía un poco más de la mitad, La

Plata no superaba los 14 000 pobladores, mientras que en Arequipa residían sobre todo encomenderos y mestizos.

Cusco, Arequipa, Potosí, La Paz y La Plata constituían los vértices urbanos de un trapecio macrorregional en el que se producían, demandaban e intercambiaban bienes y en el que se tejían relaciones y redes sociales, aprovechando las vías y los antiguos contactos que el Estado inca estableció al momento de su apogeo. Así, la coca cultivada en los valles de Paucartambo, Quillabamba y La Paz era enviada a Potosí y Arequipa. Lo mismo sucedía con el tejido de los obrajes y el azúcar de los cañaverales de Pachachaca (Abancay), por ejemplo. Ni que decir del maíz de Ollantaytambo, que era comercializado en el mismo Cusco o en zonas intermedias. El vino de Arequipa y Moquegua era llevado a las cinco ciudades. La sal llegaba de Arica. Los tubérculos provenían de las alturas de Puno y La Paz. Las llamas y mulas con las que trajines, arrieros y comerciantes transportaban los bienes provenían del Collao y de Salta, Jujuy y Tucumán, respectivamente.

De los productos mencionados, los más importantes eran el azúcar, la coca y el vino porque eran comercializados en mercados lejanos, logrando la realización de la mercancía y la acumulación de capital. El azúcar era producido en los cañaverales de Pachachaca, Mollemolle y Santa Ana; y, también, en las haciendas de Camaná y Tambo. Ubicada en Abancay y administrada por los jesuitas, Pachachaca era, en realidad, un complejo formado por un núcleo, que producía azúcar para el intercambio mercantil, y varios anexos (Ayachahuasco, Colcaque y Condebamba) que cultivaban artículos de panllevar y criaban ganado para el autoabastecimiento. El azúcar se vendía en Cusco y Potosí: 2781 panes de azúcar en el Cusco y 7250 en Potosí fueron comercializados entre 1768 y 1771 (Flores Galindo, 1993).

La coca era cultivada en los valles de Paucartambo y Quillabamba, y la producción estaba destinada principalmente a Potosí y otros centros mineros de la región (Caravelí en Arequipa, por ejemplo). Su uso ritual se convirtió en un uso de mercado. En las minas servía para el consumo de los mitayos y trabajadores indígenas: con la coca podían amortiguar la dura jornada laboral en el interior de los socavones y sacar toda la plata que la Corona ambicionaba. La hoja era consumida de forma masiva en la sociedad indígena y servía también como medio de cambio para otros bienes, como los «carneros de la tierra». Al parecer, en la etapa colonial se cultivó más coca que en los tiempos del inca, pues en base a las cifras del diezmo se calcula que hacia 1590 se produjeron unos 100 000 cestos de coca (alrededor de 1 800 000 libras) trasladados a Potosí y Oruro; solo en Potosí se consumían entre 90 000 y 95 000 cestos por año. Con respecto al vino, este era producido en las haciendas de los valles de Arequipa y Moquegua y comercializado en el Cusco y el Alto Perú para el consumo de españoles y criollos. A inicios del siglo XVII, la producción osciló en alrededor de 200 000 botijas (Glave, 1989).

Además de los bienes mencionados, otras mercaderías no menos importantes eran comercializadas en este mercado suroccidental. Por ejemplo, los tejidos y bayetas elaborados en los obrajes y obrajillos eran destinados al Alto Perú y a la sierra argentina.

En verdad, esta red mercantil formó parte de un circuito mayor que incluía a Lima y Huancavelica, y en el que el Callao, Chíncha, Arica y Potosí constituían los puntos extremos de contacto entre el azogue huancavelicano, la plata potosina y las mercaderías extranjeras. El azogue, tan necesario para la amalgama de la plata, era transportado a Potosí a través de la ruta Huancavelica-Chíncha-Arica-Potosí. La plata salía por

mar desde Arica hacia el Callao. Las mercaderías legalmente importadas por los comerciantes españoles entraban a la región sureña por tres rutas: Callao-Arica-Potosí, Lima-Arequipa y Lima-Huamanga-Cusco.

En el interior de la región, los bienes circulaban por la red local del Qhapaq Ñan que fue reutilizada en tiempos coloniales. La vía troncal era el antiguo camino del Collasuyo, que partía del Cusco hasta Ayaviri. Aquí, el camino se desdoblaba en dos rutas que bordeaban el lago Titicaca: la de Urcusuyu, al oeste, y la de Umasuyu, al este. La primera pasaba por Chucuito y Chepita y terminaba en Totora y el lago Poopó; la otra, por Huancané, Viacha y Cara Collo hasta llegar a La Plata. En ambas vías confluían caminos troncales provenientes de la costa; uno de ellos comunicaba Arequipa con Desaguadero y La Paz, otro conectaba Moquegua con Juli, Pomata, Zepita y Desaguadero. En cada descanso existía un tambo, donde los caminantes y sus recuas conseguían provisiones para la siguiente jornada de viaje. Además, los tambos se encargaban del mantenimiento de caminos y puentes.

En el intercambio participaban diferentes personas. Los productores eran los hacendados y obrajeros —españoles, criollos y hasta órdenes religiosas (jesuitas, betlemitas, etc.)— que controlaban la producción de las haciendas como, por ejemplo, Pachachaca y Sillque. Los comerciantes se encargaban de colocar las mercaderías entre los consumidores; estos eran españoles, criollos y mestizos que residían en ciudades, villas y pueblos, e indígenas que trabajaban en minas, haciendas y obrajes. El transporte corría a cargo de los trajines, un complejo sistema administrado por arrieros o viajeros contratistas, en el que los indígenas trasladaban los bienes a cambio de un pago que servía para el tributo o la mita faltriguera.

Además, cada contratista contaba con 4000 o 6000 llamas y demás enseres para el transporte de la mercadería.

La circulación de bienes ocasionó la aparición de envidiables fortunas en el Cusco y otras ciudades del sur andino, que se mantuvieron hasta inicios del siglo XIX. Son varios los españoles y criollos que acumularon ganancias en la ciudad imperial, entre los que figuran Sebastián de Ocampo, Bernardo de la Madrid, los marqueses de San Lorenzo de Valleumbroso y los Ugarte y Gutiérrez; de estos últimos hablaremos más adelante. Ocampo, por ejemplo, comerciaba el azúcar de sus cañaverales de Andahuaylillas y Abancay y los tejidos de los obrajes de Pichuichuro y Taray en Potosí. La Madrid administraba el obraje de Pomacanchis y, en sociedad con Isidro Gutiérrez, vendía «ropa de la tierra» en Chile y Buenos Aires. Los marqueses tenían tierras en Quispicanchis y llamas para el trajín.

En el siglo XVIII, las reformas borbónicas afectaron las actividades económicas y ocasionaron una nueva articulación económica no exenta de convulsión social. En efecto, la legalización de los repartos mercantiles (1751), la creación del virreinato de Río de la Plata (1776) y la liberalización de comercio y puertos (1778) fueron las primeras medidas que desestabilizaron las redes comerciales. Sobre el nuevo virreinato hablaremos más adelante. Con la legalización de los repartos mercantiles aparecieron intereses comerciales foráneos asociados a los corregidores para colocar productos importados y regionales entre los indígenas de forma compulsiva. Mediante la liberalización de puertos, las mercaderías extranjeras provenientes de Buenos Aires —una plaza con salida directa al Atlántico— ingresaron al mercado surandino, ocasionando la contracción de la demanda de productos regionales.

Asimismo, las reformas dispusieron la instalación de aduanas en Cusco, Arequipa y La Paz para el cobro de la alcabala, que

se habían incrementado de 4 a 6% y ampliado para bienes como el maíz, la coca y el ají, que tradicionalmente estaban exentos de pago. Aduanas, alcabala y repartos constituyeron una mezcla letal, pues provocaron aquel ciclo de levantamientos indígenas que culminó con la gran rebelión de Túpac Amaru II.

El 4 de noviembre de 1780, José Gabriel Condorcanqui inició su movimiento con la captura del corregidor Antonio de Arriaga, quien fue ahorcado días después. En sus proclamas justificó su accionar, nominando al rey de España, mientras que demandaba la eliminación de los impuestos introducidos por los Borbones, del tributo indígena y de la mita a Potosí y proclamaba el castigo de los funcionarios, como los corregidores, que abusaban con los repartos de mercancías. Por algo inició su movimiento ejecutando a uno de ellos. Asimismo, no dudó en proclamarse inca, reclamando así sus derechos como descendiente de los antiguos soberanos del Tahuantinsuyu. Tras derrotar al ejército que armaron los corregidores del Cusco en Sangarará, consolidó sus fuerzas en el sur y ocupó el Altiplano septentrional. Luego intentó tomar la antigua capital de los incas, fracasando en el intento, pues los españoles se reagruparon y recibieron refuerzos desde Lima, que fueron redoblados con el apoyo de curacas aliados, como Pumacahua, Sahuaraura y Choquehuanca. Finalmente, fue capturado, procesado y ejecutado junto con su esposa e hijos. No obstante, el movimiento continuó en el Altiplano y el Alto Perú.

La gran rebelión generó una guerra en la región. Los españoles tuvieron que movilizar a 17 000 hombres para contener a los rebeldes. A la pérdida de vidas humanas, se sumó la destrucción de haciendas y obrajes. Los chorrillos continuaron produciendo, pero el azúcar y la coca perdieron sus mercados. Se interrumpió temporalmente el tráfico de mercaderías entre

Cusco y La Paz. Con la represión sobrevino la falta de mano de obra para la producción agrícola y manufacturera. Los curacas que apoyaron a Túpac Amaru II perdieron su poder político, estatus y capacidad productiva.

Asimismo, la gran rebelión ocasionó el reacomodo de criollos emergentes, como los Ugarte y los Gutiérrez, quienes, enfrentados con los funcionarios peninsulares, lograron a la larga la reinvencción de la región. Los primeros formaron un clan que tuvo como patriarca a Gabriel Ugarte y Celiorgio, un criollo cusqueño que por línea materna descendía de la panaca del inca Huayna Cápac. En la segunda mitad del siglo XVIII era dueño de ingenios azucareros y estancias ganaderas y administraba obrajes. Tenía contactos y propiedades en Alto Perú, donde comerciaba azúcar y textiles mediante empresas de arrieraje, como la de Túpac Amaru II. Tras su muerte, su primogénito Antonio continuó con el comercio y se dedicó también a la especulación de censos y créditos, especialmente con las comunidades religiosas, con las que tenía contactos. El hermano de este último, Gabriel, adquirió tierras en Paucartambo y explotó una mina de oro en Cotabambas, en sociedad con su hermano Gaspar y con Ignacio Pérez Portillo (Lorandi y Buns-ter, 2013). Por su parte, los seis hermanos Gutiérrez (Isidro, Simón, Pedro, Raymundo, Manuel Pascual y Joaquín) formaban otro clan con diversos intereses económicos y comerciales en Cusco y Alto Perú. Isidro, la cabeza del clan, era propietario de obrajes, arrendatario de estancias y cabeza de una próspera empresa comercial que contactaba con los corregidores de Condesuyos y Chayanta para colocar mercadería entre los indígenas a través de los repartos.

Con las reformas borbónicas, algunos de estos grandes propietarios y comerciantes incrementaron sus patrimonios

y fortunas al beneficiarse del remate de las tierras de los jesuitas expatriados o inmiscuirse en el reparto de mercancías. Sin embargo, la mayoría no la pasó bien porque tuvo que disputar con sus pares de Buenos Aires el mercado de Alto Perú, además que las aduanas obstaculizaron la circulación de mercaderías. Algunos de ellos, como los Ugarte o La Madrid, inicialmente apoyaron a Túpac Amaru II porque cuestionaba la aplicación de las reformas, pero al final se alinearon con los españoles y combatieron al curaca rebelde. Los tres hermanos Ugarte defendieron, por ejemplo, el Cusco del asedio de las fuerzas indígenas. Otros optaron, desde el inicio, por ponerse al lado de los españoles, ganándose la animadversión de los rebeldes. Pedro Gutiérrez fue uno de estos; los indígenas lo capturaron y mataron en Calca siguiendo, al parecer, un antiguo ritual: le extrajeron el corazón y la sangre, que luego comieron y bebieron (O'Phelan, 2016).

Pero la unión de los criollos cusqueños con los chapetones fue efímera, puesto que funcionarios peninsulares, como los visitantes Areche y Escobedo o el primer intendente Mata Linares, continuaron con las reformas. Es más, este último entró en confrontación abierta con criollos, como el obispo Moscoso y Peralta o los Ugarte, a quienes sindicaba como desleales a la Corona. Estos últimos afrontaron un largo juicio y hasta tuvieron que ir a España para defender su honor. El hostigamiento a los criollos se transformó en una «pedagogía del miedo» hacia la población para evitar el estallido de protestas (Lorandi y Bunster, 2013). Dura situación para una emergente burguesía regional que deseaba retener los beneficios comerciales y el control de la región. Por su lado, esta respondió perfilando la singularidad de la región, de su experiencia histórica (los incas) y costumbres frente al interés modernizante de

las reformas borbónica, tal como se aprecia en la *Relación del Cusco* escrita por el sacerdote Ignacio de Castro y publicada en 1795⁴. Al final se impuso el poder español; y al iniciar la nueva centuria, la élite regional aprovechó del interregno liberal para intentar zanjar sus disputas con la Audiencia realista y con Lima, la cabeza de los reinos del Perú.

Efectivamente, en la coyuntura de las Cortes de Cádiz y del experimento liberal en la Península (1810-1812), la Audiencia, ocupada por los españoles Manuel Pardo, Pedro Antonio Cernadas, Martín de Concha y Jara, entre otros, intentó obstruir la aplicación de las reformas constitucionales con el apoyo del Cabildo del Antiguo Régimen, entrando en confrontación con un grupo de criollos y abogados liberales. Integraban este grupo el notario Agustín Chacón y Becerra, el revoltoso Agustín de Rosel, el abogado Francisco Sotomayor Galdo, el locuaz constitucionalista Rafael Ramírez de Arellano, entre otros. Una burguesía que compartía los principios liberales (representación política, soberanía del pueblo, derecho a la libertad, propiedad y libertad de imprenta, ciudadanía y elecciones) y que llegó al poder local (el Ayuntamiento Constitucional) a través de las elecciones indirectas instituidas por las Cortes y la Constitución. No obstante, los españoles de la Audiencia no se quedaron pasivos y arremetieron contra los constitucionalistas, encarcelando incluso a Ramírez de Arellano y al elector de Abancay, el mestizo José Angulo, quien tenía contacto con los revolucionarios de Buenos Aires. En medio de la dura confrontación, estos últimos, con el apoyo de algunos porteños (Hurtado de Mendoza) y religiosos (Francisco Carrascón e

4 Aunque de origen tacneño, Ignacio de Castro vivió y escribió en el Cusco, donde estudió filosofía, teología y derecho. Fue rector del Colegio de San Bernardo y párroco de San Jerónimo.

Idelfonso de las Muñecas), iniciaron la insurrección en agosto de 1814. Los rebeldes tomaron el cuartel de la ciudad, formaron una Junta de Gobierno y contactaron al curaca Pumacahua para contar con el apoyo de los indígenas. A continuación, enviaron tres expediciones militares: una a Puno, otra a Huamanga y la tercera a Arequipa, las cuales fueron derrotadas por los españoles. En marzo de 1815, la insurrección ya había sido conjurada y sus líderes fueron capturados y ejecutados por el delito de lesa majestad.

En el transcurso de la insurrección, los rebeldes finalmente contaron con la adhesión —forzada antes que voluntaria— de los criollos constitucionalistas del Cusco. No solo confrontaron el absolutismo y el regalismo, sino que enarbolaron un regionalismo al intentar restituir el estatus que la Corona había quitado a la antigua capital de los incas en beneficio de Lima. No en vano el clérigo Carrascón, en un lienzo que pintó sobre la coronación de Angulo, parafraseó uno de los salmos de David para describir la situación: «La piedra que despreciaron los constructores se ha convertido en piedra angular del Perú, hecho en el Cusco» (citado en Glave, 2016, p. 50). Dicho regionalismo no desapareció con el fin de la insurrección; al contrario, emergió en los siglos posteriores al compás del recambio generacional de la burguesía regional.

3.2.2. La independencia y la república, aparición de la región cusqueña

Cuando el 5 de noviembre de 1821 la Audiencia del Cusco invitó al virrey a ocupar la antigua capital de los incas e instalar aquí su gobierno, no hizo sino dirimir a su modo aquella antigua disputa con Lima. Al aceptar la invitación y mudar su corte al

Cusco, La Serna confirmó la preeminencia de la ciudad como nueva sede de los reinos del Perú, o de lo que quedaba de ellos. Lima pasó a ser una ciudad controlada por San Martín. Con esta medida se consolidó la polarización política y militar del espacio peruano, entre una costa patriota y un sur realista.

No obstante, la preeminencia de Cusco como cabeza del virreinato duró muy poco, puesto que el virrey y su ejército fueron definitivamente derrotados en la pampa de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, en una zona intermedia entre la costa patriota y el sur realista. Bajo la prefectura de Agustín Gamarra y con la visita de Bolívar a la antigua capital de los incas, en junio de 1825, la región ingresó en la era republicana. El Libertador no dejó de manifestar su asombro por la permanente presencia de las antiguas edificaciones prehispánicas en la ciudad, en un momento en el que los discursos y las imágenes evocaban a los incas como los históricos ancestros de la nueva república. En una carta dirigida al poeta José Joaquín Olmedo, Bolívar manifestó:

He llegado ayer al país clásico del sol de los Incas de la fábula y de la historia. Aquí el sol verdadero es el oro; los Incas son los virreyes o prefectos; la fábula es la historia de Garcilaso; la historia, la relación de la destrucción de los indios por Las Casas [...] mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva naturaleza. (1950, vol. 2:154)

Pero aquella «alma embelesada» no pudo detener la depresión económica que afectó a la región debido a la combinación de varios factores; entre ellos, la escisión del Alto Perú, como veremos luego. La importación de tejidos ingleses y la caída de los precios por la saturación del mercado ocasionaron la

contracción de la producción y de los intercambios mercantiles. En tal contexto, obrajillos y chorrillos desaparecieron, las haciendas fueron arrendadas para generar una renta, las comunidades campesinas se convirtieron en las principales productoras de alimentos, las grandes empresas mercantiles entraron en bancarrota y fueron reemplazadas por pequeños y medianos comerciantes, tenderos y bodegueros que se concentraban en la ciudad. En 1826, la antigua capital de los incas contaba con 349 comerciantes de menudencias, ropa vieja, bastimentos y mercaderías importadas; 195 eran vendedores grandes y pequeños; 33 eran «chifles volantes»; y 121 eran «comerciantes viajeros de última clase» (Glave, 1986:220).

Por supuesto que detrás de ellos actuaban los grandes abastecedores de mercaderías. Las rutas comerciales llegaban solamente hasta los confines del departamento (Abancay, La Convención, Sicuani). Es más, estos comerciantes abrieron nuevas vías para el intercambio de bienes, como lana, coca y cacao, de la cuenca del río Madre de Dios. Con la aparición, a mediados de siglo, del circuito de la lana que vincula Arequipa con Cusco y Puno, la salida se reorientó hacia la costa y la Ciudad Blanca adquirió importancia económica y social en reemplazo de la antigua capital de los incas. Felizmente, Cusco contó con el liderazgo de una burguesía que buscó diferentes alternativas para recuperar la preeminencia, y a la larga construyó un regionalismo que fue compartido con los otros grupos sociales.

La burguesía cusqueña fue conformada por los comerciantes —cusqueños y no cusqueños— que reorientaron su actividad al circuito mercantil que llegaba hasta Puno y los confines del departamento, donde obtuvieron ganancia. Interesados en acrecentar su riqueza y en adquirir prestigio social, no dudaron en transferir su capital a las haciendas, especialmente

ubicadas en los valles de La Convención y Lares, a fin de explotar coca, caña de azúcar, cacao y café. Fueron también parte de esta nueva clase social los profesionales, los políticos y los funcionarios del Estado republicano, quienes usaron sus recursos para adquirir o levantar las hipotecas de los predios rurales, y los militares, quienes fueron recompensados por sus hazañas con tierras.

Conocemos a algunos de estos nuevos burgueses. El mejor estudiado es Mariano Vargas. Aunque de origen arequipeño, se integró al comercio cusqueño para participar del intercambio de aguardiente. Casado con una cusqueña, Carolina Quintana, no se sirvió del matrimonio para hacerse de propiedades rurales; al contrario, recurrió a sus ganancias, a las hipotecas impagas y a los recursos legales para convertirse en uno de los terratenientes más importantes de la región, con tierras en el valle de La Convención. Además de producir aguardiente para el mercado regional, siguió con sus actividades comerciales y se convirtió en el financista de comerciantes, mercaderes, hacendados y hasta artistas y pintores. Entre sus clientes figura el famoso pintor ecuatoriano Manuel Ugalde, quien comercializaba aguardiente de la selva de Paucartambo (Cusco) como socio del mercader Ricardo Villa.

Para garantizar su riqueza y su membresía en la sociedad cusqueña, puesto que era un inmigrante, Vargas casó a sus dos únicas hijas con los herederos de Pedro Romainville y María Ana Centeno. Él era un exitoso comerciante francés y político en Cusco; ella, la hija del primer director de la Casa de la Moneda del Cusco y dueña de la hacienda de Púcuto, en Andahuaylillas. Con esta propiedad, los Romainville formaron con los Vargas una sociedad para dedicarse a la producción y comercialización de maíz. Adecuada estrategia para forjar alianzas,

hacer negocios y consolidar el patrimonio familiar, que después será retomada por la burguesía limeña del siglo xx para forjar la llamada oligarquía nacional.

Posteriormente, los descendientes de Mariano Vargas unieron sus patrimonios, ganancias y vidas a los de otros grupos importantes de la burguesía regional. Una de sus nietas se casó con Maximiliano Zaldívar y otra de ellas formó con su esposo, Benjamín de La Torre, una empresa agrícola, comercial y manufacturera que tuvo buen éxito en la primera modernización del Cusco a inicios del siglo xx (Glave, 1986).

Francisco de Paula Artojana fue otro de los burgueses decimonónicos del Cusco, aunque su experiencia fue distinta a la de Vargas. Como abogado actuó de primer secretario del prefecto Agustín Gamarra, y en ventajosa operación obtuvo la hacienda Huatabamba de la poderosa familia Centeno. Luego adquirió la enfiteusis de una propiedad colindante llamada Chillca y usurpó las tierras de los indígenas de la zona, convirtiéndose en el gran latifundista de Ollantaytambo. Casi al mismo tiempo, el «actuuario público» y parlamentario José Ruedo empezó a adquirir tierras en Quillabamba. Y hasta el mismo mariscal Agustín Gamarra, prefecto de Cusco entre 1825 y 1827 y posterior presidente de la República, fue recompensado por su participación en la independencia con la hacienda Sillque, la otrora gran propiedad de los bethlemitas en Ollantaytambo (Glave, 1986).

La burguesía cusqueña no solo acumuló tierras y capital, sino que pensó superar el aislamiento geográfico y la crisis de su región mediante diversas alternativas. Por ello, se puede afirmar que tuvo un carácter de clase dirigente al plantear un proyecto regional en relación con su ubicación dentro de una estructura nacional. La burguesía cusqueña llevó a la práctica

la diversificación económica, al combinar la agricultura con el comercio, el crédito y hasta la usura. También planteó la fabricación de manufacturas para recuperar el mercado del sur andino (ahora arrebatado por Arequipa) y la recuperación de los lazos comerciales con Bolivia, luego de la fallida experiencia de la confederación. Adicionalmente, demandó la exploración de la selva oriental para desarrollar cultivos, como la cascari-lla o el cacao, y lograr el acceso a ríos navegables. Muchos de estos planteamientos aún estaban vigentes al iniciarse el siglo xx y, lo más importante, se amalgamaron con un sentimiento regionalista llamado *cusqueñismo* que sirvió para sostener la existencia e importancia de la región.

3.2.3. El cusqueñismo como expresión del regionalismo cusqueño

Al iniciarse el siglo xx, lanas, aguardiente, coca, café y cacao consolidaron la mercantilización de la región, especialmente luego de la llegada del ferrocarril, en 1908. A través de este medio de transporte, las haciendas ganaderas y las comunidades altoandinas del Cusco colocaron lana en las casas comerciales de Arequipa, que a su vez la enviaban al extranjero. Con el ferrocarril, un sector de la economía cusqueña terminó dependiendo de la Ciudad Blanca y del mercado mundial.

Los demás productos de las haciendas cusqueñas continuaron negociándose en la región. Con el capital acumulado y en medio de la mercantilización, el Cusco vivió una «primera modernización» caracterizada por la aparición de fábricas en medio de los palacios incas y las mansiones coloniales. Como la sorpresa e incredulidad que demostró el limeño José de la Riva-Agüero al visitar la Ciudad Imperial, en 1912, y encontrar

que en la casona heredada del conquistador Diego de Silva y Guzmán funcionaba una fábrica de cerveza. Dos años después, César de Luchi Lomellini, un inmigrante italiano que llegó a finales del siglo XIX, instaló una tienda en la casona del Marqués de Valleumbroso y también se dedicó a la minería, invirtió en la central hidroeléctrica de Corimarca para generar energía eléctrica y permitir la instalación de fábricas. En 1922 ya existían 21 fábricas en la ciudad del Cusco y 62 manufacturas en la región. En la antigua capital de los incas se había instalado una fábrica de tejidos de algodón, seis chocolaterías, una fábrica de fideos, dos embotelladoras de aguas gaseosas y otras dos de cerveza, una fábrica de velas, cuatro de jabón y cuatro curtiembres (Medina, 2012).

La mercantilización y modernización ocasionaron la transformación de la propiedad en el campo, pero no modificaron las bases de la sociedad rural. En un territorio diverso y accidentado como el de Cusco, se llegaron a formar haciendas de diferentes tamaños, dispersas a lo largo y ancho de la región: prósperos fundos agrícolas en los valles de Vilcanota y Urubamba, grandes latifundios ganaderos en las alturas de Quispicanchis y Paucartambo, plantaciones de caña, café y coca en La Convención y pequeñas propiedades (fincas y chacras) dispersas en la puna y en las quebradas.

Sus propietarios formaban una clase social unida por la propiedad común de la tierra, pero con diferencias culturales y de comportamiento. Así, los propietarios de los grandes latifundios residían en el Cusco, viajaban a Lima y al extranjero, eran ávidos consumidores de bienes importados y controlaban a los campesinos que trabajaban en sus tierras a través de mayordomos que imponían duras condiciones laborales. Al contrario, los dueños de las fincas vivían con sus indígenas, administraban

directamente sus propiedades y compartían la cultura y cosmovisión andina. No obstante, grandes y pequeños propietarios de tierras controlaban el poder en los pueblos donde residían y dominaban a la población indígena. Asimismo, ejercían un tipo de *justicia marginal*; es decir, vulneraban a los indígenas y, al mismo tiempo, como gobernadores, jueces de paz o subprefectos, administraban las quejas de aquellos que habían violentado. Eran una amenaza y una garantía a la vez.

A este tipo de poder personalizado, basado en la propiedad de la tierra, se le conoce como gamonalismo y sus portadores son los gamonales. El término es una muestra del salero local, pues la palabra deriva de gamón, una planta afrodilla que es parásita y agresiva, que se volvió común justamente como una explicación del fuerte crecimiento demográfico de mediados del siglo XIX y que remitía a las disposiciones liberales en torno a las tierras comunales y la eliminación de la contribución indígena. Con ellas, las posesiones de los indígenas y los límites de las tierras comunales fueron usurpadas por criollos y mestizos interesados en ampliar sus propiedades o tener predios rurales.

Pero el fenómeno se acrecentó en las primeras décadas del siglo XX, sobre todo en el sur, debido a la exportación de lana y la ampliación del mercado de bienes agrícolas. Precisamente en este período, José Carlos Mariátegui usó la categoría de gamonalismo para referirse al sistema de control legal impuesto por los terratenientes en la sierra peruana. Además, la imagen del gamonal, descrita líneas arriba, es una representación elaborada por la élite cusqueña, conformada por terratenientes, comerciantes, profesionales y empresarios. Para ellos, el gamonal es el mestizo que se apropia de las tierras de los indígenas mediante el fraude o el engaño y carece de los valores morales de la decencia y del refinamiento espiritual que poseía un hacendado virtuoso (Cadena, 2004).

Por supuesto que los indígenas no se quedaron con los brazos cruzados frente al voraz crecimiento de los latifundios. Durante el oncenio de Leguía protagonizaron rebeliones al verse motivados por el indigenismo y la presencia de instituciones que velaban por los derechos del indio y el reconocimiento de las comunidades, como el Patronato de la Raza Indígena, la sección de Asuntos Indígenas del Ministerio de Fomento, la Asociación Pro Indígena y el Comité Pro-Derecho Indígena Tahuantinsuyo. La agitación más intensa se vivió en las provincias altoandinas del Cusco, especialmente en Espinar. Los campesinos de Tocroyoc, en Chumbivilcas, se movilizaron bajo el liderazgo de Domingo Huarca, en 1921, demandando la creación de un pueblo y un mercado para la venta directa de lana a los acopiadores. El movimiento fue aplastado por los hacendados y las autoridades del lugar. En las provincias de Canas, Canchis y Espinar también estallaron las rebeliones contra los terratenientes y gamonales.

Aunque el movimiento campesino contó con el respaldo del Comité Pro-Derecho Indígena Tahuantinsuyo y de las autoridades del gobierno de Leguía, en verdad expresa la capacidad organizativa de la población campesina que tenía una fluida vinculación con el mercado regional y que podía manipular en su favor los mecanismos de la administración estatal (Rénique, 1991). Después de una prolongada pausa, la rebelión campesina volvió a estallar en la segunda mitad del siglo xx, en los valles de La Convención y Lares, en aquellas haciendas que producían caña, coca, cacao y café para el mercado, pero mantenían un sistema laboral arcaico. Tras organizarse en sindicatos para hacer oír sus demandas, los campesinos, liderados por Hugo Blanco, tomaron masivamente las tierras de las haciendas, expulsando a los terratenientes y gamonales. El

movimiento tuvo resonancia nacional; aunque fue reprimido por el Ejército, puso sobre el tapete el tema de la reforma agraria y la propiedad campesina de la tierra.

Volvamos a la élite cusqueña, integrada por los descendientes de los hacendados y comerciantes del siglo XIX, por los nuevos terratenientes, por los profesionales relacionados con el Estado y la Universidad de San Antonio de Abad, en especial por los intelectuales y académicos locales asociados a la reforma del rector Alberto Giesecke, quienes formaron la «generación de 1909». En los años veinte, en medio de la «primera modernización» del Cusco, este grupo de poder formuló un proyecto político e ideológico regional en contraposición a Lima, en un contexto marcado por el auge del indigenismo y la aparición de una liga federalista en Arequipa y Puno. Esta propuesta, conocida con la denominación de *cusqueñismo*, proyectó al Cusco como el centro de la cultura nacional. Para ello, los indigenistas cusqueños se apropiaron del teatro y del idioma quechua con el fin de ofrecer una versión fidedigna de la historia del Tahuantinsuyu y lograr el «renacimiento de la raza incaica».

En las siguientes décadas, el *cusqueñismo* se transformó en un neindianismo que enaltecía, en su momento más importante, la historia cusqueña, además de promover a los mestizos como modelos adecuados para la construcción de la comunidad regional. Para conseguir la identidad regional, los neindianistas Humberto Vidal Unda, Román Saavedra, Uriel García, entre otros, instituyeron el día del Cusco y, en 1944, organizaron la celebración del Inti Raymi, la fiesta incaica en honor al sol, haciéndose cargo del guion, el idioma de los parlamentos y la selección de actores y actrices. Asimismo, se dedicaron a la recopilación y puesta en escena de las danzas rurales, despojándolas de sus caracteres rústicos y esencializándolas para que aparezcan

como auténticas. Los neoindianistas no quisieron borrar las diferencias existentes; al contrario, reforzaron las jerarquías, colocando debajo a los gamonales, cholos e indígenas.

Así, con el *Inti Raymi* y el folclore, los intelectuales cusqueños crearon símbolos de identificación a partir de la representación y valorización del pasado glorioso de los incas y su proyección a una ciudad y una región consideradas todavía por ellos como el *umbilicum orbis terrarum*. Dichos símbolos fueron extendidos hacia los otros grupos sociales, los cuales definieron sus identidades culturales grupales e individuales y empezaron a vivir y sentir su región. Por ejemplo, en 1956, la mayordomía de la Almudena, que recae en las mujeres mestizas del mercado, incorporó en la celebración el quechua y las danzas por sugerencia de los neoindianistas (Cadena, 2004). Pero desde mediados de siglo se convirtieron también en un recurso para la atracción de turistas, iniciándose así un fenómeno que ha transformado al Cusco en un destino turístico. Tan es así que, en tiempos actuales, coexisten en la región diversas actividades económicas desarrolladas en espacios determinados: la ciudad y los pueblos del valle del Vilcanota-Urubamba (Pisac, Ollantaytambo, Machu Picchu) ofrecen servicios turísticos, mientras que en los pueblos rurales del mismo valle se cultiva maíz. En las zonas altas se cultivan papa y otros tubérculos, mientras que las comunidades del sur se dedican a la ganadería. Por último, en la franja amazónica se cultivan frutas, café, cacao y coca.

3.2.4. *Puno y el Altiplano septentrional*

Aunque en los tiempos actuales Puno es un departamento; históricamente, la zona del Altiplano septentrional estuvo

relacionada con Cusco y Alto Perú (hoy Bolivia). Como vimos antes, entre los siglos XVI y XVIII formó parte del circuito mercantil que articuló todo el sur en torno a la mita de Potosí y la actividad comercial de los puertos del Callao, de Chíncha y Arica; y en el siglo XIX estuvo articulado al eje mercantil de las lanas que se exportaban por Arequipa. Ambos circuitos diseñaron en dos momentos distintos una gran región sureña, sobre la que se han impuesto límites departamentales y hasta nacionales. Así, en 1823 fue creado el departamento de Puno, con cinco provincias, a partir del antecedente de la intendencia de Puno.

Puno se caracteriza por sus condiciones ecológicas determinadas por el lago Titicaca y por la presencia de pueblos quechuas, aimaras y uros en su territorio. Las condiciones ecológicas imposibilitan el desarrollo de la agricultura, especialmente en aquellas zonas alejadas del lago y ubicadas por encima de los 4000 m s. n. m., excepto los cultivos de tubérculos. Sin embargo, debido a la existencia de extensos pastizales, la ganadería de camélidos andinos y ovinos es la actividad económica más importante de la zona. Por otro lado, más de 328 000 habitantes del departamento (30% del total) pertenecen a los pueblos quechua, aimara y uro; a la vez que más de 770 000 habitantes hablan una lengua materna indígena y residen en las zonas urbanas y rurales de Puno.

Los pueblos indígenas poblaron la zona desde tiempos ancestrales. Consideraban al lago Titicaca como una pacarina desde el cual emergieron sus héroes fundadores; incluso en la actualidad consideran que el lago es un lugar sagrado. Durante los siglos II-XII, la bahía de Puno fue ocupada por las culturas Pucará y, luego, Tiahuanaco, cuyo centro regional fue la isla Estévez. Tras la caída de Tiahuanaco, el Altiplano septentrional fue habitado por grupos étnicos que hablaban la lengua aimara,

con una organización política equiparable a la de los reinos o señoríos. Estos grupos étnicos fueron los collas (ubicados al norte y este del lago), los lupacas (ubicados al suroeste del lago) y los pacajes (ubicados al sureste del lago), todos sometidos por los incas en la segunda mitad del siglo xv. Una de las características de estas poblaciones prehispánicas fue el control vertical de pisos ecológicos; es decir, el acceso a los recursos de nichos ecológicos vecinos (la yunga suroriental, la costa sur) mediante la instalación de colonias permanentes en estos nichos dedicadas a conseguir bienes, como pescado, ají, coca o frutas.

a. Circuito mercantil, reformas y rebelión, siglo xviii.

Líneas arriba vimos que en la época colonial se configuró la gran región del sur en torno a la explotación argentífera de Potosí y la producción y circulación de diferentes mercaderías que la mina demandaba. Además de Potosí, existieron otras minas también importantes, como Laicacota y San Antonio de Esquilache, ubicadas en Puno. Las poblaciones indígenas del Altiplano septentrional participaron del circuito colocando tubérculos en la mina y organizando los trajines para el transporte de los bienes por los caminos de Urcosuyo y Umasuyo. Al mismo tiempo, fueron obligados a trabajar en las minas mediante el sistema de la mita. Debido a las demandas del mercado y el Estado colonial, fueron perdiendo su cohesión étnica y afloraron entre ellas identidades locales. Además, el control vertical de pisos ecológicos dio paso a los contactos e intercambios mercantiles que las comunidades altiplánicas realizaban al participar como productores o transportistas en el mercado interno colonial.

En el siglo xviii, las reformas borbónicas interrumpieron la fluidez del intercambio mercantil entre el Bajo Perú y el

Alto Perú y desestabilizaron las redes comerciales. Ya hemos comentado los efectos nocivos que la alcabala, la aduana, la legalización del reparto y la liberalización de puertos ocasionaron entre criollos, mestizos e indígenas comprometidos con la producción y el comercio. Otra de las medidas fue la creación del virreinato del Río de la Plata por cédula de Carlos III, en 1776, cuya sede de Gobierno se ubicó en Buenos Aires. Al nuevo virreinato se le asignó los territorios de Chucuito, Puno, Lampa, Azángaro y Carabaya. Aunque en 1796 estos territorios retornaron al Perú para formar parte de la intendencia de Puno, el daño ya estaba causado, pues luego de la independencia los criollos de la Audiencia de Charcas aprovecharon el hecho para formar una nueva república independiente y soberana: Bolivia; es decir, «ni con Lima ni con Buenos Aires». Las reformas desataron una ola de insurrecciones indígenas, cuya máxima expresión fue la gran rebelión de Túpac Amaru II.

La gran rebelión no terminó con la captura y muerte de Túpac Amaru II: se extendió al Altiplano septentrional bajo el liderazgo de Diego Cristóbal Túpac Amaru y hacia el Alto Perú. En Chayanta, el curaca Tomás Katari planteó reclamos ante la autoridad colonial; y las tropas aimaras de Túpac Katari sitiaron La Paz. Las fuerzas rebeldes y las tropas realistas enviadas para combatirlos comenzaron a matar a quienes capturaban y a masacrar a sus opositores debido a la menor disposición de los líderes indígenas por buscar alianzas con criollos y mestizos y a la presencia de un Ejército colonial endurecido por sus propios actos de represión extrema (Domínguez, 2017). La rebelión en el Altiplano y el Alto Perú duró hasta 1782, cuando Túpac Katari fue capturado y ejecutado y Diego Cristóbal firmó un armisticio con el obispo Moscoso. Sin embargo, un grupo de indígenas, bajo el mando de Pedro Vilca Apaza, continuó

con la rebelión. Para evitar nuevos levantamientos, los españoles ejecutaron a Diego Cristóbal y su familia.

Al finalizar el siglo XVIII e iniciarse la nueva centuria, las reformas borbónicas, el comercio de textiles europeos y la escisión del Alto Perú ocasionaron la contracción económica y la ruptura de los circuitos mercantiles, como vimos antes. La creación de Bolivia y la circulación del peso feble boliviano desde los años de la confederación (1836-1839) pusieron el mercado del sur a disposición de los artesanos bolivianos. Los efectos de la escisión se sintieron con más fuerza en la segunda mitad del siglo XIX, cuando la importación y exportación boliviana se realizó a través de los puertos de Arica, Quilca, Islay y Mollendo; y tras la guerra del Pacífico, cuando se tendieron las vías ferroviarias Antofagasta-Oruro y Arica-La Paz, quebrándose definitivamente aquella unidad mercantil del sur andino con Bolivia. En medio de la crisis apareció una élite regional beneficiada de la importación, de las rentas de la contribución indígena y del control del poder local, que más adelante apostó por la exportación de lanas.

b. Lanas, gamonalismo y movimientos campesinos, siglos XIX y XX. Hacia la década de 1830 se formó el circuito mercantil que relaciona la economía sureña con el mercado inglés a partir de la exportación de lana de oveja y fibras de llama y alpaca a través de Arequipa. La materia prima era obtenida en las haciendas y comunidades de Cusco y Puno mediante intermediarios, como rescatistas, aviadores, habilitadores y alcanzadores, que actuaban a nombre de las casas comerciales, o en las ferias rurales que congregaban a comerciantes, acopiadores y campesinos. Una de las ferias más importantes era la de Vilque, que se realizaba a pocos kilómetros de la ciudad de Puno, en la fiesta

religiosa de Pentecostés, hasta que empezó a decaer cuando el ferrocarril llegó a Juliaca en 1874.

La exportación de lanas configuró un eje transversal entre Cusco, Puno, la ciudad de Arequipa y el litoral. Tal como sucede con cualquier *commodity* colocado en el mercado mundial, el de lanas experimentó sus momentos de auge y sus temporadas de contracción. Un primer momento de auge se vivió entre la primera mitad del siglo XIX y la guerra del Pacífico, cuando se consolidó la exportación de lanas del sur de tal forma que subió hasta constituir el 10% del valor de las exportaciones (Flores Galindo, 1993). En esta coyuntura hubo un predominio de la lana de oveja, aunque poco a poco los volúmenes de las fibras de llama y alpaca se fueron incrementando hacia el último tercio de la referida centuria. El puerto de Islay desplazó al de Quilca como lugar de salida de la materia prima y Arequipa se consolidó como la punta de lanza del circuito, al concentrar a numerosos comerciantes nativos y extranjeros que exportaban lana e importaban manufacturas de Europa y Estados Unidos.

Esta coyuntura de crecimiento culminó con la guerra del Pacífico y la disminución de los precios de la lana peruana en Liverpool. No obstante, a partir de 1895 empezó otro ciclo de crecimiento, debido a la aparición de la llamada *lana peruvian*, de calidad superior a la lana de Lima, y al aumento de la demanda por la Primera Guerra Mundial. Alberto Flores Galindo (1993) señala que, en esta coyuntura, la lana no solo se vendió en Europa, sino también en Estados Unidos (en particular, en Nueva York). Mollendo se transformó en el punto de embarque de la materia prima tras la construcción, en 1870, de un tramo ferroviario hacia Arequipa, lo que permitió a la Ciudad Blanca consolidar su primacía como núcleo del circuito, pues en ella se instalaron las firmas comerciales que monopolizaron el negocio. Pero las

exportaciones volvieron a descender al finalizar el conflicto bélico en Europa, por la disminución de los precios. Un nuevo ciclo de recuperación fue interrumpido en los años treinta por la crisis mundial del capitalismo, mientras que en los cuarenta otro ciclo fue contenido por la inestabilidad de los mercados. Entonces, la sierra central incrementó su producción de lanas de buena calidad debido a la centralización de la producción y al desarrollo de una nueva raza de ovinos.

La exportación de lana generó ganancias especialmente entre los comerciantes. Sin embargo, este excedente dependió del crecimiento de las haciendas a costa de las tierras de los indígenas, de la producción ganadera con la sobreexplotación de la mano de obra campesina y de la apropiación de lana mediante el endeudamiento obligatorio o la entrega forzada de materia prima. Ante tal situación, los campesinos no se quedaron pasivos y protagonizaron levantamientos, como mencionamos antes.

En 1867 estalló la rebelión de Huancafé contra las imposiciones fiscales del Estado y las autoridades locales que exigían el servicio personal de los indígenas; la rebelión estuvo liderando por Juan Bustamante, un liberal que previamente había buscado el reconocimiento de los derechos de la población indígena por vías no violentas. En poco tiempo, el levantamiento se extendió a los pueblos vecinos, a las provincias de Azángaro, Lampa y Puno, donde los rebeldes invadieron algunas haciendas, depusieron a las autoridades locales y exigieron el retorno de la contribución. Al año siguiente, la sublevación fue derrotada y Bustamante fue ejecutado por las fuerzas del subprefecto de Azángaro, coronel Andrés Recharte.

Casi medio siglo después, en diciembre de 1915 estalló otra rebelión campesina de gran magnitud. Bajo el liderazgo

de Teodomiro Gutiérrez Cuevas (Rumi Maqui)⁵ y José María Turpo, los campesinos de Azángaro atacaron las haciendas de Atarani y San José, enfrentándose con los guardias armados de los hacendados; sin embargo, a mediados de enero de 1916, los rebeldes fueron reprimidos por los terratenientes. La rebelión articuló el indigenismo de Rumi Maqui —quien proclamó la restauración de Tahuantinsuyu— con las demandas de los campesinos que deseaban aprovechar las oportunidades creadas por la exportación de lanas sin la intermediación de terratenientes, gamonales y autoridades comunales.

La exportación de lana cayó hacia la década de 1920. Luego de una ligera recuperación, volvió a caer en el siguiente decenio, con la crisis mundial del capitalismo. La contracción de la exportación coincidió con el auge del indigenismo y nuevas rebeliones campesinas en contra de los gamonales, que contaban con el respaldo de grupos indigenistas como el Comité Pro-Derecho Indígena Tahuantinsuyo. Uno de estos levantamientos fue el de los campesinos de Huancho (Huancané), en 1923, quienes exigieron la abolición de las autoridades comunales, la devolución de las tierras apropiadas por las haciendas, la instalación de escuelas rurales y la creación de un pueblo a semejanza de Lima —Huancho Lima— para el acopio de lana. Como sucedió en anteriores ocasiones, los rebeldes fueron duramente reprimidos por el Gobierno central; aun así, contribuyeron a quebrar el espinazo del sistema de haciendas y el poder de terratenientes y gamonales.

5 Aunque Gutiérrez Cuevas era originario de Junín, conocía muy bien a la población indígena de Puno, pues en 1903 fue nombrado subprefecto de Chucuito; y en 1913, durante el gobierno de Billingham, investigó la matanza de indígenas en Samán (Azángaro), perpetrada por el gamonal Mariano Abarca Dueñas.

c. Regionalismo, federalismo e identidad étnica.

Entre 1915 y 1920, en medio de los levantamientos campesinos y el indigenismo, se desarrolló un movimiento regionalista que atizó el sentimiento hacia la región puneña e intentó formar una opinión pública a favor del federalismo. El movimiento fue desplegado por terratenientes y gamonales, intelectuales locales y profesionales del Altiplano y estableció efímeros vínculos con instituciones como la Asociación Pro Indígena —fundada en Lima, en 1909, pero con delegados en el interior del país— o comités como el federalista de Arequipa. Precisamente, el movimiento formó en Puno un Comité Descentralista Federal, asociado al de Arequipa, con el propósito de nominar delegados para el Congreso Federal Nacional que debía de redactar una nueva Constitución Política del Estado.

El movimiento hundía sus raíces en una antigua tradición regionalista que venía de la experiencia del virreinato de Río de La Plata y que alcanzó ribetes de federalismo con la Constitución de 1828 —que crea las juntas departamentales— y la Confederación Perú-Boliviana —que establece el Estado Surperuano con su asamblea en Sicuani, su capital en Tacna y sus propios símbolos—. También se nutrió de ideas foráneas, como las de la Constitución de Filadelfia de 1787, que estableció la unión de estados independientes en la confederación norteamericana. Sin embargo, los gamonales e intelectuales sureños entendían el federalismo como una forma de gobierno y no una de Estado, pues creían que la autonomía de las regiones compatibilizaba con la existencia de un centro de poder. Asimismo, impulsaban la descentralización administrativa del país para lograr mayor autonomía y más recursos a fin de mejorar la economía y lograr la industrialización de las regiones. Al mismo tiempo, exigían su militarización, puesto

que querían defender los intereses regionales de las amenazas de los países limítrofes. Para ellos, la descentralización era el primer paso para fortalecer el regionalismo y, posteriormente, establecer un gobierno de tipo federal.

Sin embargo, el movimiento no fue monolítico; al contrario, presentaba fisuras y posiciones encontradas al estar integrado por personas y grupos distintos, con intereses y expectativas variadas. Una de estas fue el conocido líder anarquista Ezequiel Urviola, nacido en Azángaro, quien en 1915 anunció la formación de un partido federal para combatir el centralismo. Otro fue el abogado y hacendado Ignacio Frisancho, quien estaba a favor de la descentralización administrativa y en contra del federalismo. También estaban en el movimiento los abogados Eduardo Pineda, quien tenía inclinaciones hacia el regionalismo, y Manuel Augusto Quiroga, quien creía en el federalismo y defendía a los indígenas en los tribunales judiciales, así como los gamonales Julio Cano, propietario de la estancia Hantta, y José Angelino Lizares Quiñones, famoso y abusivo terrateniente propietario de una extensa hacienda entre Muñani y Azángaro. Fue precisamente Lizares quien presentó al Congreso, en 1911, el proyecto de ley de la Federación del Perú que buscaba crear una organización política federal con cuatro estados: Norte, Sur, Centro y Oriente, para mantener el orden y la seguridad.

Por cierto, los conflictos entre regionalistas y federalistas desgastaron el movimiento. Personajes como Ignacio Frisancho, Eduardo Pineda, Adolfo Esteves Chacaltana o el joven escritor J. F. Landaeta criticaron el federalismo porque generaba una nueva dependencia de Puno hacia Arequipa. Además, como indigenistas y defensores del indígena, les resultaba desagradable compartir el movimiento con gamonales acusados de violentar a los campesinos. Argüían que, con el federalismo,

los gamonales incrementarían su control despótico sobre las provincias y la región. Y es que, para los terratenientes, el federalismo era una oportunidad adecuada para consolidar su ejercicio de poder, además que consideraban a los indígenas como «perezosos» y «ladrones». Por tales contradicciones, el movimiento imploró hacia 1920, abandonando el federalismo y orientándose hacia la descentralización. Algunos de sus miembros se pasaron a las filas del leguismo, otros insistieron en sus demandas regionalistas. Culminado el oncenio, en 1931, el capitán Arístides Pachas, con un grupo de terratenientes profederalistas, sublevó a dos batallones de infantería en Cusco y Puno, demandando la formación de un gobierno separatista en el sur peruano. El levantamiento fue conjurado por la Junta de Gobierno de Samanez Ocampo, y los terratenientes que lo apoyaron terminaron integrándose a un novel partido que demandaba la acción contra el imperialismo norteamericano y la unidad latinoamericana: el APRA.

Por su parte, las poblaciones campesinas enarbolan una identidad étnica basada en la cultura y la lengua imperante en el Altiplano, en general. Dicha identidad aimara cobró fuerza en el 2008 a partir de las movilizaciones que comunidades de Chucuito y Yunguyo y gremios —como el Frente de Defensa de los Recursos Naturales— realizaron contra las actividades mineras en la zona, en las que las comunidades aimaras exigieron que se reconozca a la nación aimara con su propio territorio, sus formas de acceso a los recursos, sus propias autoridades —los *jilacatas* o tenientes gobernadores, cuya autoridad es respetada y reconocida por los campesinos— y sus propios representantes ante el Estado. La movilización culminó con la suspensión de las concesiones mineras en la zona, y puso sobre el tapete la existencia de movimientos que cuestionan el

diseño histórico de una nación peruana que se impuso sobre la diversidad, pero al finalizar el siglo xx se fisura por la emergencia de identidades regionales y étnicas que demandan plena ciudadanía y reconocimiento a la vez.

3.3. La región de Arequipa

Arequipa es una región particular en el territorio peruano, constituida a partir del ciclo de la exportación de lanas en el siglo xix y con un regionalismo manifiesto a lo largo de la era republicana, que en cierto momento incluso devino en federalismo. Este espacio guarda correspondencia con la antigua región del Colesuyo: una vasta zona comprendida entre las vertientes marítimas de la cordillera de los Andes y los valles de Camaná, Moquegua, Tarata, Arica y Tarapacá, en la que se asentaron agricultores y pescadores yungas organizados en curacazgos y colonos altoandinos durante el tiempo de los incas.

Arequipa, Moquegua y Tacna conforman un espacio en el que se distinguen hasta tres pisos ecológicos distintos: una franja costera surcada por valles transversales, como Acarí, Yauca, Atico, Caravelí, Ocoña, Camaná, Tambo, Ilo, Locumba, Sama y Caplina; una zona quechua con campiñas, como la arequipeña, a orillas del río Chili, y fértiles valles que culmina hacia los 3200 m s. n. m.; y una zona altoandina caracterizada por la cordillera occidental, que entre Tacna y Moquegua se bifurca en dos alineaciones: la cordillera de Chila, que alcanza los 5655 m s. n. m., y el arco volcánico que se extiende por 500 km y tiene volcanes potencialmente activos (Sabancaya, Misti, Ubinas, Coropuna, Chachani, Ampato) e impresionantes cañones como el Colca.

En verdad, este espacio regional formó parte de la gran región sur, que incluía a Cusco, Puno y Abancay, con salida a la

selva del río de Madre de Dios. En plena República, esta gran región se fragmentó en regiones desde la aparición de circuitos mercantiles y demandas de autonomía local que cuajaron en departamentos. Tan es así que, en pleno auge de la Confederación Perú-Boliviana, Moquegua, Tacna, Arica y Tarapacá formaron el departamento del Litoral que integraba el Estado Surperuano junto con Arequipa, Cusco, Puno y Ayacucho. Luego se crearon los departamentos de Tacna (1874), Tarapacá (1878) —que pasó a manos de Chile tras la guerra del Pacífico— y Moquegua (1884). Por su parte, Cusco, Puno y Madre de Dios pasaron a integrar otra región a partir de la mercantilización de sus economías, aunque formaron parte del eje mercantil con núcleo en Arequipa.

Como vimos antes, los valles de Arequipa, Moquegua y Tacna y el puerto de Arica formaban parte de aquel trapecio macrorregional del sur andino, configurado en torno a la demanda de las minas de plata. El vino que se producía en los valles de Arequipa y Moquegua era comercializado en Cusco y Potosí. Por Arica ingresaba azogue y mercadería europea, y por este mismo puerto salía la plata hacia Lima y Europa. Para ello se empleaban los caminos heredados de los tiempos prehispánicos y el sistema de los trajines que incluía transportistas, llamas y tambos. Ya hemos mencionado que una vía conectaba Arequipa con La Paz a través de Desaguadero, mientras que otro camino subía de Moquegua hacia la ribera occidental del lago Titicaca.

No obstante, algunos autores afirman que la región de Arequipa se formó entre los siglos XVI y XVII, cuando el mercado regional generó una demanda importante de mercaderías importadas y productos locales, independientemente de los centros mineros (Buller, 2011; Meza y Condori, 2018). Y aunque

Arequipa tuvo explotación minera entre los siglos XVII y XVIII (Caylloma y Huantajaya), fue la Ciudad Blanca, poblada por españoles y mestizos, la que demandó vino, maíz y trigo de los valles de Tambo, Camaná, Caravelí, Caylloma y Cotahuasi, además de bienes importados como tejidos de lana, seda y algodón de Inglaterra, paños de Segovia, encajes de Barcelona, hierro de Vizcaya, mercurio de Almadén, etc. Los efectos europeos llegaban desde Lima a las caletas o puertos menores de Quilca, Mollendo, Ilo, Arica e Iquique, de donde eran transportados por arrieros hacia los valles de la costa (Caravelí, Camaná, Vitor), los pueblos de la sierra y Arequipa (Meza y Condori, 2018). De la Ciudad Blanca y Moquegua podían partir también hacia destinos lejanos como el Altiplano septentrional y La Paz, por las rutas que mencionamos anteriormente.

3.3.1. Vino y comercio, siglos XVI-XVIII

Durante la Colonia, la producción de la región de Arequipa estaba orientada a la mina de Potosí y su mercado regional. En tal sentido, se convirtió en una zona productiva especializada, en la que el vino fue la mercancía distintiva para el sur y la región. No obstante, el vino también fue negociado en Lima, Trujillo y Panamá. A pesar de que los viñedos fueron arruinados en 1600 por la ceniza volcánica tras la erupción del Huaynaputina, la producción vitivinícola se recuperó, al punto que treinta años después la región produjo más de 200 000 botijas anuales (Meza y Condori, 2018).

La especialización productiva ocasionó la aparición de un grupo de hacendados que llegaron a monopolizar el poder local. Entre estos figuran apellidos emblemáticos que permanecen en el discurrir histórico de la región: Goyeneche, Cossio,

Gamio, De la Fuente, Masías, Bustamante, Barreda y Benavides. Estas familias poseían propiedades en el valle de Vítor y llegaron a dominar el cabildo arequipeño en el siglo XVIII. El grupo de poder también fue integrado por los grandes comerciantes que se encargaban de colocar el vino en el mercado regional y de importar los bienes de Lima. El reglamento de libre comercio de 1778 impulsó la actividad mercantil, pues se logró el tráfico directo entre Arica y Sevilla, y la región contó con agentes peninsulares de origen vasco y navarro.

No obstante, las otras disposiciones de las reformas borbónicas, relacionadas con el aumento de la alcabala, el impuesto al aguardiente y las aduanas, perjudicaron a hacendados, comerciantes, chacareros y tianderos. Todos ellos protagonizaron, en enero de 1780, el famoso motín en contra de la aduana, que culminó con una asonada popular que destruyó la casa del corregidor Baltazar de Semantnat, la tienda del comerciante catalán Josep Campderros e incluyó la liberación de los presos de la cárcel. De repente podemos hallar en estos hechos los orígenes del regionalismo que los arequipeños levantaron en la era republicana, puesto que las regiones iniciaban su configuración con la decadencia de los imperios dieciochescos por la llegada de la modernidad, como vimos líneas arriba. Pero no nos adelantemos; simplemente precisemos que la reacción de la élite arequipeña ocasionó la momentánea suspensión de algunas de las reformas. Pese a ello, Arequipa se convirtió en el eje principal de la resistencia realista debido a la fuerte relación que tenía con Cusco y Bajo Perú. Señalamos líneas arriba que, entre 1821 y 1824, en el Cusco se estableció la sede del gobierno virreinal y que toda la macrorregión sur declaró su filiación a la Corona española. El arequipeño Pío Tristán y Moscoso se convirtió en efímero virrey por seis días

tras la batalla de Ayacucho, en tanto que el derrotado La Serna se embarcó en Quilca en la fragata Ernestine para partir hacia España. Son dos acontecimientos que revelan los nexos aún existentes entre Arequipa y un sur todavía realista cuando se iniciaba la fragmentación por la crisis de Potosí y la creciente exportación de lana a Europa a través del litoral arequipeño.

3.3.2. La exportación de lanas y la industrialización tardía, siglos XIX-XX

Desde 1830, la exportación de lanas al mercado inglés configuró un eje transversal entre Cusco, Puno, Arequipa y la costa sur. Mencionamos antes que luego de la contracción ocasionada por la guerra del Pacífico, la exportación de lana alcanzó su cénit en la década de 1910 por la demanda europea y estadounidense (en particular, de Nueva York), para luego decaer en el siguiente decenio y alcanzar un punto crítico a inicios de los treinta debido a la crisis mundial del capitalismo. En toda esta etapa, la ciudad de Arequipa se consolidó como la punta de lanza del circuito al concentrar a numerosos comerciantes nativos y extranjeros, quienes monopolizaban la materia prima y la enviaban a Europa y Estados Unidos a través de los puertos de Quilca, Islay y Mollendo.

Estos comerciantes ejercieron poder sobre hacendados y campesinos o se asociaron con los terratenientes y gamonales para preservar la apropiación de la materia prima. Nelson Manrique (1995) afirma que su ganancia se generaba y realizaba en la circulación de bienes, pues dependía directamente de las pérdidas de los campesinos. Para ello, terratenientes y comerciantes recurrían «a un alto grado de coerción extraeconómica: violencia, autoritarismo, establecimiento de relaciones

de servidumbre» (Manrique, 1995:85). Por su lado, los campesinos no se quedaron pasivos y protagonizaron levantamientos en Cusco y Puno, como vimos páginas atrás.

Los comerciantes arequipeños, nativos y extranjeros, invirtieron sus ganancias en la importación de mercaderías de Europa y Estados Unidos para acrecentar su riqueza. En simultáneo desarrollaron un consumo conspicuo para asentar su estatus social. Al trazar relaciones entre sí o con terratenientes, formaron una oligarquía; es decir, una clase numéricamente reducida, poco permeable a la movilización social, basada en la producción y el comercio de lana y otros bienes, como el azúcar del valle de Tambo, y asociada con los intereses británicos. Un grupo interesado en ejercer hegemonía en los estrictos marcos de la región y no en el ámbito nacional (Flores Galindo, 1993). No obstante, este grupo oligárquico portó y desplegó un regionalismo que se asentaba sobre una sólida base de identidad regional, como veremos luego.

Poco después del ciclo lanero, Arequipa inició un proceso de industrialización que se consolidó en la segunda mitad del siglo xx. Aunque las primeras industrias se instalaron en la Ciudad Blanca todavía a finales del siglo xix, estas fueron pocas en comparación con las del Cusco debido a la miopía de la oligarquía —que prefirió ser mercantil antes que convertirse en burguesía— y la ausencia de un numeroso proletariado. En las décadas de 1940 y 1950, se instalaron las tres grandes fábricas (Leche Gloria, CERVESUR y SIDSUR), cuyos productos se comercializan a escala nacional, y en 1964 se formó el parque industrial: una extensa zona cruzada por las vías del tren y la carretera y consagrada para la actividad fabril. En la década de 1970, la industria arequipeña pasó por una etapa de auge, al punto que la economía regional alcanzó un crecimiento

de 5.5% anual, entre 1970 y 1975 (Meza y Condori, 2018). Las plantas industriales de metalmecánica, laminados, textiles, bebidas y licores colocaron sus productos en el mercado regional, reinvertiendo en sus procesos productivos. Al lograr la acumulación y reinversión del capital en el mismo espacio regional, configuraron plenamente la región de Arequipa, según la propuesta de Efraín Gonzales de Olarte (1988). Pero este crecimiento industrial se ralentizó y estancó en las últimas décadas del siglo pasado, debido a múltiples factores, como las limitaciones del consumo local, la ausencia de financiamiento, la priorización de los sectores primario y terciario a raíz de las reformas neoliberales y el crecimiento del sector informal. Pese a ello, la región sigue existiendo. ¿Por qué?

3.3.3. Regionalismo, federalismo e identidad regional

Es evidente que la oligarquía arequipeña cristalizó sus intereses económicos y trazó alianzas familiares. Sin embargo, al simpatizar con el liberalismo, izar la bandera del regionalismo, portar la identidad arequipeña y confrontar la hegemonía limeña, actuó como una burguesía regional interesada en consolidar una región y un dominio regional en un contexto de modernización periférica asociada al desarrollo del capitalismo occidental.

Pero recordemos que es el Perú y la burguesía responde a esta realidad. Por eso, señalemos algunas de las manifestaciones culturales que definen a los integrantes de la burguesía, sean estos hacendados, comerciantes o profesionales, como profesores, abogados y periodistas. En efecto, en ellos encontramos un cúmulo de rasgos y peculiaridades personales (independencia económica y planificación hacia el futuro) y de valores (racionalidad, trabajo, mérito, respeto a la ley, moralidad

y valoración de la educación y del arte) (McEvoy, 2004:xvi). A ello se agregan los planes e imaginarios que estos personajes conciben para lograr el desarrollo de las regiones en las que vivían, tales como la irrigación y producción de tierras secas y eriazas, la educación pública y la colonización de la Amazonía (Sala i Vila, 2004). Siguiendo este razonamiento, podemos decir que las élites regionales constituyen burguesías regionales que imaginan el desarrollo de su región y elaboran recursos culturales para configurar con los demás habitantes una identidad y un sentimiento regionales.

La oligarquía arequipeña también tuvo aquellos rasgos culturales y construyó un regionalismo y una visión para con su región y las demás personas que en ella habitaban. Dicho regionalismo apareció con el Estado-nación, cuando las regiones se cristalizan y se oponen entre sí dentro del gran marco nacional llamado Perú.

Anteriormente vimos que, al momento de la independencia, se avizoraron dos grandes bloques regionales: el norte y el sur, diferentes no solo por participar en redes mercantiles distintas, sino por sus posturas políticas algo excluyentes. Mientras que el norte abrazó y financió la causa de la emancipación, el sur se transformó en el núcleo de la contraofensiva realista. El fidelismo de los arequipeños, asociado al liberalismo revivido por el trienio liberal (1820-1823), devino en un temprano regionalismo con el que enfrentaron las intenciones federalistas y bonapartistas de Bolívar. Prominentes sureños liberales, como Francisco Javier de Luna Pizarro, Evaristo Gómez Sánchez y Francisco de Paula González Vigil, conformaron un bloque de oposición al Libertador en el Congreso de 1826. El mismo Bolívar, al visitar la Ciudad Blanca en 1825, intentó suavizar la oposición de los arequipeños y fortalecer su precaria

adhesión a la república. El Libertador desconfiaba de la élite arequipeña por su fidelismo y, en especial, del obispo Goyeneche, por su regalismo asociado a la defensa de los fueros de la Iglesia (Meza y Condori, 2018:122).

En el siglo XIX, el regionalismo arequipeño es una tendencia política asociada a los intereses de convertir a Arequipa y a su entorno inmediato (los valles interandinos, el eje longitudinal sureño de Tacna, Arica y Tarapacá) en una importante región de la naciente república. Pero dicha tendencia tuvo que competir con las aspiraciones regionalistas de cusqueños o ayacuchanos. Las tres principales regiones del sur andino (Arequipa, Cusco y Ayacucho) tuvieron algo en común: su oposición a Lima como centro de la nación y a las cabezas de regiones vecinas como núcleos de irradiación cultural. Por eso, los regionalismos rivalizaron entre sí en determinados momentos; y, en otros, se conjugaron en torno a una férrea oposición hacia la capital o hacia las políticas proteccionistas emanadas de ella y asociadas con los intereses norteños.

La oposición a Lima emergió en los tiempos aurorales de la república y, especialmente, durante el efímero funcionamiento de la Confederación Perú-Boliviana. En efecto, entre 1836 y 1839, los departamentos del sur apoyaron el proyecto de Santa Cruz con la esperanza de mejorar su condición económica a través del libre comercio. Llegaron a formar el Estado Surperuano, con sede en Tacna. Pero afloraron los localismos, y las ciudades de Ayacucho, Cusco, Arequipa y Moquegua empezaron a rivalizar entre sí para conseguir la preeminencia. Tras la caída de la confederación, Arequipa fue castigada por Gamarra al serle amputada los territorios de Tacna, Moquegua y Tarapacá, que pasaron a formar el departamento de Moquegua, con capital en Tacna.

Otro momento de unidad del sur peruano sucedió en 1840, cuando el regionalismo se exacerbó y las ciudades de Arequipa, Cusco, Puno y Ayacucho apoyaron el régimen de la regeneración; solo Tacna le negó el respaldo a Vivanco. La unidad regionalista se quebró tras la muerte de Gamarra, al inicio de la anarquía, cuando el Cusco se mantuvo bajo el gobierno de Vidal, Arequipa reconoció a Vivanco y Tacna se adhirió a Mendiburu. Al fin y al cabo, cada ciudad peleaba por sus propios intereses, y en tal carrera apoyaba a uno u otro caudillo. La frágil unidad devino en enfrentamiento, cuando el Directorio de Vivanco alcanzó el poder —con el apoyo de los arequipeños y los sectores más conservadores de Lima— y llamó a una Asamblea Nacional para modificar la Constitución de 1839. Las demás ciudades del sur se convirtieron en las bases de caudillos que empuñaron las armas para luchar contra el Directorio: Moquegua con Nieto, Tacna con Mendiburu, Tarapacá con Castilla, Puno y Cusco con San Román. Tras la derrota de Vivanco en Carmen Alto, los constitucionalistas se impusieron sobre el Directorio y las ciudades del sur hicieron lo propio sobre Arequipa. Como bien dice Natalia Sobrevilla (2005), Vivanco representaba a la élite de Arequipa y a algunos conservadores de Lima, mientras que sus enemigos, liderados por Castilla y Nieto, contaban con el respaldo de las demás élites sureñas.

Esto muestra que el sur no era un bloque monolítico liderado por la «ciudad blanca» sino que algunas subregiones más pequeñas, como Moquegua, tenían intereses diferentes. Cusco también se mostró opuesto a la creciente importancia de Arequipa como lo evidencia su apoyo a los constitucionales a quienes recibió apoteósicamente el 7 de diciembre de 1843. (Sobrevilla, 2005:193-194)

En medio de la bonanza del guano resurgió el regionalismo, cuando los arequipeños y sureños otra vez empuñaron las armas contra Castilla y la Constitución liberal de 1856. En esta ocasión, el regionalismo vistió el ropaje del liberalismo conservador. Nuevamente, los regionalistas se agruparon bajo el liderazgo de Vivanco, quien apareció como el regenerador de la república, y contaron con el respaldo de la Marina de Guerra. La revolución se transformó en una prolongada guerra civil, que culminó con la toma de Arequipa por las tropas de Castilla y el aplastamiento de los rebeldes. Los costos del conflicto fueron inmensos: alrededor de 10 000 muertos y pérdidas estimadas en más de 20 000 000 de pesos. Después de la derrota, el regionalismo fue humillado, pues Arequipa fue degradada a la categoría de provincia por dos meses, con una administración dependiente de Lima.

En otras dos oportunidades más —1865 y 1867— emergió el regionalismo para enfrentar el centralismo limeño. En la primera ocasión, contra el gobierno de Pezet y el Tratado Vivanco-Pareja y bajo el mando del prefecto Mariano Ignacio Prado, quien tomó el poder y declaró la guerra a España. En la segunda ocasión, con el liderazgo de Pedro Diez Canseco, contra la Constitución de 1867. Los rebeldes lograron la renuncia del presidente Prado y la instalación de un gobierno provisional que dispuso la construcción del ferrocarril entre Mollendo y la Ciudad Blanca.

A inicios del siglo xx, el regionalismo se transformó en un movimiento político que emergió a través de los planteamientos del Partido Liberal arequipeño en pro de la descentralización. Hacia 1915, algunos integrantes del movimiento, como Modesto Málaga, Eduardo Salgado, Enrique Laud y Francisco Mostajo, abrazaron el federalismo, formaron un comité y

convocaron a una asamblea en la que acordaron luchar por la descentralización para desarrollar las regiones y, luego, implantar el gobierno federal. Málaga se puso al frente del movimiento y difundió sus propuestas en Cusco y Puno, llegando a formar un comité similar al arequipeño en este último departamento. Pero las diferencias internas y la contracampaña de los intelectuales limeños, quienes veían en el federalismo el peligro de la anarquía y la fragmentación del país, mellaron el movimiento. El mismo Mostajo perdió protagonismo en el interior del movimiento al defender el regionalismo en oposición a Málaga, quien era un ferviente creyente en las bondades de la federación. Además, el apoyo de los terratenientes y gamonales de Puno al federalismo ocasionó el alejamiento de importantes aliados, como Pedro Zulen y otros indigenistas.

En todo caso, el regionalismo se consolidó en 1931 tras el golpe de Sánchez Cerro —respaldado por prominentes arequipeños como Clemente Revilla, Manuel Vinelli, José Manuel Chávez Bedoya y José Luis Bustamante y Rivero— y la formación del Partido Descentralista, que contó con el apoyo de Víctor Andrés Belaúnde y Manuel Bustamante de la Fuente. Su programa contenía reformas a favor de la descentralización: una nueva demarcación política, la creación de poderes departamentales para la administración de rentas, de nuevos órganos para el gobierno de las regiones y la profundización de reformas para la población indígena. José Luis Rénique (1979:62) manifiesta que «Este programa contenía aspectos bastante avanzados para la Arequipa de los años 30, sus lineamientos recogían las inquietudes de los sectores medios mistianos en favor del desarrollo regional, las que eran presentadas como una cuestión de interés general».

Pero, como sucedió en el pasado, el regionalismo arequipeño otra vez se confrontó con el centralismo, y con mayor virulencia ahora que los destinos del país eran administrados por una junta militar en medio de la crisis del capitalismo. La crisis política de 1931 incubó una revolución en la Ciudad Blanca en contra de Sánchez Cerro, tras la cual se formó una Junta de Gobierno con la jefatura del hacendado apurimeño David Samanez Ocampo. La junta no solo se preocupó de eliminar la tiranía y convocar a elecciones, también buscó descentralizar el país, entregó a la Municipalidad de Arequipa el control del agua potable y dispuso la construcción de las carreteras Arequipa-Puno y Mollendo-Tambo. Tras la caída de Sánchez Cerro, se agravó la tensión entre Lima y el sur al aparecer dos gobiernos que reclamaban la conducción del país y no lograban conciliar: la Junta de Lima, presidida por Ricardo Elías, presidente de la Corte Suprema, y la Junta de Arequipa, bajo el mando de David Samanez. Con la intervención del Ejército, Samanez aceptó asumir el Gobierno y se mantuvo en el poder por nueve meses.

En suma, el regionalismo arequipeño fue una tendencia política que se cristalizó en diferentes coyunturas y reapareció con más fuerza en el siglo xx, convertido en movimiento político y con cauces hacia el federalismo. También fue una identificación cultural y sentimental para con una región potenciada históricamente a partir de los circuitos mercantiles del vino y de la lana. Dicho sentimiento se nutre de una tradición histórica y cultural que, según sus portadores, proviene de tiempos coloniales. Incluso ha llegado a representar al típico arequipeño de la ciudad y del campo —el *ccala* y el *loncco*— que mantiene su herencia española y ciertos rasgos culturales asociados a la Ciudad Blanca y su campiña.

El *ccala* es el ciudadano revolucionario, poeta y cantor, semejante al emblemático sillar: puro, fuerte y con fuego en el alma, pues se halla presto a defender lo que es suyo. El *loncco* es el arequipeño de la campiña, el chacarero o pequeño propietario, caracterizado por su hablar cantado y versado, por su apellido castellano, por el uso frecuente del arequipeñismo y por supuestamente conservar los rasgos fenotípicos de los conquistadores españoles. *Ccalas* y *lonccos* aparecen como los pobladores natos de una región particular, acaso extintos por la llegada de los migrantes puneños en la segunda mitad del siglo xx. Como bien sugiere el portal de Internet de un típico restaurant arequipeño: «Lonccos y Ccalas orgullosos de sus pasos, de su verbo, diferencian sus latidos por el canto de sus voces arrulladas por su río, comparten un mismo sueño, un mismo amor, una misma cuna, un mismo orgullo»⁶.

3.4. La región de Huamanga

En medio de dos regiones muy consolidadas (la sierra central y Cusco), aparece la región de Huamanga, conocida hoy como Ayacucho. Se trata de una región dividida en dos, es decir, una región que es no-región al mismo tiempo; un espacio local-regional en sí mismo debido a la existencia de dos ejes (Huamanga y Puquio) en el escenario regional, resultado de un proceso histórico que también arranca en la Colonia, alcanza su clímax en la República, pero mantiene su base prehispánica (Aldana, 2013:215).

6 Recuperado de <https://laherencia-arequipa.com/hoy-en-dia/diferencias-entre-lonccos-y-ccalas/>.

Ubicada en la sierra sur-central, la región ocupa un territorio de más de 49 000 km², configurado por tres cuencas (Mantaro, Pampas y Apurímac) y numerosos cauces que nacen en la cordillera occidental de los Andes y desembocan en el océano Pacífico⁷. En su recorrido, las cuencas delimitan microcuencas, valles y macizos altoandinos que le proporcionan a la región una variedad de climas y suelos. Así podemos diferenciar hasta cuatro grandes pisos altitudinales: en primer lugar, las *cabezas* o bocas de entrada a los valles costeros (1000-2500 m s. n. m.), que son aptas para la producción de maíz y alfalfa. Luego está la puna (3500-5000 m s. n. m.), acaso la franja más amplia del espacio regional, con mesetas y llanuras cubiertas de ichu y hasta tres cadenas montañosas (Razhuillca, Carhuarazo y Huanzo), cuyos picos nevados son considerados como los *apus* o *wamanis* más importantes de la región. En tercer lugar, la zona quechua (1500-3500 m s. n. m.), que comprende valles y quebradas cultivables (Huanta, Ninabamba, Pongora, Qaracha, Sondondo, Chicha-Soras, Chumbao), que se hallan encajonados entre los cerros. Y, finalmente, la ceja de selva o valle del río Apurímac (1500-500 m s. n. m.), al noreste de la región, con colinas de suave pendiente y terrazas aluviales que sirven para el cultivo de coca y fruta.

Una de las características del territorio es su mediterraneidad, sin salida directa al mar y sin ríos navegables que desembocan en el Pacífico o el Atlántico. Por ello, las comunicaciones tuvieron que sortear la frigidez de la puna, las estrechas gargantas de las quebradas o las abruptas pendientes de las *cabezas* para alcanzar destinos y mercados como Lima, la sierra

7 La región incluye a Chincheros y Andahuaylas. Aunque ambas provincias forman parte del departamento de Apurímac, no dejan de mantener relaciones mercantiles con Huamanga y el resto de la región. Además, subsisten los lazos de parentesco entre huamanguinos, chincheros y andahuaylinos.

central o Cusco. Esta mediterraneidad es agravada por las lejanas distancias entre norte y sur y por una barrera natural que separa ambos extremos: el río Pampas, que corre de oeste a este por Huanca Sancos, Cangallo y Vilcas Huamán. Tan es así que, entre Huamanga y Puquio, las cabezas del norte y el sur, respectivamente, existen más de 200 km de distancia que son recorridos con enorme dificultad y en prolongadas jornadas de viaje. En la actualidad, a un vehículo motorizado le cuesta dos días de marcha transitar entre ambas ciudades.

3.4.1. El circuito mercantil colonial sobre caminos Huari, siglos XVI-XVIII

Tal como sucedió con Cusco y el sur, la región de Huamanga se configuró a partir de los circuitos mercantiles y las redes sociales desplegados en gran parte de los actuales territorios de Huancavelica, Ayacucho y Andahuaylas, entre los siglos XVI y XVII. Se configuró a partir de la demanda de la mina de Huancavelica, acaso el más importante nodo de arrastre en el centro-sur. Y lo hizo sobre una experiencia prehispánica sentida y reutilizada por la población para la circulación y encuentro de bienes y gente. Con dicho recuerdo se volvieron a usar los caminos construidos por el Estado prehispánico, que apareció en el corazón de la región siglos antes que los incas y que, más bien, sirvió para la expansión del Tahuantinsuyu.

Los arqueólogos sostienen que el recuerdo del Estado huari se perdió en el siglo XII, cuando irrumpieron en el territorio de la región sociedades que no reprodujeron la planificación urbana ni las sofisticadas técnicas alfareras de los predecesores. Salvo una escueta referencia del cronista Pedro Cieza de León, durante la Colonia no hay mención alguna sobre Huari.

No obstante, la Iglesia católica siempre estuvo preocupada por unos rituales que los indígenas de la región realizaban para con sus muertos. Incluso un cronista originario del sur de Huamanga y conocedor de las costumbres andinas, como Guaman Poma de Ayala, representa a los indígenas adorando a sus muertos y llama a noviembre como el mes de llevar difuntos: *Aya Marçay Killa*. Tampoco es casual que nombre a la primera generación andina como *Wari Wiraqucha Runa*. ¿Acaso el recuerdo de los huari se solapó en el culto a los exánimes, ya que la ciudad de Huari fue también una gran necrópolis? ¿Por eso se estableció en Huamanga la Semana Santa como celebración en honor a Cristo resucitado para borrar el recuerdo de los huari y sus muertos? Por ahora no tenemos las respuestas, pero sí podemos postular que al mencionar a los míticos *pocras* o pobladores originarios de la región se alude indirectamente a los huari de la época prehispánica, como veremos luego.

El Estado huari, que surgió y alcanzó plenitud máxima en el corazón de la región entre los siglos VII y XII, construyó la red caminera para administrar la producción de los pisos ecológicos, obtener el excedente y organizar los rituales. Así, una vía longitudinal conectaba la ciudad de Huari con los centros administrativos de Huiracochapampa y Huarihuilca, en el norte, y de Pikillaqta, en el sur. Dos caminos transversales conectaban los distintos pisos ecológicos: el primero iniciaba en Chincha, llegaba a Huaytará, pasaba por la cuenca de Ayacucho y se prolongaba hacia Andahuaylas; el otro nacía en Nazca, pasaba por Jincamocco —un importante sitio Huari en el valle de Sondondo—, atravesaba el valle de Soras y por dos ramales llegaba a la cuenca del río Pampas y a Abancay, respectivamente. Por estas rutas no solo desfilaban administradores estatales y

soldados, sino sobre todo mercaderes que intercambiaban bienes y conocimientos y hasta expandieron los estilos alfareros (Shady, 1989).

Siglos después, por esta misma red caminera llegaron a la región los incas y los españoles. Los primeros instalaron dos centros religiosos: Huaytará y Vilcas Huamán; los segundos fundaron entre Lima y Cusco la ciudad de Huamanga, llamada a convertirse en cabeza de región y sede de obispado con su propia universidad.

Asimismo, por esta red vial circularon los bienes producidos y consumidos en la región, que llegaron a configurar un mercado interno. Efectivamente, entre los siglos XVI y XVII, la mina de Huancavelica, que producía el azogue para la amalgama de la plata en Potosí, se convirtió en un centro de demanda que activó la producción de zonas ubicadas al interior de la región, que se especializaron en la elaboración de determinados bienes. Así, el azúcar se producía en las cuencas de los ríos Ninabamba, Pampas y Apurímac; el maíz y el ganado, en el valle de Huanta; los panes y las artesanías, en la ciudad de Huamanga; los textiles, en Vilcas Huamán; y la coca, en las *cabezas* o en el valle del río Apurímac. Unidades productivas como las haciendas y los obrajes y hasta las mismas comunidades de indígenas lograron un nivel de capitalización al colocar su producción en la mina.

Este entramado comercial tuvo un nuevo destino a partir de la segunda mitad del siglo XVII: la ciudad de Huamanga, que demandó algunas de estas mercaderías, junto con las demás explotaciones mineras y otros pueblos de la región (Huanta, Andahuaylas), donde se asentaba un considerable porcentaje de españoles, mestizos e indígenas debido a la capitalización lograda por alguna unidad productiva instalada ahí.

En efecto, la ciudad de Huamanga recobró cierto prestigio desde finales del siglo xvii, cuando tuvo su propia universidad. Y aunque no llegó a tener los 40 000 habitantes que tuvo el Cusco en la misma época, sí contó con un importante porcentaje de mestizos e indígenas dedicados a la producción manufacturera y artesanal. Ellos se instalaron en los barrios adyacentes a la ciudad (San Juan Bautista, Carmen Alto, Santa Ana, La Magdalena, Calvario, San Sebastián, Conchopata), los cuales, con el trabajo de sus artesanos, se convirtieron en centros especializados de producción artesanal y de demanda de bienes de consumo, insumos y herramientas. Ramón Muñoz, clérigo y escritor huamanguino de inicios del siglo xix, enumera la gran cantidad de objetos artesanales que se fabricaban en los barrios: esculturas de alabastro (piedra de Huamanga), filigrana, rejas de hierro, peletería, cohetería, bordados de deshilados, tejidos de aguja, muebles de madera, lienzos, adornos de cera y los San Marcos o cajones con las imágenes de los santos patronos, que estaban destinados a las comunidades para fines rituales (Muñoz, 1947 [1803]).

Asimismo, en el territorio de la región había pequeñas y medianas explotaciones mineras, que también demandaban los mismos bienes que necesitaban los artesanos, especialmente en Lucanas, Parinacochas y Huanta.

La pequeña producción minera y el auge de las artesanías coincidieron, a finales del siglo xvii y a lo largo del xviii, con la caída de la explotación minera de Huancavelica, con los repartimientos mercantiles y, posteriormente, con las reformas borbónicas. Contracción minera, repartos y reformas ocasionaron la crisis de los obrajes, la reestructuración de predios rurales y la aparición de nuevos agentes económicos provenientes de la Península ibérica, como el comerciante Pedro Zorraquín y el

productor de aguardiente Domingo López del Pozo, marqués de Mozobamba del Pozo. Sin embargo, los chorrillos reemplazaron a los obrajes en la producción de la «ropa de la tierra», y los tejidos, coca y bienes agropecuarios se siguieron negociando en el mercado interno. Es más, una considerable cantidad de varas de tocuyo y bayeta fueron enviadas, a finales del período colonial, a lugares lejanos como Lima, Cerro de Pasco y Copiapó (en Chile). La coca también era comercializada en los mercados de Huancavelica, Huancayo y Andahuaylas. La guerra de la Independencia llegó a interrumpir esta dinámica mercantil.

3.4.2. La fragmentación de la región, siglos XIX-XX

Casi todo el territorio de la región de Huamanga se convirtió en escenario de la guerra por la independencia. Durante diez años, insurgentes, libertadores y realistas recorrieron los caminos o se enfrentaron en parajes, quebradas y llanos, comprometiendo a criollos, mestizos e indígenas de Huamanga en las disputas por la libertad o la dependencia, por la república o la monarquía constitucional.

En agosto de 1814, los insurgentes del Cusco enviaron a Huamanga una fuerza militar comandada por José Gabriel Béjar, Mariano Angulo y el santafesino Manuel Hurtado de Mendoza. La expedición llegó a la sede de la intendencia, pero fue derrotada en Huanta y Matará. Seis años después, cuando ya San Martín estaba en el Perú, la expedición de Antonio Álvarez de Arenales traspasó la cordillera y ocupó por unos cuantos días Huamanga, en su periplo hacia la sierra central. Entonces se reactivaron las guerrillas conformadas por campesinos de Pampa Cangallo y Huanta, que desde 1814 apoyaban a los patriotas y a los realistas, respectivamente. Entre

1820 y 1822, las guerrillas propatriotas ocuparon militarmente las provincias de Huamanga, Cangallo, Lucanas y Parinacochas y soportaron las continuas incursiones de las fuerzas españolas preocupadas por recuperar la comunicación entre la sierra central y Cusco.

Al ubicarse entre Lima —que estaba controlada por los patriotas— y el sur —que era el cuartel general de los realistas—, la región de Huamanga se convirtió en el lugar adecuado para el encuentro final entre libertadores y españoles. No en vano la última batalla se libró en la pampa de Ayacucho, un llano ubicado a 40 km al norte de la ciudad de Huamanga, el 9 de diciembre de 1824. Después del enfrentamiento, libertadores y realistas firmaron una honrosa capitulación, y Bolívar dispuso que la antigua Huamanga se llame Ayacucho. Pero la paz no llegó de forma inmediata. En los años posteriores continuó el enfrentamiento entre las autoridades republicanas y los campesinos altoandinos de Huanta, quienes en 1827 se levantaron en armas proclamando fidelidad al rey de España. Para enfrentar a los rebeldes, las autoridades republicanas movilizaron a los morochucos, pobladores de Pampa Cangallo que habían formado guerrillas para luchar por la patria republicana. Es que la independencia y la naciente república generaron nuevas lealtades y filiaciones. El nuevo orden republicano finalmente se consolidó el 15 de noviembre de 1839, cuando los campesinos rebeldes de Marcaraccay, Cancaillo, Tircos, Ccarhuahurán, Secce, Cunya, Huaychao, Iquicha, Challhuamayo y Uchuraccay firmaron el convenio de Yanallay y reconocieron al gobierno restaurador de Agustín Gamarra.

La guerra de la Independencia y la rebelión de los campesinos huantinos ocasionaron la contracción de la producción agropecuaria, en especial en aquellas zonas como Huanta y

Cangallo, donde la población fue movilizada por las fuerzas en pugna. Sus efectos fueron más letales en el comercio, pues se interrumpieron los ejes mercantiles. La coca ya no pudo ser comercializada en Huancavelica y en el valle del Mantaro, mientras que el comercio de ganado entre Cangallo y la costa central quedó cortado. La crisis en esta zona se inició con las reformas borbónicas; al iniciarse el siglo XIX se agudizó la pobreza y la movilización social descendió notablemente, al punto que españoles y mestizos empobrecidos, que compartían la cultura e idioma de la población andina, fueron considerados como indígenas (Igue, 2008).

A diferencia de la coca y el ganado, los textiles de los chorillos y talleres familiares se continuaron colocando en los ejércitos de los caudillos que pugnaban por el poder, al ser favorecidos por el proteccionismo comercial. Por ejemplo, en 1829, 1830, 1837, 1839 y 1846, las tropas de jefes militares, como Gamarra, Castilla o Echenique, contrataron con los artesanos de Ayacucho la confección de camisas, frazadas y zapatos. Este febril negocio fue interrumpido a mediados del siglo XIX, cuando el guano se convirtió en el primer bien de exportación del país y el Estado puso fin al proteccionismo al implantar el librecambismo comercial de forma definitiva.

El *boom* del guano logró expandir el comercio interregional y transformar en algo la estructura agraria. Los ingresos por la exportación del fertilizante propiciaron el consumo y la compraventa de ganado y manufacturas, con la participación de ganaderos y comerciantes que incluso formaron compañías para operar adecuadamente y minimizar los costos de transporte. La exportación de ganado y lana de ovinos y camélidos a la costa central causó la aparición de dos ejes mercantiles en la segunda mitad del siglo XIX, que poco a poco

desarticularon la unidad regional. El primer eje estuvo en el norte de la región y se formó entre Ayacucho, Castrovirreyna, Pisco y Lima; mientras que el segundo se estructuró en el sur, entre Andahuaylas, Puquio, Lomas y Lima; un tercer eje es factible advertir en la cuenca del Pampas-Qaracha, entre Huanca Sancos y Palpa. Estos ejes se instalaron sobre las antiguas rutas que recorrían los arrieros de la colonia o los mercaderes prehispánicos. Por dichas sendas se sacaban el ganado y la lana; en contraposición, ingresaban a las ciudades y pueblos rurales productos que eran enviados por los importadores de Lima o los hacendados de las *cabezadas*: loza, textiles, herramientas, pianolas y demás instrumentos musicales, pisco, vinos, frutas, aceitunas, menestras, equinos. De este modo, se estableció una relación mercantil entre empresas comerciales de Lima, hacendados, ganaderos, campesinos y arrieros; entre producción, intercambio y consumo; entre economía capitalista y formas de producción no capitalista.

Tal como sucedió en la Colonia, los bienes producidos en la región (aguardiente, trigo, coca, artesanías) también circulaban en ella y llegaban a la economía campesina a través del mercado interno trajinado por comerciantes, arrieros y viajeros. «Huamanguino es sinónimo de arriero», sentenciaba un dicho popular de los ayacuchanos de antaño; servía para aludir a esta importante ocupación que enlazaba la producción con la demanda a través de los antiguos caminos recorridos unas y tantas veces mediante jornadas que conectaban al norte con el sur, al este con el oeste, y viceversa. Así, los arrieros recorrían la ruta longitudinal de Huancavelica-Puquio-Coracora en once o doce jornadas de viaje, transportando ropa, lanas, ganado y manufacturas. También cubrían la vía Huancavelica-Ayacucho en cinco o seis jornadas de viaje intercambiando

aguardiente con ropa y ganado. Algunos incluso cubrían la mayoría de rutas y movilizaban diferentes bienes. Los de Carmen Alto, por ejemplo, iban a Chincheros, Andahuaylas y Cusco para importar textiles y aguardiente. Luego bajaban a Ica y Palpa para intercambiar ganado con vino y fruta. Podían ir a Lima para recoger manufacturas. Tras regresar a Huamanga, se dirigían a Huancayo y Cerro de Pasco para intercambiar ropa con lana. Otros simplemente se trasladaban por las rutas intrarregionales que iban hacia Huancavelica, Lucanas, Chungi o Choimacota (valle del río Apurímac) para intercambiar tejidos, aguardiente y artesanías con oro, plata, lana y coca (Urrutia, 2019).

Además de las vías, las ferias servían también para los encuentros mercantiles y sociales si se realizaban con ocasión de alguna festividad religiosa en la que alternaban mayordomos, devotos, parientes, paisanos y amigos. El historiador Jaime Urrutia (2019) nos ofrece una nómina de las principales ferias que se realizaban en el siglo XIX: Chupas y Acuchimay (Ayaacucho), en Semana Santa; Lampa (Parinacochas), en Corpus Christi; Ongoy (Andahuaylas), en el día de la Virgen del Carmen; Incahuasi (Parinacochas) y San Juan (Lucanas), en el día de la Virgen de la Asunción; y la gran feria de Cocharcas, en el santuario del mismo nombre, en Andahuaylas, el 8 de setiembre, fiesta de la natividad de la Virgen María.

Aún con rutas menores y ferias que se desplazaban por el territorio cual arterias y venas, la región quedó partida en dos debido a la preponderancia de los ejes que relacionaban algunas provincias con la costa central. Huamanga y Puquio se distanciaron definitivamente y priorizaron una salida hacia la sierra central o hacia Ica antes que una conexión intraterritorial.

Consumada la segmentación, se debilitó aquel núcleo de poder dominante que residía en la cabeza de región y se configuraron los poderes locales de comerciantes, hacendados y estancieros que mandaban en sus provincias sin necesariamente buscar el ejercicio de su poder a escala regional. Así, en la ciudad de Ayacucho apareció un grupo de hacendados, abogados y comerciantes que proclamaba el liberalismo económico (eliminación de aranceles y del tributo indígena, exportación de manufacturas locales), el liberalismo político (nuevo contrato social, representación política) y manifestaba una aversión al caudillismo militar. «En el Perú todo es para los militares: las contribuciones, el presupuesto, los destinos, los mejores sueldos, los privilegios, los bordados, los bastones; todo, todo lo engullen y lo devoran», escribió el 27 de agosto de 1850 un anónimo columnista del periódico local *La Alforja*, de seguro integrante de aquel grupo político (citado en Pereyra, 2020:76).

Al mismo tiempo, se formó en Huanta otro grupo liberal, integrado también por hacendados y comerciantes beneficiados con la agricultura de la caña. En esta provincia, esta clase social unió sus fuerzas en 1856, en medio de la sublevación de Manuel Ignacio de Vivanco, para protestar contra el despliegue económico y financiero de la burguesía limeña —directamente beneficiada con los ingresos del guano— y contra el gobierno de Castilla que favorecía a esta última. Al ser derrotado por el caudillo tarapaqueño, el grupo de poder terminó fragmentado en dos clanes liderados por prominentes caciques locales, como los Lazón, Arias y Urbina, que terminaron enfrentados en *vendettas* políticas porque buscaban acumular tierras y poder para materializar sus aspiraciones sociales.

Tal vez, la figura del hacendado huantino José María Cárdenas nos ayude a percibir las contradicciones del grupo de

poder. Este era propietario del cañaveral de Pomanqay y un próspero comerciante. Como liberal exigía la libre circulación de mercaderías, pero como hacendado y comerciante creó una demanda cautiva a fin de conseguir mano de obra indígena para su cañaveral. En su tienda de la plaza de Huanta avalaba textiles a los campesinos con el propósito de endeudarlos y comprometerlos a trabajar en sus tierras. Al advertir esta conducta oportunista y abusiva, los indígenas no dudaron en sancionarlo al llegar la primera oportunidad: en medio de la guerra del Pacífico lo acusaron de ser socio de los chilenos y destruyeron su negocio.

En las localidades del sur de la región, los hacendados se mezclaron con los comerciantes extranjeros que se habían instalado en pueblos como Puquio y Coracora para participar de las ganancias del intercambio de ganado, lanas y manufacturas. Ambos formaron un grupo de poder local beneficiado con capital económico y político.

La existencia de estos grupos de poder local en los pueblos de Huanta, Puquio y Coracora nos revela la tremenda fragmentación causada por la ampliación del mercado en el territorio de la región. Con la presencia de hacendados y comerciantes que participaban de los ejes mercantiles, aquellos pueblos se convirtieron en los nuevos nodos polarizantes que arrastran a sus zonas adyacentes.

Esta fragmentación se agravó en la primera mitad del siglo xx con la construcción de ferrocarriles y carreteras, que terminaron desmembrando la endeble unidad regional y generando la subordinación de la región a otros polos de desarrollo. En efecto, estas vías configuraron otros cinco ejes con los que el capitalismo se conectó, de forma más sostenida, con la producción de haciendas, comunidades y artesanos. El primer

eje Lima-Huancavelica-Huancayo (1926), formado a partir del ferrocarril, alejó a Huancavelica del espectro regional y la vinculó, de forma definitiva, a Lima y a la sierra central. El segundo eje Huancayo-Huamanga (1924) relacionó a Huanta con el centro comercial de Huancayo, y tras prolongarse la carretera central hacia Abancay fortaleció el lazo mercantil entre Huamanga y Andahuaylas. El tercer eje entre Nazca y Puquio (1926) confirmó la salida del sur de la región a la costa central. El cuarto eje entre Huanta, Tambo y el valle del río Apurímac sirvió para la penetración mercantil a la ceja de selva. Y el último eje Huamanga-Pisco, vigente desde la época colonial, pero fortalecido con el asfaltado de la carretera de Los Libertadores en 1998, confirmó la estrecha relación del núcleo de la región con la costa central.

Con las carreteras desapareció el sistema del arrieraje que conectaba la sierra de Ayacucho con la costa central, el norte con el sur. A los arrieros y viajeros se les presentó el dilema de acomodar sus actividades a las rutas cortas que conectaban pueblos pequeños y comunidades campesinas o desaparecer poco a poco. Asimismo, con los ejes, las provincias del norte y del sur consolidaron su dependencia hacia otros polos de desarrollo. El cariz mediterráneo quedó circunscrito a la parte central de la región (Huanca Sancos, Cangallo y Víctor Fajardo), precisamente, la zona donde Sendero Luminoso inició su accionar a inicios de la década de 1980.

3.4.3. *La violencia política, siglo xx*

Si bien en los ochenta Sendero Luminoso desarrolló el mismo accionar en la zona rural de Ayacucho, la violencia mostró diferentes grados de intensidad en los espacios microrregionales.

Los subversivos se desplegaron por el campo ayacuchano asesinando a las autoridades, atacando los puestos policiales y destruyendo la infraestructura para desalojar al Estado y constituir «bases de apoyo». Sin embargo, instalaron su comité zonal más importante en la cuenca del Pampas-Qaracha, entre las actuales provincias de Huanca Sancos, Cangallo, Víctor Fajardo y Vilcas Huamán, porque en la zona existían varios fundos sobrevivientes de la reforma agraria, algunos poseionados por campesinos, así como una débil presencia del Estado, a la vez que subsistían viejos conflictos entre comunidades por jurisdicciones territoriales, que fueron capitalizados por los terroristas. Precisamente, estos iniciaron sus acciones en Chuschi, un distrito de Cangallo, en vísperas de las elecciones presidenciales de 1980. Asimismo, los más crudos enfrentamientos sucedieron en esta cuenca. Por ejemplo, en febrero de 1983, los pobladores de Sacsamarca se rebelaron contra los subversivos, hartos de sus demandas, y los asesinaron a puñaladas y pedradas. Semanas después, los campesinos de Huanca Sancos ejecutaron al camarada Víctor, mientras que los de Lucanamarca hicieron lo mismo con otro mando local. En represalia, los senderistas ingresaron en esta última localidad, el 3 de abril de 1983, y asesinaron de la manera más despiadada a 67 campesinos, entre ancianos, adultos y niños.

A diferencia de la cuenca del Pampas-Qaracha, Sendero Luminoso encontró en los norteños valles de Huanta y San Miguel a poblaciones campesinas que iban a las escuelas, participaban del mercado y tenían fuerte contacto con las ciudades y el Estado, llegando a contar con un apoyo inicial. Pero en las alturas de Huanta hallaron rechazo en comunidades como Iquicha, Huaychao y Uchuraccay, que mantenían el sistema de poder tradicional y la autoridad de los *varayocs*. También

tuvieron oposición en localidades de la ceja de selva, como Anchiuay y Chiquintirca, que preservaban su organización tradicional. Los pobladores altoandinos organizaron los primeros comités de defensa civil, en 1982, y expulsaron a los subversivos. Luego, a inicios del siguiente año, asesinaron a siete de ellos en Huaychao.

La respuesta del Estado también varió en relación con estas microrregiones. Mientras que la Infantería de Marina asumió el control político y militar de Huanta y La Mar, el Ejército fue desplegado a Huamanga y a la cuenca del Pampas-Qaracha. A partir de 1983, ambas fuerzas desarrollaron estrategias diferentes. En Huanta, los infantes desplegaron una represión acompañada con la formación de comités de autodefensa. Al contrario, en Cangallo y Vilcas Huamán, las rondas recién se formaron en 1987; aquí, los soldados patrullaban la zona para enfrentar a los subversivos, atentando en varias ocasiones contra los campesinos, tal como sucedió en Accomarca, en 1985, donde 25 efectivos mataron a 69 pobladores. La presencia del Ejército ocasionó el repliegue de los subversivos hacia Huanta y La Mar y la disminución de la intensidad de la violencia en la cuenca a partir de 1984. Las cifras de muertos y desaparecidos grafican las diferencias mencionadas. En el Pampas-Qaracha, la mayor cantidad de víctimas (966) se registró en 1983, cifras que fueron aminorando en los siguientes años; por el contrario, en Huanta, el número de víctimas incrementó: en 1984 se registraron 1476 muertos y desaparecidos (Comisión de la Verdad y Reconciliación, 2003).

Otra provincia de la región donde la violencia tuvo cierta magnitud fue Andahuaylas. Aquí, los senderistas se instalaron aprovechándose del movimiento social que los campesinos habían protagonizado desde los años sesenta contra las

haciendas. Pero las cifras de víctimas no son tan elevadas como en el Pampas-Qaracha o en Huanta. Más bien, Lucanas y Parinacochas aparecen como menos expuestas al conflicto. Aunque eran un corredor de acceso hacia Andahuaylas y la cuenca del río Pampas, para los subversivos no conformaban una zona prioritaria debido a su lejanía y a la extensión del territorio.

En suma, la violencia se yuxtapuso a la fragmentación regional descrita antes. Tanto es así que tenemos una región históricamente constituida, que al mismo tiempo no es una región, pues sus microrregiones dependen de otros polos de desarrollo y tienen dinámicas particulares. Sin embargo, en la representación persiste la idea de la unidad entre norte y sur y entre oriente y occidente. ¿Por qué?

3.4.4. *La región existe en la cultura y en las mentalidades*

La respuesta a la pregunta planteada en la sección anterior tiene que ver con las otras dimensiones relacionadas con la definición de región: la de la antropología cultural norteamericana y la de los franceses Armand Frémont y Pierre Bourdieu.

Páginas atrás, en el primer capítulo, mencionamos que, para la antropología cultural norteamericana, la región es, ante todo, un territorio donde existe y se desarrolla una cultura. Este planteamiento fue tomado en nuestro medio por José María Arguedas (1975 [1958]), quien considera que la región de Huamanga es el área cultural *pocra-chanca* al poseer elementos culturales en común: el idioma quechua-chanca, la unidad folklórica musical, la arquitectura popular, el danzante de tijeras, los cajones de San Marcos o los adornos de ceras de las andas procesionales. Esta propuesta ha sido valorada por la arqueología y la historiografía regional, que dan por sentada

la existencia histórica de esta área formada en el siglo XII con la Confederación Chanca, consolidada en el siglo XVI a partir del mercado interno y legitimada en el siglo XVII con la creación de un obispado que abarcaba dicha jurisdicción.

Sin embargo, la desarticulación del espacio regional ocasionó también una transformación cultural en aquellas provincias que empezaron a depender de los polos de desarrollo externo. Esta transformación se acentuó cuando los pobladores de la región empezaron a migrar hacia las ciudades de la costa o la sierra central, o cuando *mass media*, como la radio y televisión, ampliaron su cobertura y audiencia en el interior de la región. Tanto es así que en Huanta, La Mar, Lucanas o Andahuaylas se imponen gustos musicales foráneos, un patrón arquitectónico distinto al habitual, artículos industrializados, la dialectización del quechua y variados cultos evangélicos. El mismo Arguedas advirtió en su momento que las carreteras y los nuevos medios de transporte modifican la cultura y disgregan el área cultural. Y aunque el autor de *Yawar fiesta* creía que mestizos exitosos, como el imaginero Joaquín López Antay, podían retener los elementos de su cultura sin ser arrollados por la modernidad, no dejó de mencionar que «las provincias de Huancavelica y la propia Huamanga están sufriendo la influencia penetrante de la mestiza Huancayo», mientras que Lucanas y Parinacochas «han caído definitivamente en el área de influencia de Nazca, a través de la cual opera Lima y de este modo se está creando un nuevo tipo de fusión en el Perú» (Arguedas 1975 [1958]:152-153).

Los franceses Frémont (1974) y Bourdieu (2006), por su parte, creen que para que haya región debe existir un territorio regional percibido, sentido y vivido por sus habitantes a partir de un *ethos* al que se le llama identidad regional. Dicha

identidad proviene, sobre todo, de la apropiación de un pasado que hace que la población de la región tenga algo en común, se diferencie de las otras regiones y reivindique a su región en el marco del Estado-nación. Y la región de Huamanga no fue ajena a este proceso.

Precisamente, a inicios del siglo XIX, Ramón Muñoz (1947 [1803]), a quien hemos citado en las páginas anteriores, inició el proceso de representación de la región al redactar un breve libro donde menciona a la provincia de Pocrá, «que hoy es Huamanga», conquistada por los incas. Lo interesante es que Muñoz, al conectar este pasaje con los acontecimientos históricos coloniales, construyó un relato histórico en el que los pobladores originarios de la provincia de Pocrá, conquistados por los incas, aparecen como los ascendientes de los huamanguinos de su época. Este relato fue reproducido por escritores posteriores, con la salvedad de que estos recurrieron a los *Comentarios reales*, del Inca Garcilaso de la Vega, para transformar el nombre de la provincia en un gentilicio aplicable a los beligerantes pobladores de la región, que en el siglo XV enfrentaron el expansionismo de los incas. El primer autor que realizó tal modificación fue el jurista Gervasio Álvarez Orderiz, quien en 1847 redactó una guía cronológica de Ayacucho. Casi cien años después, fueron los intelectuales locales quienes confirmaron a los pocras como habitantes originarios de la región.

En la primera mitad del siglo XX, y con el auge de un indigenismo con rasgos positivistas y tintes regionalistas, una generación de intelectuales y escritores locales publicó obras sobre arqueología, historia y folclore de la región, a fin de que sus minoritarios lectores identifiquen un espacio regional, configurado en tiempos prehispánicos, y posean una identidad regional asociada al recuerdo de los míticos héroes de aquel pasado.

Dichos autores, que descendían de los integrantes del grupo de poder regional del siglo XIX, plantearon al Estado demandas de reivindicación histórica, económica y social, pese a que algunos de ellos desempeñaban un puesto importante en la estructura de poder. Por ejemplo, el sacerdote Fidel Olivas Escudero era el obispo de la diócesis, el abogado Pío Max Medina fue ministro de Fomento durante el oncenio de Leguía y el jurista Juan José del Pino era magistrado de la Corte Superior de Justicia.

Estos autores terminaron de transformar a los pocras en los pobladores prehispánicos de la región. Así aparecen en las obras de Olivas y Medina, pero la transformación alcanza su cénit en la tesis del antropólogo Víctor Navarro del Águila (1939), en la que los pocras aparecen junto con los huancavilcas, iquichanos, rucanas y chancas como los integrantes de la Confederación Pocra-Chanca que abarcó los territorios de Huancavelica, Ayacucho, Chincheros y Andahuaylas. Esta representación fue posteriormente popularizada por diversos medios (publicaciones, exposiciones, debates, veladas literarias) y asumida como real por los pobladores de la región. Hace diez años, el eslogan de una emisora radial decía que la estación transmitía «desde la tierra de los valientes y aguerridos pocras». Gracias a ella, tal vez los habitantes del sur —considerados como descendientes de los rucanas— se identifican como ayacuchanos, pese a que se relacionan más con Ica y la costa central y menos con la antigua Huamanga.

Tal como mencionamos páginas atrás, la popularización de los pocras no fue un fenómeno exclusivamente contemporáneo, sino que tomó su tiempo en la experiencia histórica regional. Podemos sostener que el clérigo Muñoz creó esta tradición y la comunicó entre sus feligreses, quienes a su vez la difundieron por vía oral entre un público mayor. Por el contrario,

cabe la posibilidad de que la tradición circulase como relato oral entre la población y que Muñoz simplemente la haya tomado y escrito. De un modo u otro, todo parece indicar que dicha representación fue trasladada de la capital a la región y compartida por la población que, por su parte, delineó la imagen de una región con cierta semejanza u homogeneidad.

En todo caso, para la difusión de la tradición y la construcción de la representación unitaria fueron necesarios los vínculos sociales, encuentros y redes parentales que los pobladores de la región establecieron en todo momento y lugar, porque eran personas que estaban en permanente movimiento y encuentro debido a los intercambios mercantiles. Así, un arriero de Carmen Alto pudo haber escuchado la prédica del cura Muñoz y contado la tradición a un hacendado de Andahuaylas, al propietario de un chorrillo de Vilcas Huamán o a un estanciero de San Juan de Lucanas cuando visitó estas localidades negociando diversos bienes. De igual forma, un hacendado de Huamanga pudo haber oído el relato histórico y haberlo comentado en su predio de Huanta entre sus campesinos. Y cabe la posibilidad de que el mismo Muñoz haya difundido su historia en los pueblos de Huancavelica, cuando acompañó al obispo José Vicente Silva y Olave en su visita pastoral en 1816. Como fuese, el éxito de la representación de una región con una historia en común dependió de los contactos que la gente portadora de ella estableció en la cotidianidad.

Cerramos este apartado mencionando las recientes investigaciones del antropólogo Alfredo Alberdi, que confirman la existencia de una etnia llamada Pacora o Pocora (de donde provendría la palabra pocra) en la cuenca de Ayacucho y el valle de Pongora, durante el siglo XII. Estaba formada por los descendientes de los antiguos huaris, quienes fueron recluidos

en las tierras donde los españoles fundaron la ciudad de Huamanga (Alberdi, 2010). Si esta teoría es cierta, el recuerdo de los pocras alude al antiguo Estado preinca que reside en la memoria colectiva de generaciones de huamanguinos, quienes de este modo viven y sienten su región.

3.5. La sierra central

Ubicada entre la costa, los Andes y la Amazonía, la región de la sierra central constituye desde la Colonia tardía una unidad económica y cultural, con una base histórica previa a la llegada de los españoles, pese a que en su territorio existen subregiones articuladas o proyectadas hacia otras regiones (Huancayo hacia Huanta, Pasco y Huánuco hacia la selva nororiental). Por su misma ubicación estratégica, en el centro del territorio peruano, donde pasan los caminos provenientes de los cuatro puntos cardinales, constituye un nexo entre la costa, la sierra y la selva.

En sus inicios, la región de la sierra central comprendía un territorio de más de 100 000 km². Al finalizar el siglo XVIII, la intendencia de Tarma estaba dividida en los partidos de Tarma, Huaylas, Jauja, Cajatambo, Conchucos, Huamalíes y Huánuco. Posteriores reestructuraciones político-administrativas han cercenado dicho territorio hasta en cuatro departamentos (Áncash, Junín, Huánuco y Pasco), mientras que provincias como Cajatambo o Yauli fueron incorporadas a la jurisdicción de Lima o de Junín, respectivamente.

La región se halla atravesada por las cordilleras central y occidental de la cadena de los Andes, que se unen en el denominado nudo de Pasco. Ambas cadenas configuran un territorio accidentado, con altas cumbres nevadas que llegan

hasta los 5723 m s. n. m. (cordillera del Huagurunchu), amplias mesetas, como la de Bombón, que se prolonga hacia el sur de Pasco, valles prolongados con amplias terrazas fluviales y una zona de selva alta oriental que se halla entre los 250 y 700 m s. n. m. Asimismo, la región se halla surcada por caudalosos ríos que en su discurrir forman importantes valles: Tambo, Perené, Ene, Yanamarca, Mantaro y Huallaga. Los tres últimos constituyen valles importantes por concentrar altos porcentajes de población y los cultivos que ahí se obtienen.

En términos esquemáticos, podemos distinguir hasta tres zonas en la sierra central: una de tierras altas y frías, donde la minería y ganadería son las actividades preponderantes; una zona quechua, especialmente hacia el sur (Jauja y Huancayo), que es agrícola; y una selva alta hacia el norte (Huallaga) y al este (Chanchamayo), donde predominan los cultivos de caña, cacao, café, tabaco y coca.

3.5.1. La configuración de la región, siglos XVIII-XIX

La región de la sierra central se asienta sobre un amplio territorio ocupado en tiempos prehispánicos por un conjunto de pueblos políticamente autónomos y en permanente competencia entre sí, conocidos con el nombre genérico de huancas, que eran liderados por unos «jefes» pertenecientes a las noblezas locales. Cada jefatura contaba con núcleos residenciales en los que se asentaban las élites locales junto con agricultores y pastores. A la llegada de los incas, cada población y cada élite actuó de forma independiente; algunos decidieron negociar con los cusqueños para continuar con sus actividades productivas y obtener beneficios, aceptando la construcción

de edificios incas para fines estatales y el uso de la cerámica proveniente del sur (Perales, 2011).

Con la llegada de los españoles, nuevamente las élites locales volvieron a negociar con los extranjeros. Es conocida la alianza que los curacas Guacrapaucar tejieron con Pizarro y sus huestes, en 1533. Con ella, los conquistadores contaron con alimentos y hombres, y lograron vencer a los incas, en especial a las tropas rebeldes de Manco Inca. Pero los grupos étnicos también supieron sacarle provecho a la adhesión, al obtener tierras, privilegios y hasta un escudo de armas de parte del rey de España. Gracias a esta alianza, los indígenas retuvieron el control de las fértiles tierras bajas en la época colonial, y el núcleo de la región devino en una zona de medianos y pequeños propietarios, situación que contribuyó al mestizaje armónico de la población y de la cultura, tan admirado por José María Arguedas.

A pesar de tan intensa base histórica, la región de la sierra central recién se configuró en la vuelta de los siglos XVIII al XIX, a partir de la mina de Cerro Pasco y de la producción agropecuaria del valle del Mantaro. En la Colonia, la zona formó parte del circuito mercantil organizado alrededor de la explotación de Huancavelica; pero al finalizar el siglo XVIII, la contracción de esta mina ocasionó el reordenamiento del eje mercantil en torno a Cerro de Pasco, cuya producción minera empezó a ascender en las postrimerías de la referida centuria.

Dos son los ciclos de producción minera identificados: primero, un ciclo de ascenso que empieza hacia 1784-1788 y que llega a su cúspide hacia finales de la década de 1810, para luego caer hasta su punto más bajo entre 1814-1818. El segundo ciclo de expansión, con altibajos, alcanza su cúspide entre 1839 y 1843, para otra vez decaer hasta los años previos a la guerra del

Pacífico. Nelson Manrique manifiesta que, «A pesar de todo, la presencia de la minería de la sierra central fue gravitante en la economía regional durante toda la centuria» (1995:103).

En todo este tiempo, Cerro de Pasco se convirtió en el nuevo nodo de arrastre del mercado regional al demandar bienes de capital y de subsistencia. Jauja, Huánuco y el Huallaga enviaban productos agropecuarios y coca a la mina; Tarma colocabá madera; Huamanga, textiles y artículos en cuero; la provincia de Huaylas, azúcar; Cajatambo, Canta y Chancay, sal. El eje incluía a Lima, Pisco e Ica: la capital enviaba efectos del país (garbanzos, pallares, chocolate, velas, jabón, cordobanes, zapatos), elaborados en diferentes sitios (por ejemplo, Piura y Lambayeque), mercaderías extranjeras, bienes de capital y las remesas de azogue que eran necesarias para la amalgama de la plata; de Pisco e Ica llegaban botijas de aguardiente. Diversas fueron las rutas que empleaban comerciantes, arrieros y viajeros para cumplir con su cometido. Los bienes de la costa central eran embarcados en Pisco, desembarcados en el Callao y transportados de Lima a Cerro de Pasco. El aguardiente llegaba también a través de la vía Pisco-Huaytará-Castrovirreyna-Huancavelica-Jauja. Los productos del sur pasaban por Jauja, en tanto que los del norte llegaban directamente al centro minero a través de la ruta Huánuco-Ambo-Huariaca-Chiquián.

Pese a la importancia de la coca y a la existencia de esta última vía, las relaciones mercantiles entre Cerro de Pasco, Huánuco y el Huallaga no alcanzaron la magnitud que adquirió el intercambio con Tarma y el valle del Mantaro, de tal forma que, a mediados del siglo XIX, Huánuco se convirtió en un nuevo departamento, quedando el de Junín con Jauja, Tarma y Cerro de Pasco.

La región de la sierra central se convirtió en teatro de operaciones de las fuerzas libertarias y realistas en la guerra de la

Independencia. En la zona, además, se formaron partidas de guerrillas, bajo la dirección de Francisco de Paula Otero, para apoyar a los patriotas y fustigar a los realistas. En el húmedo llano de Chacamarca, cerca del lago Chinchaycocha, se realizó la batalla del 6 de agosto de 1824 entre la caballería realista de Canterac y la caballería patriota al mando de Necochea. Por tales razones, la economía de la región quedó en ruinas, puesto que ambas fuerzas demandaron hombres, ganado, víveres y vituallas. La minería y la agricultura se vieron trastornadas por el conflicto, mientras que la ganadería fue duramente afectada.

La recuperación siguió a la guerra. Debido a la dispersión de las vetas de plata, la producción de Cerro de Pasco se reinició poco después de la independencia con la intervención de comerciantes y arrieros que se encargaron de invertir en la mina o de organizar una red para el acopio y traslado del mineral hacia las callancas de fundición. Puesto que los niveles de producción de la mina ascendieron con rapidez en los siguientes años, al punto que en 1842 se registró un récord de producción de 387 919 marcos de plata, los comerciantes y arrieros acumularon un capital que trasladaron especialmente a la ganadería, ocasionando una transformación en la estructura social de la región.

En efecto, con el dinero proveniente de la minería, comerciantes y arrieros adquirieron las haciendas ganaderas localizadas en las zonas altas del valle del Mantaro, que estaban hipotecadas o quebradas debido al descenso de sus rentas. Con el repunte de la ganadería apareció en la región un grupo social de terratenientes que implementaron diversas estrategias para capitalizar sus bienes. Así, algunos nuevos propietarios, como Manuel Valladares Pérez, asumieron un comportamiento empresarial al mejorar su ganado e incursionar en el comercio o en la minería para obtener mayores ganancias y consolidarse

como grupo de poder. Otros, como Demetrio Olavegoya Iriarte, se asociaron con mercaderes para comercializar la lana de sus haciendas y demás bienes como leche o mantequilla. Un tercer grupo de hacendados prefirió dejar sus predios en manos de arrendatarios o administradores y vivir de sus rentas, tal como sucedió con los hermanos Julián y Teodoro del Valle Seoane. Por último, estaban los dueños de una o dos haciendas extensas, pero poco productivas, quienes además eran los caciques locales, como los Ibarra (Manrique, 1987).

El ganado y demás bienes agropecuarios de las haciendas fueron comercializados, principalmente, en el mercado regional; pero a mediados del siglo XIX empezaron a ser exportados a Lima, en plena coyuntura de mayor demanda y de alza de precios debido al *boom* del guano y con mayor fluidez a raíz de la construcción del ferrocarril central. El consumo limeño reprodujo el capital que fue invertido en una nueva actividad lucrativa que apareció en el período, a raíz de la recuperación de la selva central que emprendió el gobierno de Ramón Castilla.

Ciertamente, los terratenientes del ganado incursionaron en el cultivo de caña de azúcar y en la producción de aguardiente en los valles de Chanchamayo, Oxapampa, Satipo y Pariahuanca en la selva central. Este bien se vendía en la región y en los vecinos departamentos de Huancavelica e Ica. Además, con el aguardiente los terratenientes hacían un buen negocio, ya que producían una mercancía con valor de cambio a través de fases productivas (cultivo de la caña, molienda, producción de chancaca, transporte, destilación, envase, distribución) que generaban un efecto multiplicador sobre otros rubros (producción de alimentos para los trabajadores, arrieraje). Y, lo más importante, tenían una ganancia segura, pues la bebida era demandada por terratenientes y campesinos para iniciar

y desarrollar labores productivas, para las faenas comunales o para fortalecer los lazos parentales. No obstante, no fue fácil conseguir mano de obra para los cañaverales; los terratenientes tuvieron que recurrir a diversos medios, como el endeudamiento o el enganche, para tener trabajadores.

En la sierra central, la expansión ganadera no ocurrió a costa de las tierras de los campesinos; al contrario, estos siguieron produciendo en sus predios ubicados en la parte baja del valle y colocaron sus bienes en el mercado regional. Al mismo tiempo, se dedicaron a la artesanía y al comercio. Al participar de los circuitos mercantiles como productores, comerciantes o arrieros, lograron fortalecer su economía familiar y evitaron ser siervos en las haciendas o peones en las minas. Asimismo, incorporaron a su cultura elementos ajenos y elaboraron una visión más amplia de su entorno y su mundo. Estas transformaciones estructurales fueron decisivas para la aparición de un nacionalismo campesino en la guerra del Pacífico.

3.5.2. Guerra y recuperación

La sierra central fue uno de los espacios más impactados por la guerra del Pacífico, puesto que luego de la ocupación chilena de Lima fue el escenario de una encarnizada resistencia de los campesinos aliados con un sector de terratenientes, bajo el liderazgo de un exitoso militar que, aunque originario de Ayacucho, tenía fuertes lazos con algunos propietarios de la región: Andrés A. Cáceres.

En efecto, tras la toma de la capital, Cáceres —quien fue nominado por el gobierno de Piérola como jefe político y militar de los departamentos del centro del Perú— se trasladó a la zona central para organizar el ejército de la resistencia, pues

la región contaba con mayor autonomía con respecto a Lima, con los recursos necesarios como para afrontar una campaña de desgaste de las tropas invasores y con un campesinado autónomo portador de una visión nacionalista que equiparaba a la región con la nación y distinguía a los chilenos de los peruanos. «Sobre esta base objetiva fue posible que combatesen conjuntamente indios y blancos, campesinos y terratenientes. Allí donde no existían las condiciones para afirmar una identidad nacional, esta pudo surgir por negación: en relación al “enemigo común”» (Manrique, 1981:384).

Para aplastar la resistencia, el alto mando chileno envió la expedición de Ambrosio Letelier, que llegó hasta Cerro de Pasco cometiendo numerosas tropelías a su paso. Luego de ser derrotada por las fuerzas de la resistencia en Quebrada Honda y en la hacienda Sangrar (Canta), la expedición de Letelier retornó a Lima completamente derrotada y bastante desmoralizada. Por tanto, el almirante chileno Patricio Lynch envió otra expedición a la sierra central, mientras que Cáceres se replegaba hacia el valle del Mantaro.

La fuerza chilena de 2293 soldados al mando del coronel Estanislao del Canto marchó hacia Concepción, siendo hostilizada por la resistencia en Pucará, el 5 de febrero de 1882. Pese a la arremetida de los guerrilleros, los chilenos ocuparon Huancaayo. Entonces, Cáceres reorganizó sus fuerzas en Ayacucho y marchó hacia la sierra central con la intención de encerrar a los chilenos en el valle del Mantaro y cortarles la retirada hacia el norte o Lima. La estrategia rindió sus frutos; las guerrillas campesinas atacaron a los invasores, quienes retrocedieron y fueron derrotados en Marcavalle, Pucará y Concepción, el 9 de julio de 1882. Finalmente, los chilenos desocuparon el valle y se retiraron a la capital.

Pero en el segundo semestre de 1882, las circunstancias cambiaron. El celendino Miguel Iglesias exigió asumir la derrota y suscribir la paz con los chilenos. Estos aprovecharon la ocasión y lo convirtieron en el jefe de Estado peruano; luego, enviaron tres nuevas expediciones para atacar a Cáceres por tres sitios distintos: Canta, Sisicaya y Chosica. Las fuerzas de la resistencia marcharon hacia el norte, siendo acorraladas y derrotadas en Huamachuco, el 10 de julio de 1883.

Las fuerzas de Cáceres estuvieron formadas por terratenientes y campesinos aliados en torno a la defensa de sus tierras y recursos que estaban siendo destruidos por las tropas chilenas. Sin embargo, la alianza fue efímera, pues con la aparición de Iglesias los terratenientes decidieron seguir al caudillo cajamarquino y demandar la paz con Chile. Entonces, los campesinos ocuparon las haciendas, dirigieron sus armas contra sus propietarios e iniciaron un conflicto de clases sociales que culminó con la aparición de una zona de autonomía campesina en el pueblo de Comas.

La ocupación chilena de la sierra central y la resistencia campesina impactaron tremendamente en la economía de la región. Las haciendas ganaderas quedaron descapitalizadas debido al quiebre de los circuitos mercantiles, al saqueo de recursos, como el ganado, y al pago de cupos en beneficio del Ejército chileno. Para afrontar la situación, los hacendados recurrieron a préstamos e hipotecaron sus bienes. Los acreedores, como el comerciante extranjero Guillermo Kirchner, se convirtieron en los nuevos dueños de los predios. Antiguos terratenientes y eminentes ganaderos, como los Valladares, perdieron casi todas sus propiedades a manos de un inescrupuloso negociante alemán. El grupo de poder regional no se pudo recuperar de tremendo golpe, y perdió definitivamente

su posición social. Serán los inversionistas foráneos quienes moverán la economía en las siguientes décadas.

Tras la guerra, la recuperación económica de la región dependió nuevamente de la minería. Hacia 1888, la explotación argentífera de Yauli se hallaba en pleno ascenso, de tal forma que la mina ahora valía como diez, de acuerdo a un comentario recogido por el empresario Pedro Dávalos y Lissón. El auge de la plata posibilitó el restablecimiento de la producción y del comercio, pues la mina demandaba bienes de consumo y algunos bienes de capital que se elaboraban en la misma región, además que impulsaba la demanda. Uno de estos bienes fue el aguardiente que se elaboraba en la selva central. Fueron precisamente los productores del aguardiente, comerciantes y mineros quienes conformaron el nuevo grupo de poder, en reemplazo de los terratenientes de antaño.

No obstante, fue efímero el poder de esta élite debido al despunte que la producción cuprífera, lanera y cafetalera tuvo a inicios del nuevo siglo, de la mano con el capital foráneo.

3.5.3. Café, minería, lanas e inversión extranjera, siglo xx

Al iniciarse el nuevo siglo, café, cobre y lana aparecieron como los nuevos *commodities* que relacionaron la economía regional con el mercado mundial, merced a la intervención del capital foráneo proveniente del extranjero o de Lima.

La explotación de estos recursos ocurrió, por un lado, en el contexto de la segunda revolución industrial, que generó una cada vez más importante demanda de metales para la creación y producción de máquinas. Y, por otro lado, en el contexto de la reestructuración de la deuda peruana a través del controvertido Contrato Grace (1887). Con este acuerdo se entregaba a los

acreedores la administración de activos (como el ferrocarril central) y la explotación de las tierras de montaña en varias zonas de la Amazonía. Estos últimos, reunidos en la Peruvian Corporation Limited, asumieron la explotación del valle del Perené y se hicieron cargo del ferrocarril central, ampliando la vía de Chilca a La Oroya en 1893, hacia Cerro de Pasco en 1904, Huancayo en 1908 y Huancavelica en 1926.

Con la llegada del «tren macho», Huancayo se consolidó como la plaza comercial más importante de la sierra central, al estar ubicada en el nudo entre la costa, la puna y el llano amazónico, entre el norte y el sur del país, y por estar rodeada por fértiles y extensas tierras. Su famosa feria dominical creció y se transformó en un mercado para una vasta gama de productos, con la participación de campesinos provenientes de los pueblos aledaños y de comerciantes llegados de departamentos vecinos como Huánuco, Pasco, Lima, Huancavelica y Ayacucho.

Además, los acreedores formaron la Perene Colony para ampliar los sembríos de café en Chanchamayo, Tarma y La Merced, en tierras donde anteriormente se producía caña de azúcar o que eran ocupadas por nativos asháninkas, aprovechando la subida de precios del mercado mundial, entre 1910 y 1920. A mediados de siglo se consolidó la producción para el mercado mundial, puesto que el café peruano ganó fama internacional. La intervención extranjera en la producción de café culminó con la reforma agraria de 1969; a partir de entonces, la producción quedó en manos de pequeños productores.

La llegada del ferrocarril a La Oroya y Cerro de Pasco y la subida del precio del cobre en el mercado mundial propiciaron el desarrollo de la actividad cuprífera en la sierra central, que corrió a cargo de empresas e inversionistas extranjeros. Desde 1901, Cerro de Pasco Mining Corporation, Backus & Johnston

y James Haggin adquirieron concesiones mineras en Cerro de Pasco, Morococha, Casapalca y la Docena, desplazando a los inversionistas nacionales. Hacia 1915, el *holding* Cerro de Pasco Cooper Corporation adquirió acciones de Morococha y Casapalca y liquidó a los demás empresarios. En 1922 instaló una planta de fundición en La Oroya, llegando a procesar en poco tiempo cobre, plomo y 22 tipos de metales diferentes, logrando monopolizar la producción y el procesamiento de minerales en la sierra central hasta 1974, cuando fue estatizada por el gobierno de Juan Velasco Alvarado y convertida en la empresa estatal CENTROMÍN Perú.

Se ha señalado el carácter de enclave de la producción minera, en tanto que las ganancias de la empresa fueron invertidas en el extranjero: la tecnología, los insumos, los equipos y hasta la ropa de los trabajadores se importaba. Sin embargo, la empresa demandó la mano de obra de los pobladores de la región, quienes se integraron a la mina a través del mecanismo del enganche y, luego, como proletarios mineros. El circulante que la mina lanzó al mercado regional a través de los salarios de sus trabajadores sirvió para activar la producción y el comercio de bienes de consumo y acrecentar la diferenciación campesina.

Junto con la minería, la ganadería y la comercialización de lana despuntaron como actividades predominantes de la economía regional, favorecidas en los años cuarenta por la demanda de lana del mercado mundial y la introducción del ovino Junín, una raza mejorada de ovejas que producen carne y lana de buena calidad. Sin embargo, en esta ocasión fueron asociaciones, como la Sociedad Ganadera Junín, la Sociedad Ganadera del Centro, la Negociación Fernandini o la Negociación Ganadera Tucle, formadas por terratenientes y empresarios limeños, quienes se hicieron cargo de la actividad productiva. Incluso el

holding extranjero Cerro de Pasco Corporation incursionó en el negocio a través de una cruel estrategia: la contaminación de las tierras de las comunidades con el cóctel tóxico que botaba la planta de La Oroya, para luego adquirir, a bajo precio, pastos y ganado y obtener mayores beneficios.

De este modo, con la presencia del capital foráneo se reestructuró la economía de la sierra central en relación al mercado internacional, y el grupo de poder regional fue desplazado del control de las actividades productivas. En medio de la extracción de minerales y de los circuitos mercantiles dinamizados por el ferrocarril, se consolidó la identidad regional y el mestizaje cultural, como veremos en las siguientes líneas.

3.5.4. *La identidad y cultura mestiza*

La región de la sierra central no solo existe por las actividades productivas y los circuitos comerciales descritos antes, que generaron una acumulación de capital en la región, al menos en el siglo XIX; sino, sobre todo, por la fuerte identidad regional que se nutre de la memoria histórica de sus pobladores y del mestizaje de su cultura.

Como señalamos líneas arriba, la memoria histórica colectiva alude a las poblaciones prehispánicas conocidas con el nombre de huancas, que eran autónomas y que en 1533 tejieron una alianza con los conquistadores. No obstante, en el imaginario regional, los huancas aparecen formando un reino centralizado que opuso una valerosa resistencia al expansionismo inca cusqueño entre 1460 y 1470, para finalmente ser dominados y deportados en masa a la zona de Chachapoyas. Esta historia, impresionante y dramática, exalta la rebeldía y el coraje como rasgos distintivos de la «nación huanca» y sirve para construir

una identidad étnica y regional que se plasma en las publicaciones, en los discursos, en la enseñanza escolar y en las celebraciones públicas y privadas. Los pobladores de la sierra central, y en especial los habitantes de valles como Mantaro y Yanamarca, se representan como descendientes de estos míticos huancas, jamás sometidos ni por los incas ni por los españoles. Ya hemos visto que la autonomía de estos pueblos contribuyó en la soberanía y autogestión de las poblaciones campesinas.

Asimismo, la identidad colectiva de la sierra central se construye sobre el relato de la participación de la población en la resistencia de la Breña contra las fuerzas del Ejército chileno. También hemos visto que los campesinos formaron guerrillas para combatir a los invasores, movidos por un nacionalismo popular. Incluso el líder de la resistencia, Andrés A. Cáceres, aparece como un héroe popular identificado con la idiosincrasia de la población regional. Tal representación se expresa en danzas como la majtada y los avelinos, que se bailan en los valles de Yanamarca y Mantaro, respectivamente, y en las que unos bailarines ataviados con distinta vestimenta escenifican pasajes de la campaña de la Breña. Si bien aparecieron a finales del siglo XIX como expresión de los campesinos que emulaban a los combatientes del ejército de Cáceres, en la siguiente centuria fueron bailadas por los terratenientes y, finalmente, por los migrantes instalados en otras ciudades del país, convirtiéndose en símbolos de la identidad regional.

La música y danzas de la sierra central expresan una cultura mestiza muy singular, que apareció como resultado de la experiencia histórica y afirma una identidad regional. Las danzas contienen un sistema simbólico que representa las actividades productivas y comerciales que generan el orgullo local (el hualarsh). Al mismo tiempo, conmemoran pasajes emblemáticos

de la historia regional y nacional (los avelinos, la majtada, la captura del inca en Carhuamayo y Santa Ana de Tusi). Pero también contienen elementos de crítica social y construyen un imaginario que se alimenta de antiguas narraciones mitológicas: por ejemplo, la chonguinada es una pantomima del minué europeo que se burla de los españoles; la tunantada, con sus personajes con ademanes y las sutilezas del vestuario, sirve para parodiar al occidental jactancioso; la danza de los shapis representa a los colonos codiciosos y a los nativos de la Amazonía; y la huaconada alude al poder y la experiencia de los mayores encarnados en los huacones enmascarados.

Todas estas danzas se complementan con la música de la región, cuyas piezas se renuevan constantemente y son interpretadas de forma singular. La orquesta típica del centro del país es rápidamente reconocida por combinar, con armonía, instrumentos de cuerda (arpa y violín) con los de viento (clarinete y saxofón). «Arpegia el arpa y dulce entra el violín, muy hondo cala en todo mi ser la orquesta típica del Centro [...] requiebros de clarinetes y el saxofón gime, se queja rasgando la voz la orquesta típica del Centro», dicen las letras de *La llave de mi corazón*, una popular tunantada de Alicia Maguiña. Así se amalgama lo andino con lo occidental y se simboliza aquel mestizaje cultural que, para escritores como José María Arguedas, constituye el orgullo de los pobladores y una alternativa de desarrollo para la región y el país.



Epílogo: las regiones vivas y activas

En las páginas anteriores hemos visto cómo emergieron las regiones, en el contexto de formación del Estado-nación, y cómo se constituyeron a partir de una combinación de elementos: desde los vínculos sociales establecidos a partir de los circuitos mercantiles o de exportación de ciertos bienes, pasando por las relaciones étnicas hasta la fuerte identidad proyectada hacia la sociedad regional. Este proceso coexistió, en los siglos XIX y XX, con el desarrollo de la nación peruana homogénea, republicana y democrática. Por ello es que ha persistido el centralismo como una forma de organización del Estado peruano, en el que existe un lugar central desde donde se irradia y construye la nación y se subordina a los espacios regionales. Sabemos muy bien que a lo largo de nuestra historia republicana ha persistido la tendencia centralista, combinada con tímidos y efímeros intentos de descentralización, en 1873, 1886 y 1990.

Sin embargo, desde 1990 asistimos a la crisis de la nación de la mano con el sistema que la sustenta de tipo industrial, republicano, liberal, democrático y de trasfondo judeocristiano. El contacto planetario de la globalización amplió las bases culturales y replanteó el ordenamiento social y el reordenamiento territorial precedente. Atrás quedaron todos los debates sobre descentralización y regionalización, aunque al finalizar el

siglo xx y al iniciarse la nueva centuria se discutió bastante al respecto, porque la reemergencia de las regiones pasa por buscar un posicionamiento y reconocimiento de la política peruana. A pesar de la autocracia fujimorista que canceló el proceso de regionalización de 1990 y centralizó nuevamente el Estado peruano, las regiones insisten en buscar la descentralización administrativa y fiscal que les permita regir sus propios destinos y contar con un ámbito favorable para la negociación externa, a fin de participar políticamente en la nación. Para ellas, la regionalización es un tema central porque les genera un espacio de empoderamiento.

En nuestros doscientos años de historia republicana, ha sido el Estado el que ha constituido políticamente y delimitado territorialmente a la región en determinadas coyunturas de auge económico, las cuales propiciaron una mayor centralización estatal: por ejemplo, a mediados del siglo xix, durante el apogeo de los ingresos del guano. En tal proceso, el Estado solo recuperó y actualizó las viejas divisiones administrativas que no reflejaban la vitalidad de las relaciones humanas en el marco de las articulaciones mercantiles, sino que, más bien, las limitaba. Las regiones realmente existentes acataron las delimitaciones territoriales y administrativas del Estado, pero no las identificaron ni asumieron a plenitud.

Por su parte, y coincidiendo con este momento, la región global emerge dentro del lógico reordenamiento necesario para una progresiva globalización a escala planetaria. Sus formas recuerdan a las regiones intranacionales y, en particular, a los modelos de relación y articulación regional y espacial sistémica virreinal, anteriores a la república. En la actualidad, la región global, de carácter supranacional, revitaliza la región intranacional, potenciando la reconstrucción o invención de

las identidades establecidas y de nuevas redes sociales, articuladas y vinculadas en sí, dentro de sí y entre sí, que se estructuran a partir del encuentro físico y mediático de los diferentes grupos humanos en un marco económico único y capitalista. En este contexto, y tal como ocurrió con la nación en el siglo XIX, la gobernanza global tiene que incluir muchas regiones con su propio decurso humano y aprendizaje de la realidad.

En el caso del Perú, la reinención regional sucede en paralelo a otras reinenciones de los actores de un sistema en crisis de transformación: de comerciante a empresario, de obrero a empleado, de comerciante informal a emprendedor, de nativo a defensor del planeta y de campesino a luchador por el orden y la justicia social. El juego social va de la mano con la reorganización planetaria bajo una gobernanza global en definición, donde la sociedad postindustrial ha dejado atrás las ideologías y la praxis política industrial y requiere rearticular la vida social a escala planetaria. Este reordenamiento echa mano de las múltiples naciones como formas base de la sociedad y las agrupa a partir de sus elementos culturales. Implica, además, la creación de ciudades y regiones globales, como la región hispanoamericana dividida y subdividida entre México, América Central y América del Sur, donde los que aún optan por el modelo de vida de la segunda mitad del siglo XX lidian con aquellos que se acomodan y reacomodan a las nuevas definiciones planetarias y optan por el ecologismo o la apuesta por la fraternidad universal.

Asimismo, en nuestro país, las sociedades regionales se han reinventado y se hallan dispuestas a ocupar un lugar en la nueva gobernanza global que potencia su existencia. Al mismo tiempo, despliegan sus temores porque no comprenden a cabalidad las nuevas reglas de juego ni los reacomodos

sociales generados por la globalización. Más aún, si el tránsito de una sociedad industrial, con todos sus componentes (nación, república, ideología, etc.), a una era posindustrial y global desvanece nuestra concepción homogeneizadora, exclusiva y excluyente, y nos enfrenta a una nueva circunstancia en la que la diversidad resalta en la unidad.

En tal situación, regiones que se construyeron desde las relaciones cotidianas y comunes asociadas a la supervivencia de una economía mercantil (norte), desde las relaciones étnicas de pequeños o medianos productores (Ayacucho), regiones de base minera indígena (Cusco) o de base mercantil lanera (Arequipa) aparecen como vivas y activas y conforman la nueva fuerza articuladora a un mundo estructurado en regiones globales que reorganizan el territorio. Dichas regiones se han mantenido a lo largo de estos doscientos años de historia contemporánea como sustrato y fundamento de un Perú republicano que en el siglo XIX optó por el modelo industrial y democrático. En este nuevo milenio constituyen una original forma de organización del planeta.



Bibliografía

- AGUIRRE, Carlos (2015). «La historia regional en la perspectiva de la corriente francesa de los Annales». *Historia y Memoria*, (11), 273-297.
- ALBERDI, Alfredo (2010). *El mundo al revés. Guaman Poma anticolonialista*. Berlín: Wissenschaftlicher Verlag.
- ALDANA, Susana (1999). *Poderes de una región de frontera: comercio y familia en el norte* (Piura, 1700- 1830). Lima: Panaca.
- ALDANA, Susana (2013). «Pensando la región: una reflexión en torno al cambio y a la diversidad, al todo y a las partes». *Historia y Región*, 1(1), 201-220.
- ALDANA, Susana (2017). «Liberalismo, economía y región. El escenario norteño entre 1840 y 1930». En Carlos Contreras y Elizabeth Hernández García (eds.), *Historia económica del norte peruano. Señoríos, haciendas y minas en el espacio regional*, 189-253. Lima: BCR, IEP.
- ALDANA, Susana (2021). «El norte y las Independencias de la Independencia. 1800-1821». En Varios autores, *El proceso de la Independencia del Perú desde el Bicentenario*, Vol. 2, 823- 869. Lima: Universidad Ricardo Palma, Academia Nacional de la Historia.
- ARGUEDAS, José María (1975 [1958]). «Notas elementales sobre el arte popular religioso y la cultura mestiza en Huamanga». En José María Arguedas, *Formación de una cultura nacional indoamericana*, 148-172. México D. F.: Siglo Veintiuno Editores.

- ARGUEDAS, José María (1983 [1968]). «No soy un aculturado...». (Discurso pronunciado en el acto de entrega del premio Inca Garcilaso de la Vega. Lima, octubre de 1968). En José María Arguedas, *Obras completas v. El zorro de arriba y el zorro de abajo*, 13-15. Lima: Editorial Horizonte.
- ASSADOURIAN, Carlos Sempat (1982). *El sistema de la economía colonial: mercado interno, regiones y espacio económico*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- BASSI, Ernesto (2017). *An Aqueous Territory: Sailor Geographies and New Granada's Transimperial Greater Caribbean World*. Durham: Duke University Press.
- BOLÍVAR, Simón (1950). *Obras completas* (volumen 2). La Habana: Lex.
- BOURDIEU, Pierre (2006). «La identidad y la representación: elementos para una reflexión crítica sobre la idea de región». *Ecuador Debate*, (67), 165-184.
- BRADING, David A. (1991). *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- BULLER, Carlos (2011). *Vinos, aguardiente y mercado: auge y declive de la economía del vino en los valles de Arequipa (1770-1853)*. Lima: Centro de Estudios Andinos Qelca.
- CADENA, Marisol de la (2004). *Indígenas mestizos: raza y cultura en el Cusco*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- CARIÑO, Michelle (1996). «Hacia una nueva historia regional en México». *Clío*, 4(17), 7-29.
- COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN (2003). *Informe final* (tomos IV y V). Lima: CVR. Recuperado de <https://www.cverdad.org.pe/ifinal/>.
- DEGREGORI, Carlos Iván (2004). *Enciclopedia temática del Perú 8. Diversidad cultural*. Lima: El Comercio.
- DOMÍNGUEZ, Nicanor (2017). *Aproximaciones a la historia de Puno y del Altiplano*. Puno: Dirección Desconcentrada de Cultura de Puno.

- ESPINOZA Claudio, César (2008). «República, tierra y comunidad de indios. De las Cortes de Cádiz a Bolívar, Piura-Catacaos, siglo XIX». En Investigaciones sociales, XII (21), 237-268.
- ESPINOZA, Waldemar (2018). *Cajamarca: otras miradas etnohistóricas* (volumen 2). Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- FLORES, Alberto (1993). *Arequipa y el sur andino. Ensayo de historia regional, siglos XVIII-XX*. Lima: Sur Casa de Estudios del Socialismo.
- FLORES, Ramiro (2011). «Las complejidades del proceso de construcción regional: los casos de Trujillo y Arequipa durante la época colonial». En Cristina Ana Mazzeo (ed.), *Las relaciones de poder en el Perú: Estado, regiones e identidades locales, siglos XVII-XIX*, 39-86. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- FRÉMONT, Armad (1974). «Recherches sur l'espace vécu». *L'Espace Géographique*, (3), 231-238.
- GLAVE, Luis Miguel (1986). «Agricultura y capitalismo en la sierra sur del Perú (fines del siglo XIX y comienzos del XX)». En Jean-Paul Deler e Yves Saint-Geours (eds.), *Estados y naciones en los Andes. Hacia una historia comparativa: Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú* (volumen 1, 213-244). Lima: Instituto de Estudios Peruanos / Instituto Francés de Estudios Andinos.
- GLAVE, Luis Miguel (1989). *Trajines: caminos indígenas en la sociedad colonial, siglos XVI-XVII*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- GLAVE, Luis Miguel (2016). «El Cusco de 1814. Laboratorio de una nueva cultura política. Estudio introductorio». En Roberto Ojeda (ed.), *El Cusco insurrecto: la revolución de 1814, doscientos años después*, 17-61. Cusco: Dirección Desconcentrada de Cultura del Cusco.
- GONZALES DE OLARTE, Efraín (1988). *Economías regionales del Perú*. Tercera edición. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- IGUE, José Luis (2008). *Bandolerismo, patriotismo y etnicidad poscolonial. Los morochucos de Cangallo, Ayacucho, en las guerras de la*

- Independencia, 1814-1824*. (Tesis de licenciatura). Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- LORANDI, Ana María y Cora Virginia BUNSTER (2013). *La pedagogía del miedo: los Borbones y el criollismo en el Cusco, 1780-1790*. Lima / Cusco: Instituto Francés de Estudios Andinos / Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.
- MACERA, Pablo (1997). «El tiempo del obispo Martínez Compañón». En Pablo Macera, Arturo Jiménez Borja e Irma Franke (eds.), *Trujillo del Perú. Baltazar Jaime Martínez Compañón: acuarelas, siglo XVIII*, 13-53. Lima: Fundación del Banco Continental.
- MANRIQUE, Nelson (1981). *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile: campesinado y nación*. Lima: Centro de Investigación y Capacitación.
- MANRIQUE, Nelson (1987). *Mercado interno y región: la sierra central, 1820-1930*. Lima: DESCO.
- MANRIQUE, Nelson (1995). *Historia de la república*. Lima: COFIDE.
- MARZAL, Manuel (1997). *Historia de la antropología cultural*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- McEVOY, Carmen (2004). «Introducción». En Carmen McEvoy (ed.), *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940)*, XI-XXXIV. Madrid / Fráncfort del Meno: Iberoamericana / Vervuert.
- MEDINA, Luis (2012). «Formación de la industria textil moderna en Cusco, 1861-1945». *Revista Andina*, (52), 149-178.
- MEZA, Mario y Víctor CONDORI (2018). *Historia mínima de Arequipa*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- MIÑO, Manuel (2002). «¿Existe la historia regional?». *Historia Mexicana*, 51(4), 867-897.
- MUÑOZ, Ramón (1947 [1803]). *Huamanga vindicada*. Ayacucho: Junta Municipal Transitoria de Huamanga.
- O'PHELAN, Scarlett (2005). «La construcción del miedo a la plebe en el siglo XVIII a través de las rebeliones sociales». En Claudia Rosas Lauro (ed.),

- El miedo en el Perú, siglos XVI al XX*, 123-138. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú / SIDEA.
- O'PHELAN, Scarlett (2016). *Siete ensayos sobre la gran rebelión de los Andes: de Túpac Amaru a Túpac Catari*. Cusco: Dirección Desconcentrada de Cultura del Cusco.
- PERALES, Manuel (2011). «El antiguo “Reino Huanca”: deslindes y alcances sobre un mito en la historia prehispánica del Valle del Mantaro». *Apuntes de Ciencia & Sociedad*, 1(1), 66-69.
- PERALTA, Víctor (2005). «Prensa y redes de comunicación en el Virreinato del Perú: 1790-1821». *Tiempos de América*, (12), 113-131.
- PEREYRA, Nelson E. (2020). *Campesinos republicanos: la sociedad rural de Ayacucho y el Estado peruano en el siglo XIX (1840-1880)*. (Tesis de doctorado). Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- PIMENTEL, Nelson (2020). «Descifrar nuestros enigmas. Rupturas y continuidades en la historia de la antropología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (1946-1970)». En Pablo Sandoval (ed.), *Antropologías hechas en Perú*, 91-126. Popayán: Asociación Latinoamericana de Antropología.
- QUIROZ, Alfonso (2013). *Historia de la corrupción en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos / Instituto de Defensa Legal.
- RÉNIQUE, José Luis (1979). «Los descentralistas arequipeños en la crisis del año 30». *Allpanchis*, 12(13), 51-78.
- RÉNIQUE, José Luis (1991). *Los sueños de la sierra: Cusco en el siglo XX*. Lima: Centro Peruano de Estudios Sociales.
- SALA I VILA, Nuria (2004). «Jaujas y el Dorado: el proyecto modernizador orientalista y científico de las élites regionales en Ayacucho y el sur andino (1855-1878)». En Carmen McEvoy (ed.), *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940)*, 79-106. Madrid / Fráncfort del Meno: Iberoamericana / Vervuert.
- SANDOVAL, Pablo y José Carlos AGÜERO (2015). «*Aprendiendo a vivir se va la vida*»: conversaciones con Carlos Iván Degregori. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- SHADY, Ruth (1989). «Cambios significativos ocurridos en el mundo andino durante el Horizonte Medio». En Robert M. Czwarno, Frank Meddens y Alexandra Morgan (eds.), *The Nature of Wari: A Reappraisal of the Middle Horizon Period in Peru*, 1-22. Oxford: BAR International Series 525.
- SERRANO, Pablo (2001). «Interpretaciones de la historiografía regional y local mexicana, 1968-1999». *Revista de Historia Regional*, 6(2), 113-125.
- SOBREVILLA, Natalia (2005). «Conflicto regional, guano y poder». En Paulo Drinot y Leo Garofalo (eds.), *Más allá de la dominación y la resistencia. Estudios de historia peruana, siglos XVI-XX*, 181-214. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- SOSA, Ignacio (2010). «Esbozo de un mapa geopolítico: notas sobre dos escalas de región». En Horacio Crespo (ed.), *Historia de Morelos. Tierra, gente, tiempos del sur* (volumen 1, 69-86). Cuernavaca: Congreso del Estado de Morelos.
- URRUTIA, Jaime (2019). *Comerciantes, arrieros y viajeros huamanguinos, 1770-1870*. Ayacucho: Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.
- VAN YOUNG, Eric (1987). «Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas». *Anuario IEHS*, (2), 255-281.

Uno de los nudos de nuestra república es la persistencia de un fuerte centralismo que jerarquiza al país y a sus autoridades y nos impide percibir la vitalidad de las sociedades que activamente construyen su mundo y, a la vez, al Perú. Dichas sociedades son las regiones, que existen y se han constituido a lo largo de nuestro devenir republicano, cada cual con una mixtura de elementos habidos y traídos que claman encarar, de manera conjunta y participativa, los nuevos retos, sea a través de la descentralización o de nuevas alternativas de solución establecidas desde el orden global.

Las regiones ocupan la reflexión en este libro, que trata de responder dos interrogantes: la primera, ¿qué es una región?, cuya respuesta, además de definirla, nos permite reconocer sus particularidades, identificar las varias existentes, establecer cuál fue su desarrollo y comprender cómo y por qué hoy vuelven a estar presentes. La segunda pregunta, ¿por qué es importante considerar a las regiones para entender el Perú?, está relacionada con los actores sociales y las nuevas condiciones que se presentaron en el devenir histórico: primero la independencia, que potenció a dichos actores; luego, la república, cuando las distintas sociedades y las diferencias culturales fueron invisibilizadas para consolidar una nación homogénea definida como peruana.



PERÚ

Ministerio de Cultura



BICENTENARIO
PERÚ
2024